

MANUEL CHAVES

Bocetos de una Época

(1820-1840)

PRÓLOGO

DE

D. MANUEL GOMEZ IMAZ

De la Real Academia de Buenas Letras



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO 2

1892

MANUEL D'AMARAL

Recueil de Poésies

(1800-1801)

Paris

DE LA LIBRAIRIE DE M. D'AMARAL

10, rue de la Harpe, au Palais National

1801

Manuel d'Amaral

Recueil de Poésies

(1800-1801)

BOCETOS DE UNA EPOCA

(1820-1840)

2

MANUEL CHAVES.

BOCETOS DE UNA ÉPOCA

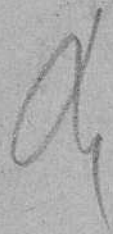
(1820-1840)



PRÓLOGO

DE

Don Manuel Gomez Imaz



MADRID.—1892.

LIBRERIA DE FERNANDO FÉ.

Carrera de San Gerónimo 2.



+

Todos los derechos reservados.

IMP. DE FRANCISCO LEAL HARINAS 3, SEVILLA.

AL SEÑOR

D. Francisco Pacheco y Nuñez de Prado

Manuel Chaves.



CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Manuel Chaves.

MI EXCELENTE AMIGO:



RUEBA dá usted y grande del efecto que me profesa, al pedirme algunos renglones que á manera de *prólogo* vayan unidos á los artículos que publica usted con el modesto epígrafe de *Bocetos de una época*, que tengo para mí por cuadros interesantísimos y muy discretamente pensados.

Yo bien sé que lo cuerdo en mí fuera excusar una honra qué no me pertenece, porque—¿qué autoridad tiene ni qué prestigio para juzgar obras ajenas el que carece de propias y aun del derecho de ciudadanía en la república de las letras:—Bien pudiera decir el agudo lector aquel donosísimo adverbio del Ingenioso Hidalgo.—¿*Y á vues-*

tra merced quien le fia, señor Cura? Pero yá que no honra puede mi nombre unido al suyo, si así lo desea, darle patente de modesto en alto grado y váyase lo uno por lo otro, que ésta virtud siempre es loable y vale más ser humilde virtuoso, que pecador soberbio.

Los artículos interesantes que usted publica, pertenecen á ese género de literatura que llena más que otro la máxima *horaciana* de *enseñar deleitando*; por que en forma amena dán á conocer un periodo de nuestra historia (1820 1840) no en relato minucioso, que entonces fuera historia formal, y sí en cuadros sucesivos en los que habilmente se presentan los puntos culminantes de nuestras costumbres políticas, sociales ó literarias, en síntesis que suponen observación detenida, crítica, y arte para vestirlas con color vivo y animado. Pero si este género de literatura es utilísimo porque populariza la historia y difunde conocimientos que ilustran, no deja de ser peligroso y aun temible, en otras manos que las de usted, si el autor con olvido de la verdad, que es el alma de la historia, se dá más á pasiones y afectos que á la severa imparcialidad que demanda en cualquiera forma en que se trate ó escriba, porque entonces la mayoría de los lectores poco doctos ó no de sólida ilustración, aceptan las apreciaciones y juicios agradablemente vestidos, y la ignorancia, compañera

de la indolencia, y la falta de ilustración, fácil de convencerse, sométense sin examen al error, que cual la grama apodérase y se en cepa en los terrenos de poca labor y cultivo, siendo luego muy difícil sanearlos ó arrancarlos.

Por eso demanda éste género de literatura tanto ó mayor detenimiento y estudio que la historia misma, porque esta al fin suele ir á manos más expertas que las novelas, y que los artículos literarios de fondo histórico que por su índole andan en las de numerosas personas las más de escasa doctrina, estragando la verdad y todo principio de justicia al trocar ó malear la opinión en asuntos graves y de trascendencia. — Así debe el que estos estudios acometa, no satisfacerse en las historias generales, é ir á las puras fuentes, quiero decir, á los papeles, documentos y escritos de la época que se estudia, y en ellos, empaparse como en donde está la verdad, el movimiento y la vida; y esto que es evidente, lo he confirmado en mis aficiones al estudio del periodo anterior al que usted con tanto fruto dedica su actividad, á mi ver no escrito aun con aquella imparcialidad y juicio que la historia demanda, en tanto no se preste mayor atención á los documentos que aquellos buenos patricios nos dejaron en número considerable de *proclamas, manifestos, vindicaciones, polémicas,*

relaciones y periódicos, que las imprentas movidas unas veces por el entusiasmo, otras por la pasión y siempre por los fervores de sus primeras libertades, arrojaban sin cuento para caldear los ánimos á la lucha gloriosa y á la restauración de la patria.

Este periodo gloriosísimo y el siguiente conocido en la historia con la denominación de *segundo periodo constitucional*, del que usted se ocupa en sus bellísimos artículos, son de grandísima importancia, no escritos aun cual corresponde á su trascendencia y dignos del más detenido estudio y observación, puesto que todo lo que hoy nos envanece ó nos apena, de allí arranca y allí tiene sus raíces.

Hay entre ellos analogía porque en los dos brotan las gérmenes de la nueva vida social y política de España, se inician las libertades modernas, se destruye todo lo de antaño con bueno ó mal acuerdo, surgen los partidos cuando antes todo era concordia y paridad de opinión, cópiase del extranjero á veces sin tino y sin juicio, reformase con acierto mucho de lo rancio despreciándose no poco bueno, sustancioso y arraigado en nosotros, rómpese en fin los viejos moldes y entre apasionadas luchas, odios, persecuciones rencorosas, luchas civiles y sangre vertida en abundancia, brotan hártó laboriosamente y entre duelos y quebrantos nuestra organi-

zación moderna, nuestras costumbres y nuestra literatura, y por esto es de tanta importancia el estudio de sucesos que nos dan la clave para juzgar con acierto todo lo bueno ó malo que nos rodea.

Más si existe analogía en estos dos periodos porque en ellos se inicia la vida moderna, en cambio difieren no poco; en el primero todo es noble y heroico, todo generoso y lleno de abnegación, patriótico y levantado, si aparecen como progenitores de mil banderías los *serviles* y *liberales* y discuten y se persiguen con odio feroz, deponen toda diferencia ante los invasores, y al dar lugar preferente al sentimiento de la patria olvidan las opiniones para unidos pelear hasta vencer ó morir invocando aquella famosísima *décima* lema del alzamiento glorioso que termina:

..... en tocando á *Dios* y á *al Rey*
y á nuestros pátrios hogares,
todos somos militares.
y formamos una grey.

Más en el segundo periodo que en mayo de 1814 comienza con la llegada á tierra española del monarca prisionero, libres ya de invasores entréganse á la lucha política cruel y sangrienta con perseverancia digna de mejor causa, el valor y esfuerzo empleanse en destrozarse sin piedad, los impulsos nobles se vuelven pasiones mezquinas, la lucha con-

tra el común enemigo tornase en guerra civil, el *realista* y el *liberal* se persiguen á muerte con empleo de todas armas, é iniciada una política desacertada y deplorable por *Fernando el deseado*, comienza la serie de persecuciones injustificadas que traen á la postre los pronunciamientos, las sociedades secretas, las venganzas de uno y otro bando hasta el extremo de permitir los héroes de nuestra independencia la profanación de la patria á los *cien mil hijos de San Luis*; y hasta nuestra literatura decae y se envilece, porque si en las prosperidades y grandezas surgen poetas y escritores, en las miserias y luchas civiles agóstase el ingenio, así, á las inimitables odas del gran Quintana y á las poesías de Cienfuego, Gallego y Arriaza contestan en este desdichado periodo mil poetrastros hueros de ingenio y sobrados de adulación ó apasionamiento que cual don Diego Rabadan dejan á las pobres Musas mal paradas y afligidas por largo periodo de tiempo, hasta que la escuela *romántica*, en lucha con la *clásica*, pasados los primeros desafue-ros y demasías juveniles entre sauces llorones, sepulcros y lobregueces, venenos y suicidos, hubo al fin de entrarse por más llano camino para abrir nueva era y nuevos horizontes á las letras pátrias.

En verdad presta usted á éstas señalado favor al publicar los *Bocetos* de una época tan

interesante como accidentada que comienza con las tristes hazañas de Riego y termina con el famoso abrazo de Espartero y Maroto en los campos de Vergara, abrazo que por desgracia no unió más que de momento á los dos partidos rivales. Nada olvida usted de este periodo que con harta razón califica de poco conocido ó estudiado; las costumbres políticas las describe usted con arte en los artículos.— *¡Vivan las caenas!*— *El último auto de fé*— y *El café de los patriotas*; el carácter del taimado monarca en el que lleva por epígrafe, *El rey Fernando y el diestro* las costumbres sociales en los bellos cuadros, *El frac*— *Roque Miranda*— *El Majo*— *Un torero aristocrático* y *El Pájaro verde*, y por último el movimiento literario al que presta usted particular atención en estudios tan discretos como *Los poetas románticos*, *El Duque de Rivas* y *Fígaro*.

Dos palabras para terminar; no en son de advertimientos que nunca los míos pudieran llegar á usted, ni menos consejos cuando carezco de toda autoridad y más pudiera recibirlos que darlos, sino como idea ú opinión que se me ocurre y la digo lisa y llanamente; creo que así como las obras del pintor que copia de la naturaleza distinguen por el realismo y verdad que en ellas campea, el historiador ó el que de asuntos históricos escribe, debe á su vez huir de toda idea pre-

concebida, afecciones por determinados principios y de obras generales de historia, é irse directamente a las fuentes de ésta, á los documentos de la época que estudia, único modo de hallar la verdad, adquirir propios y arraigados juicios, y escribir con aquel atractivo que presta el conocimiento real y exacto de las personas y los sucesos.

A falta de obras amenas, científicas ó literarias, que solo brotan al fecundo calor de la paz y prosperidades de los pueblos, abundan en el periodo histórico que con tanto acierto y maestría describe usted en sus artículos, innumerables papeles de polémicas, manifiestos, sátiras, y mil sucesos y ocurrencias que estudiados con acierto y sin preocupaciones dan á conocer el verdadero carácter de aquellos turbulentos y aciagos días; no menos nos llevan á ese fin las *Memorias*, acaso las más interesantes que tenemos en un género de literatura poco cultivado entre nosotros, de *Mesoneros Romanos*, las inimitables de *Alcalá Galiano*, riquísimas en noticias y primores de estilo, las muy curiosas de *Don Luis de Córdoba*, y las interesantes del *Marquès de Miraflores* arsenal fecundo en documentos, publicadas en Londres en 1836, de tanto valor histórico como poco conocidas ó consultadas; y casi me atrevería á citar una obra anónima que lleva por título *Historia de la vida y reinado de Fernando*

VII de España etc. (1) por gozar de grande fama, debida más á los numerosos é interesantes documentos de sus *apéndices* que por el texto, para mí en más de una ocasión apasionado y parcial, de don Estanislao Cosca Bayo al que se le atribuye la paternidad de obra tan curiosa y prolija.

Pero los escritos que reclaman mayor atención y estudio por la riqueza en datos de todo género son á no dudarlo las publicaciones periódicas desde 1820 á 1840, en las que el observador halla cuanto la curiosidad apeetece; política, usos, costumbres, gusto literario, modas, todo en fin envuelto y rodeado de las grandes y pequeñas pasiones de una generación que con más ó menos acierto demolió lo antiguo para consolidar los fundamentos de la vida moderna; el que aspire á pintar con verdad y exactitud aquella época á ellos ha de acudir y en ellos empaparse como nos dice el insigne Perez Galdós, en los célebres y nunca bien ponderados *Episodios nacionales*, obra monumental y joya de nuestra literatura moderna de la que pudiera decirse por sus apasionamientos y parcialidades, únicos defectos que la empañan;

*Obra escrita á lo divino
Si encubriera más lo humano.*

(1) Madrid -Repulles-1841 tres tomos. 4.º

Y aunque me tache usted de bibliomano y papelista, en lo que no andaría usted des-acertado, he de mencionar aquí algunas publicaciones periódicas de las innumerables que por esos mundos andan, solo para despuntar el vicio, porque á la verdad ni es ocasión esta de tales minuciosidades, ni es razón cansar á usted con larga lista bibliográfica.

Tengo por curiosos entre otros los siguientes periódicos *políticos-literarios*:

El Mochuelo Literario.— Madrid.— Imprenta de Sancha. —1820.— En 8.^o; el número de 16 páginas; escribalo D. Lucas Aleman y Aguado.

La Linterna Mágica.— Madrid.— Imprenta de D.^a Rosa Sans, Calle del Baño — 1820.— En 8.^o; 23 páginas el número.

La Fantasma de Madrid.— Madrid.— Imprenta de Vega y Compañía. —1820.— En 8.^o

El Defensor del Rey.— Colección del Defensor del Rey, periódico político realista, escrito y publicado en la Ciudad de Sevilla, desde que el Gobierno revolucionario llevó á Su Majestad y Real Familia á la plaza de Cádiz por el L. D. I. A. C. R. —Sevilla — Por la Viudad de Vazquez y Compañía. — Año de 1823.

—En 4.º—Consta la colección de éste curioso periódico de 34 números y 276 páginas, se publicaba los miércoles y sábados.

Ocios de españoles emigrados.—Londres 1824.—1827. En la Imprenta de A. Mancintosh, Great New Street.—En 4.º, 7 vols.

El Censor.—Madrid.—1820.—1822.
—En la Imp. de *El Censor*, por don León Amasita.—En 8.º 17 vols.

Revista de Madrid.—Madrid—1838.
—1845—Oficina de D. Tomás Jordán Impresor de Cámara de S. M.
—En 4.º. 21 vols.

Estos tres últimos periódicos son curiosísimos, y de grande valor é importancia, como redactados por los políticos y literatos de más concepto en aquella época.

Y pongo punto á esta interminable epístola que harto he abusado de la bondadosa paciencia de usted, y si la encuentra á más de larga, insulsa y huera, culpe al que pidió frutos sazonados á tierra pobre é infertil, nunca á la buena voluntad de su devotísimo amigo

q. l. b. l. m.

MANUEL GÓMEZ IMAZ.

Sevilla á 15 de Julio de 1892.

BOCETOS DE UNA ÉPOCA.

(1820-1840)



LA CALESA



ÍAS pasados vagaba yo por esas calles distrayendo la tristeza, cuando á la mitad de mi paseo hube de encontrarme en una de las plazas más descuidadas y sucias de los barrios bajos, donde no faltaban como es de suponer, las casas de feísimo aspecto, los árboles raquítricos, los chiquillos harapientos, las gentes de rompe y rasga y los *mocitos graciosos* que formando grupo sostenían las esquinas é interceptaban el paso á los transeuntes.

Tenia la plaza aquella algunos asientos de piedra y como llevara largo rato andando, sentéme á descansar un poco y á contemplar el cuadro que á mi vista se ofrecía,

en el cual, estaba retratada la vida exterior de nuestro pueblo, que con tan falsos colores disfrazan los artistas y los poetas.

Habia frente de mí un caseron viejo y destartelado, de esos que tanta falta hace derribar y cuya ancha puerta daba entrada á un amplio *saguan*, que por lo que observé, entonces estaba destinado para cuadra y cochera. Tendí luego la mirada al fondo del portal y allá en un rincón, cubierto de polvo, desvencijado, con las varas rotas y no muy enteras las ruedas, encontré un carruaje tanpreciado en otros tiempos como olvidado hoy.

Era una calesa, una calesa auténtica pintada de amarillo rabioso, que ostentaba en el respaldo de la caja la figura de un majo; que conservaba aún en su asiento pedazos del antiguo forro de seda verde; que tenia sobre sus bordes jirones de la oscura capota y que indicaba muy claramente lo antiguo de su construcción y el total abandono en que entonces yacía.

La vista de la mal parada calesa, entretúvome largo rato, y poco á poco la imaginación jamás en reposo voló hacia una época de las más interesantes de nuestra historia,

fecunda en sucesos importantes, digna de admiración por los muchos hombres notables que en ella florecieron, y por demás rica en tipos y costumbres de esas que dan sello especial y carácter originalísimo á un pueblo.

Y entonces ví el pasado que se animaba a mis ojos, ví todo el principio de nuestro siglo que adquiría vida y movimiento, toda una sociedad en fin, con sus defectos y bondades, con sus grandezas y miserias, que surgía trás de aquella calesa desvencijada, rota y en el estado más lamentable.

La calesa... ¡qué poco van siendo ya los que la conocieron en el tiempo de su apogeo y pudieron apreciar el papel importantísimo y los grandes servicios que de continuo prestaba! En ella pasearon los inimitables modelos que copió para sus cuadros Goya, y para sus sainetes don Ramon de la Cruz; en ella tuvo su trono la airosa *manola* y la incitante maja; ella concurrió engalanada á los toros del Puerto, á la romería de Torrijos y á la feria de Mairena, y ella, en fin, ligera flamante, arrastrada por fogosa jaca llena de borlas y cascabeles, pasó ante los *chisperos* de redecilla y castoreño, ante

los adamados *lechuguinos*, enamorados y presuntuosos, ante los soldados de Napoleón, ante los diputados de las primeras Cortes gaditanas, ante las tropas *libertadoras* del malaventurado Riego, y ante los terribles absolutistas de amarga memoria.

Al pié de la calesa y haciendo estribo, ora de las manos cruzadas, ora de las rodillas, se situaron más de una vez *Pepe-Hillo* y Guillen, los hábiles lidiadores á quienes tanto admiró aquel pueblo entusiasta supersticioso é impresionable, al pié de la calesa se tendieron rojas capas de seda y durancillo como galante homenaje á las beldades que en el coche iban, y para admirarlas á su sabor al pié de la calesa, se detuvieron los abates cortesanos, los graves señores de empolvados peluquines, los reverendos padres del Carmen ó de San Francisco y los románticos melencólicos de corazones volcánicos y de pasiones sin nombre mas bien fingidas que reales.

¡Qué tiempos aquellos en que la calesa era el vehículo nacional, en que España conservaba aún una fisonomía propia, y en que el pueblo, conjunto abigarrado de fealdades

y bellezas se divertía y era dichoso teniendo *pan y toros!*...

Entonces había muchas cosas buenas y malas que ya se han perdido para siempre, había muchostipos que ya no existen, y entre ellos formaba parte principal el calesero, personaje muy digno de estudio y que en más de una ocasión, fué retratado con admirable verdad por el artista y el poeta.

Solía ser el calesero todo un *mozo de rumbo*, con infuladas de valentón y atrevido, afable hasta el exceso con el que mejor le pagaba, incansable requebrador de muchachas, aficionado al sumo de uva, y de lengua tan lista, para lanzar agudezas y donaires, como lo eran sus manos para manejar las bridas y el látigo.

Cuando en los días solemnes de fiestas y regocijos salía nuestro hombre desempeñando las calles, sentado en las varas del carruaje, llevando detrás un par de mujeres hermosas acicaladas y compuestas y delante una jaca toda cubierta de borlas y cascabelles, que dócil á sus mandatos parecía entender su singular lenguaje, se consideraba orgulloso y solía mirar con desdén á cuantos

le abrían paso para evitar un atropello. Si era lunes, á la plaza de toros, si domingo de Octubre á la cuesta de Castilleja, si noche de verano á los melonares, si tarde de primavera al Arenal ó al arrecife de la *Bella Flor...* siempre había ocasiones de lucirse y ganar dinero, y nunca faltaban las diversiones de las cuales sabían muy bien sacar todo el partido posible.

El calesero era á la calesa lo que el alma al cuerpo, el hombre y vehículo formada casi una sola cosa y tan identificados estaban ambos, que era imposible hallar á el calesero sin la calesa ó á la calesa sin el calesero. Juntos pasaban los meses y los años, nada era el uno sin el otro y si él la cuidaba con esmero y ponía los puntos de su orgullo en tenerla siempre reluciente y flamante, ella agradecida le servía de sosten *moral y material*.

Pero todo pasó, ni caleseros ni calese-
ras existen hoy, ambos se fueron para siempre, como se fueron los majos y las majas, los *bailes de candil*, y las devotas romerías, los *calañeses* y las mantillas de tiras y como se fueron la fé en las ideas y e' entu-

siasmo por las causas. El progreso ha hecho desaparecer del mundo á la calesa y aquel carruaje que tan importante papel representó, que fué ocupado por majos y manolas, que escuchó cien veces amorosos coloquios de amantes parejas, y que paseó ufano, por entre una sociedad tan singular como lo era la de principios de siglo, yace abandonado, maltrecho y escondido sin que nadie le dedique un recuerdo, ni se cuide de trasmitir á la posteridad los ecos de sus pasadas grandezas.





¡VIVAN LAS CAENAS!



A última reacción absolutista comenzada en 1823 fué, sin duda, la más terrible de todas: es necesario abrir la historia de aquel periodo y leer con detenimiento sus páginas para convenirse hasta dónde llegaron los extravíos de aquellos hombres que pedían el exterminio de los liberales, *hasta su cuarta generación*.

Triste espectáculo ofrecía por entonces España: la libertad acababa de morir en Cádiz donde tuvo su cuna y los *realistas* vencedores, sedientos de sangre, caían como tigres sobre los *constitucionales* vencidos, que huían aterrados á extranjeros países buscan-

do el reposo y la tranquilidad que en el suyo no encontraban.

El ánimo se contrista al recordar aquellos días de luto, de desolación y ruina; una censura estúpida y opresora había ahogado la literatura; faltas de protección y apoyo las bellas artes no daban señales de vida; el comercio y la industria se hallaban paralizados; los caminos infestados de bandoleros que impunemente robaban y asesinaban, y el gobierno, apoyado por los errores del monarca, había emprendido una persecución irritante, sañuda y cruel contra todo lo que a liberal transcendía.

La horca se levantaba a diario en todas las ciudades; las *Comisiones militares* no sossegaban ni un momento fusilando sin piedad á cuantos infelices caían bajo sus garras; el espionaje se introdujo hasta el santuario del hogar; el púlpito se convirtió en tribuna donde curas y frailes predicaron la guerra á *los pícaros negros*; *El defensor del rey* y *El Restaurador* vomitaban continuos insultos sobre los vencidos, y las cárceles se encontraban llenas de desgraciados que se veían cargados de cadenas, por tener un retrato de Riego, por

discutir actos del gobierno, por usar corbatas de *chalin*as ó por otros delitos de este jaez.

En las poblaciones importantes se formaban numerosas cuadrillas de gentes de la peor clase que apaleaban á los liberales, les destruían los muebles y les quemaban las casas; en Madrid el general Chaperón bailaba *las habas verdes*, ante los ajusticiados vestido con el uniforme de gala; en Galicia los caciques Badia y Asorey llevaban á cabo todo género de atropellos; en Tarragona, Manso ataba á los constitucionales á las colas de sus caballos; en Córdoba se organizaba la famosa *partida de la porra*; en Málaga el obispo Martínez premiaba con largueza á los espías y conspiradores; en Granada el alcalde Pedrosa, conducía al patíbulo infelices mujeres é inocentes niños; en Sevilla la junta presidida por Mejías, Garzón y Toscana, decretaba el degüello de todos los *libres*, *pero con orden*, según sus palabras, y en medio de este cuadro luctuoso y aterrador, alzábanse las siniestras figuras de Calomarde, fray Cirilo, y el conde de España, los tres hombres más funestos que ha tenido la libertad en el presente siglo.

Al comenzar este periodo que con razón se llama del *Terror*, en el mes de Junio de 1823, Sevilla fué teatro de un suceso, que manchará eternamente las páginas de su historia y del cual vamos á ocuparnos en el menor espacio posible.

Las tropas francesas mandadas por Bourmont, acababan de pasar *Despeña-Perros* sin encontrar obstáculo alguno en el camino, y las Cortes, en vista de ello, enviaron un mensaje al rey para que inmediatamente se trasladase á Cádiz. Resistióse Fernando VII, insistieron los gobernantes, y el 11 de Junio, constituida la Cámara en sesión permanente, tuvo efecto aquella exposición famosa hecha por Alcalá Galiano entre las torturas de crueles padecimientos físicos, en la que se declaraba la incapacidad mental de monarca. Al siguiente día, la real familia y el gobierno se embarcaron en dirección á la isla gaditana, y apenas quedó la capital desalojada de tropas y de autoridades, estalló la horrorosa tormenta que de largo tiempo venía amenazando, y que en los salones del Al cázar se había fraguado con gran complacencia Fernando VII.

Era viérnes aquel día, y á más de viérnes era 13: en los barrios más señalados por su realismo como la *Macarena*, *Humeros* y *San Roque*, se notaba desde las primeras horas de la mañana un rumor sordo, una agitación extraña, que fué aumentando por momentos hasta tomar unas proporciones alarmantes.

En la Alameda *Vieja*, en el *Salitre* y en el muro de San Antonio, se iban reuniendo numerosos grupos de gentes de la plebe, capitaneadas por los más ardientes defensores del absolutismo; en las tabernas y en los patios de los *corrales* se improvisaban exaltados discursos, y se repartían armas, y por las esquinas se veían groseros letreros que insultaban al gobierno constitucional y con las frases más bajas y soeces.

Cerca de la tarde se oyó de pronto un repique general de campanas, y cual si aquella fuese la seña convenida, instantáneamente el populacho se precipitó furioso hacia el centro de la ciudad, cruzando con espantosa gritería calles y plazas, dispuesto á entregarse al robo, al saqueo y á la matanza.

Las lápidas que se ostentaban en las fachadas de las iglesias conteniendo el artículo

de la Constitución declarando única en España la religión católica, fueron hechas pedazos; el ex-convento de San Hermenegildo donde las Cortes habían celebrado sus famosas sesiones, fué allanado por las turbas, que destrozando el decorado de sus salones, hicieron con los muebles una formidable hoguera; todos los libros, papeles y documentos que guardaba la Sociedad patriótica, se destruyeron con furor salvaje, y la velonería de la calle Sierpes, la confitería de la Muela, la botica de la Alfalfa, la fábrica de sombreros de la calle Dados y otros muchos establecimientos cuyos dueños eran tachados de *libres*, quedaron reducidos á escombros en aquel infausto y memorable día.

El aspecto que ofrecían los grupos de exaltados realistas era repugnante y aterrador: hombres miserables que blandían garrotes, hachas y otras armas; mujeres desgrena-
das y feroces con las ropas descompuestas, que alentaban con atroces gritos á sus padres, á sus maridos ó á sus hijos; muchachos cubiertos de harapos que se revolcaban por el lodo..... toda la heria, toda la gentuza, toda la ruin canalla que se escondía en los últi-

timos rincones de los barrios bajos, se había reunido para saciar sus brutales enconos en un partido que quería salvar al pueblo, pues quería la salvación de la patria.

¡Oh, parece mentira! aquellas masas no se alzaban indignadas contra un tirano que las oprimía; aquéllas masas no reclamaban ningún derecho atropellado, ni se movían por ninguna idea noble, grande y generosa: pedían el servilismo, el retroceso, pedían el látigo del amo, pedían ser aherrrojadas, oprimidas, estrujadas, y de aquellas bocas jadeantes y de aquellos pechos incapaces de encerrar sentimientos sublimes, salía una voz terrible, amenazadora y maldita, que gritaba con ronco acento, *¡Vivan las caenas!* Y cuando este grito atronaba el espacio, entre los repiques de campanas el ruido de los objetos que caían á tierra y las blasfemias de las hordas, parecía que una nube negra y siniestra cubría el horizonte, ocultando para siempre el hermoso sol de la libertad y de la justicia.

Una procesión irregular formada por regatones de la *Costanilla*, por hortelanos del Salvador, por pescaderos del *Barranco* y por

jitanos de la *Cava*, se dirigió al muelle, donde se les ofrecía ocasión muy favorable de entregarse al robo, al saqueo y á toda clase de excesos.

Con motivo de la repentina traslación del gobierno á Cádiz, había en el puerto multitud de barcos que estaban próximos á partir, conduciendo las familias más señaladas del bando liberal, y á las riquezas que estas llevaban consigo. La canalla sin encontrar quien la detuviese, cayó sobre el muelle destrozando bultos, cajones y maletas, descerrajando cofres y baules, arrebatando á los pasajeros cuanto oro llevaban encima, y arrojando al río los efectos que creían de valor escaso.

Mientras esto pasaba en la orilla del Guadalquivir, otros grupos echaron por tierra las puertas del teatro *Principal*, prendieron fuego á las decoraciones, desbarataron la maquinaria, y apoderándose de trajes y muebles, lo arrastraron por las calles en medio de frenéticos aplausos y feroces gritos de júbilo.

Después saquearon el café y fonda del *Turco*, punto de reunión de los *constitucionales*; espejos sillas y mesas fueron hechas pedazos; los vinos, licores y aguardientes que

encerraban las pipas, corrieron mezclados por el suelo, y tazas, vasos, platos y botellas cayeron desde los balcones, hiriendo á muchos de los que formaban aquellas hordas de caníbales.

Rendidos por la fatiga y el cansancio quizá, pero no satisfechos, los realistas se juntaron en la plaza de San Francisco, aclamando al Ayuntamiento destituido por los liberales, y después de arrancar la lápida donde decía *Plaza de la Constitución*, la arrojaron al suelo y formando un inmenso círculo comenzaron á escupirla, á descargarle pedradas y á dirigirle los más groseros apóstrofes.

Cuando era mayor el número de los exaltados, cuando más grande era el vocerío, se escuchó hácia la calle Sierpes, el sonido de un tambor batiendo marcha. Las hordas quedaron mudas de repente, y momentos después apareció en la esquina un jóven oficial de artillería que, seguido de un pequeño número de soldados, se dirigía al castillo de la puerta de Jerez.

Sin dificultad alguna, abrióse paso por entre la inmensa muchedumbre, y al llegar al sitio en que yacía la escarnecida lápida se

detuvo, mandó á la pequeña fuerza echar armas al hombro, y desenvainando la espada, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Viva la constitución! ¡viva la libertad!

El efecto que este sublime arranque de valor causó á la plebe realista fué tal, que ninguno se atrevió á dar un paso, ni hacer la más leve señal de protesta, las masas quedaron absortas..... solo cuando el eco del tambor se perdió á lo lejos volvieron de su espanto más terribles y más amenazadoras que nunca.

Antes solo querian el robo y el saqueo, ahora pedian sangre, y para comenzar la matanza todos marcharon al antiguo edificio de la Inquisición donde estaban almacenados los fusiles y las municiones de la milicia nacional.

Cuando se hallaban en la puerta, apareció ante la multitud un hombre que vestia hábito de fraile, el cual subido sobre una mesa y en mitad de la calle, alentó á la plebe con feroces palabras y se puso al frente de los grupos que penetraron en el almacén.

Al poco rato de haber entrado los *apostólicos* en aquella casa donde se sacrificaron tantas víctimas inocentes, estalló una deto-

nación horrorosa: el cielo se cubrió de una gigantesca nube de negro y espesísimo humo y una infinidad de despojos humanos cayeron sobre los contornos de la *Álameda Vieja*.

Una mano misteriosa — dice un historiador — había inflamado cuatro enormes barriles de pólvora, y esto bastó para convertir el edificio en un montón de escombros bajo los cuales quedaron sepultados los infames que tanta desolación y ruina causaron en la ciudad del Guadalquivir.

¡Qué triste fué la noche de aquel día terrible! Los que pudieron escapar de la catástrofe se retiraron de nuevo á sus antros y lupanares, llevando entre sus garras el producto de la feroz rapiña; un silencio de muerte reinaba por toda la población; las calles estaban desiertas, las farolas apagadas, las casas cerradas, y en medio de aquella lúgubre calma y de aquel reposo imponente, parecía escucharse de cuando en cuando una voz lejana, que gritaba con ronco y amenazador acento:

--¡*Vivan las caenas!*





EL PÁJARO VERDE



A tarde era templada y magnífica como suelen ser las de primavera en Andalucía; comenzaba á esconderse el sol allá trás lejanos montes dorando con sus últimos rayos las altas cimas: en el cielo azul y transparente se destacaban inmensas y flotantes nubes de extraordinaria blancura, y el viento manso y agradable, corría impregnado con los perfumes de las flores que en el próximo bosque había sembrado la naturaleza con generosa mano.

El silencio mas absoluto reinaba en aquel paisaje: la carretera se extendía á lo largo por entre dos vallados coronados de pitas

silvestres, y se perdía á ambos extremos por las rápidas vueltas del camino.

Cubierta de polvó, arrastrada por los caballos que hacían sonar alegremente los cascabeles de sus colleras y parecían entender las palabras que desde su elevado asiento el mayoral les dirijía, avanzaba la *Diligencia* bien repleta de viajeros, ansiosos por llegar antes que anoheciese á un pequeño pueblecito que apenas distaba de allí una legua.

Dos semanas hacia ya, que iban empaquetados en el vehículo, sufriendo toda clase de molestias, durmiendo en malas posadas, comiendo lo que les querían dar, y aburridos y fastidiados del ruido de los vidrios y herrajes del coche, del canturreo monótono del zagal, y del trote largó de los sufridos animales.

Ocupaban la *berlina* un señor gordo, de aspecto simpático y blancas patillas, otro caballero que con él, hacía contraste por lo débil de su contextura y lo apergaminado de su rostro y una linda joven hija suya, de correctas facciones, y de porte elegante y distinguido.

En los asientos del *interior*, se veían dos

damas de edad respetable acompañadas de un barbi-lucio, cariredondo y afeminado, un militar de grave aspecto y un par de frailes de luengas barbas y pocas carnes, que todos no habian de ser gordos y mofletudos. En la *rotonda* se habia acomodado un matrimonio con varios chiquillos, que no cesaban de hacer travesuras infantiles, y allá en el *cupé*, iban tres estudiantes mal vestidos, pero de buen-humor que chanceaban y reian á costa de un paletó que nunca habia salido del lugar que le vió nacer, donde era un verdadero personaje, y del que no saliera jamás á no ser por la muerte de un pariente cercano, que le obligaba á pasar á la Corte.

Marchaba, pues, la *Diligencia* apresuradamente interrumpiendo el magestuoso silencio de aquellos campos, donde la primavera se mostraba adornada con sus mas brillantes galas, cuando sonó un agudo silbido al que contestaron otros que de distintos puntos salian, oyéndose á los pocos momentos voces y ruidos extraños que llenaron de temor y zozobra á los fatigados viajeros.

Luego, se detuvo el coche repentina-

mente y los que ocupaban el *interior* vieron con la mayor sorpresa, aparecer en la portezuela un hombre, de rudas facciones, y de sucio traje, que despues de echar una breve ojeada dijo con voz aguardentosa y no muy segura:

—Sus mercedes hagan *er favó* de salir *pa fuera*, y estense *toos* quietos *porque ar* que se mueva le achicharramos con un *caramelo*.

Enseñó despues su trabuco que era de los llamados *naranjero* y que terciado al brazo tenia, y bajándose del estribo quedó esperando á que los consternados viajeros pudiesen piés en tierra.

A todo esto, dos bandoleros habian amordazado al mayoral; otros, encaramándose en el *cupé* tenian sujetos al paleta y á los estudiantes que muy á pesar suyo dieron fin á sus risas y á sus chacotas; un grupo se encargaba de desalojar la *berlina* y la *rotonda* y el resto de la partida rodeaba el coche con los trabucos á la cara y en actitud amenazadora.

Cuando todos los viajeros se apearon, les pusieron en fila y comenzaron á atarles

las manos á la espalda con fuertes cordeles que ya prevenidos traian, y hallándose los bandoleros ocupados en esta operacion, escuchóse un nuevo silbido, apareciendo al instante por un extremo de la carretera, caballero sobre fogoso alazán el *Pájaro verde*, capitan de aquella numerosa cuadrilla cuya fama se extendia por todos los lugares del reino.

El *Pájaro verde* era un hombre de veintiocho á treinta años, de tez morena, de ojos negros y penetrantes y de pobladas cejas; cubria su cabeza con un pañuelo rojo que daba mayor realce á su recogido calañés; vestia airoso jubon de hombrillos, ajustado calzon de paño, botines de caidas y sobre la celeste faja que rodeaba su ancho talle, mostraba un vistoso cinto con un largo cuchillo y dos pistolas. Su potro iba adornado con lujoso aparejo de vivos colores, rica manta jerezana de largos madroños y flecos, y del arzon, pendia un buen trabuco de cañon de metal.

Detuvo las riendas el *Pájaro verde* y despues de examinar breves instantes á sus víctimas envolviéndolas en una mirada de su-

perioridad y desden, gritó contoneándose sobre la silla:

—Muchachos, á registrar la *baca*, y vengán *pa* abajo los maletines de esta buena gente.

Subió entónces con ajilidad y presteza un bandolero á lo alto de la *Diligencia* obedeciendo la orden de su jefe, y desde allí comenzó á arrojar precipitadamente los baules y cofres que iban encerrados bajo la pesada cubierta de cuero.

En medio del mayor desórden empezó el registro de los equipajes; los bandoleros que buscaban oro y solo encontraban ropas y objetos de valor escaso se disgustaron sobre manera y la emprendieron á patadas y culatazos con las maletas y los bultos.

Cuando las dos señoras que iban con el barbi-lucio observaron aquel espolio cayeron desmayadas, excitando la risa del *Pájaro verde* que dijo al mozalbête:

—Oiga *usté*, *don levita*, diga á esas señoras que no se apuren por tan poco, que aquí, no nos comenos á nadie.

Y luego dirigiéndose á los de la partida preguntó:

—¿Qué? ¿no han dado *ustees entoavía* con la *guita*?

—Mi capitan — contestó uno de los bandoleros, — si esta gente *paee* que viaja por cuenta *er gobierno*: no hay quien le encuentre las *tuas*.

Tocóle entonces turno al epuipaje de la joven que acompañada de su padre iba en la *berlina*, y comenzaron á sacar ropas y cajas de carton con cintas, encajes, botes y otros utensilios, los cuales hicieron exclamar al que registraba:

—*Camará* esta *madama* de *pitimini* no trae mas que trapos...

—Alijera, que se va haciendo de noche,
—replicó el *Pájaro verde*.

—Capitan, ya están aquí los *monises*— gritó el bandido apoderándose de una cajita que en el fondo del baul iba.

Todos le rodearon, pero cuando la caja fué abierta, lanzó un taco y la arrojó al sue'lo, cayendo un paquete de cartas atadas con una primorosa cinta, y un medallon que encerraba un retrato pintado sobre marfil.

—¡*Mardita* sea! — gritó el ladron, y ya iba á descargar sobre la *miniatura* un golpe

con la culata de su trabuco, cuando la joven haciendo un supremo esfuerzo logró desasirse de las ligaduras que la sujetaban, y cayó á los piés del bandido, con los ojos arrasados en lágrimas, los brazos extendidos y el ademán suplicante.

—¡Por Dios! — le dijo — yo le suplico que no destroce ese retrato que para nada le sirve..... ahí están mis joyas, ahí está el dinero de mi padre..... pero entrégume esa *miniatura*..... ¡por Dios se lo pido !

Detuvo su accion el bandolero ante las súplicas de aquella mujer hermosa y aflijida y recogiendo el retrato del suelo, despues de contemplarlo algunos momentos exclamó:

—Vamos, este será algun señorito *lechuga* que su merced quiere—y soltó una carcajada estúpida á la que siguieron un par de requebrajos insolentes que hicieron salir el rubor á las mejillas de la joven.

Ella entonces se dirigió á donde estaba el *Pájaro verde*.

— Señor — exclamó sollozando — haga usted que me devuelvan ese retrato: si desean el marco porque es de algun valor que se lo lleven..... pero que me dejen la *miniatura*.

No pudo hablar mas la bella, pues se lo impidieron las abundantes lágrimas que nublaron sus pupilas negras y brillantes.

Todos estaban fijos en aquella extraña escena cuando vieron que el *Pájaro verde* desmontándose de su caballo arrancó al bandido el retrato y se acercó á la joven que permanecía en pié y con el rostro entre las manos.

De pronto el centinela que estaba vijilando sobre el vallado, gritó con voz ajitada:

—¡Capitan, enguardia, que están ahí los *escopeteros*!

El efecto que tales palabras causaron fué grandísimo; los de la partida corrieron á la entrada del camino; el *Pájaro verde* subió á su potro, con lijereza y serenidad, y los viajeros consiguieron con mil trabajos arrimarse á las paredes del vallado, donde se refugiaron, llenos de inquietud y zozobra.

—¡Alto!—dijo el capitan de *escopeteros* que seguido de un grupo considerable de hombres, desembocó por la carretera.

Los bandidos contestaron con una descarga, y se trabó una verdadera batalla en la que salieron victoriosos sus perseguidores pues

aunque no lograron capturar ni al *Pájaro verde*, ni á ninguno de sus secuaces, les hicieron abandonar el camino real y esconderse en el próximo bosque, donde era difícil encontrarlos.

Y cuando cerró la noche, á la luz de aquella luna de primavera, los maltrechos viajeros ayudados por los *escopeteros* recojieron sus destrozados equipajes volviendo á instalarse en el pesado vehículo, donde todos continuaron la marcha, abatidos y melancólicos, ecepto la jóven que iba muy contenta pues llevaba consigo el retrato y las cartas de su adorado, objetos que creyó perder para siempre.





UNA ANECDOTA TAURINA.

ROQUE MIRANDA



ODOS los buenos aficionados á la tauromaquia habrán oído no pocas veces el nombre de este diestro, uno de los que más popularidad y simpatías alcanzaron en la primera mitad del siglo.

Fué discípulo de Gerónimo Cándido, figuró en su cuadrilla á los diez y seis años de edad y desde que comenzó á trabajar alternando con otros *espadas*, más que por su inteligencia y aplicación, por su figura y gracejo, se atrajo numerosos partidarios, sobre todo en Madrid, donde habia nacido en 1799, segun afirman Bedoya, Neira y otros de sus biógrafos,

Incompetentes nosotros en materias taurinas, no vamos á juzgar aquí sus méritos ni á entrar en detalles de su larga vida; solo nos concretaremos, pues, á relatar en breves líneas un hecho poco conocido, que quizá sea leído con algun interés por los taurófilos que gustan conocer las anécdotas, memorias y curiosidades que con las corridas de toros se relacionan.

Por los años en que comenzó á distinguirse Roque Miranda, el partido liberal habia cobrado grandes impulsos con el movimiento iniciado en la provincia de Cádiz, y al extenderse por toda España la revolución, el diestro madrileño se retiró del toreo, alistándose en las filas de voluntarios, y llegando en poco tiempo á sargento de la Milicia Nacional de Caballería.

En la primavera del 1823 llegó á Sevilla y antes de marchar á la isla gaditana le ocurrió el suceso que motiva este modesto trabajo.

Una calorosa tarde del mes de Julio celebrábase en la plaza de la capital andaluza una gran corrida de ocho toros pertenecientes á la ganadería de don Juan Zapata que

habían de ser estoqueados por Lorenzo Baden, Juan Leon y Manuel Lucas, destinándose los productos de la fiesta á un objeto piadoso segun en carteles y prospectos rezaba.

A la hora de comenzar la fiesta, la Plaza presentaba un soberbio cuadro lleno de animación, vida y movimiento, difícil de describir. *Barandillas, cajones, gradas y tabloncillos* se veían ocupados por ese público bullicioso, inquieto y alegre que nunca falta á estos espectáculos, y que tan pronto colma de aplausos á un lidiador, como lo llena de insultos. Allí se encontraba aquella tarde lo mejor de cada barrio, las mozas más garbadas, los mozos más gallardos y los más inteligentes y netos aficionados.

Roque Miranda, vestido con el airoso uniforme del cuerpo á que pertenecía, se encontraba entre un grupo de amigos presenciando la función desde una *barandilla*.

Algunos espectadores se apercibieron de ello, y bien pronto corrió de boca en boca la noticia de que el famoso *Rigores* cuyo nombre era de todos bien conocido estaba en la Plaza.

Al poco rato, un admirador del diestro,

un viejo tonelero de la *Carretería*, de tez morena, blancas patillas, chupetin y pañuelo de colores en la cabeza, poniéndose de pié sobre su asiento gritó con voz estentórea:

—*Señó Roque* ¿por qué no baja *usté* á matar un *bicho*?

Apenas esta frase fué pronunciada, la repitieron otros muchos, y momentos después el público entero decia á un tiempo:— ¡Que salga!... ¡que mate un toro!...

Viendo Miranda la insistencia de aquella petición, quiso abandonar la localidad que ocupaba y marcharse á la calle, pero los amigos que le rodeaban, y otros muchos espectadores que á aquel lugar se habian acercado se lo impidieron rogándole todos que bajase á la arena.

La confusion y el escándalo fueron en aumento; la lidia se habia interrumpido; los lidiadores permanecian parados, sin saber qué partido tomar, y entonces el presidente envió á *Rigores* un alguacil, suplicándole en nombre de la autoridad, que accediese á los deseos del numeroso público. Pero el sargento no cejaba en su negativa y contestó— Que no bajaria al redondel «por no poner en

evidencia el honroso uniforme que vestia.»

Al poco rato sonaron los clarines y salió el cuarto de la tarde, hermoso animal, negro *liston*, de grandes cuernas y muchísimos piés, el que arremetió con coraje á los picadores recibiendo algunos puyazos que aumentaron su bravura y fiereza.

Quedóse el toro parado en mitad del anillo, agitando la cola, echando espumarajos por la boca, escarbando la menuda arena y buscando con los inquietos y centelleantes ojos, un objeto sobre el cual precipitarse.

Entonces se escucho una estrepitosa salva de aplausos: Roque Miranda á quien sus amigos á fuerza de ruegos pudieron convencer, saltó la barrera, llevando aquel trage tan impropio del lugar, se despojó del enorme sable y del pesado *chacò* y llegándose al *bicho* le clavó dos pares de banderillas al sesgo, con todas las reglas del *arte*.

Inmediatamente cogió el estoque y la muleta, le dió dos *pases* naturales con la izquierda «y habiendo quedado el toro en suerte arrancó á él, y le mató de un *volapié* soberbio hasta la empuñadura» segun dice un autor que nos merece entero crédito.

Miranda, apenas cayó el animal, abandonó corriendo el redondel y volvió de nuevo á reunirse con sus amigos. Todo pasó con una rapidez asombrosa; quizá nunca se habia echado menos tiempo en lidiar un toro, que el que echó *Rigores* en aque la ocasion.

Este suceso histórico, lo han nombrado algunos escritores taurinos sin detenerse en él; nosotros acabamos de narrarlo con algunos detalles que hemos podido adquirir, creyendo que ha de tener sin duda algun interés, para los curiosos aficionados á la fiesta nacional.





LA MUERTE DE UN HÉROE

I.



NTRE los hechos sangrientos y los crímenes odiosos que manchan el reinado de don Fernando VII, hay algunos, cuyo recuerdo solo, conmue-

ve á todo corazon noble y amante de la patria. ¿Cómo es posible leer indiferente la historia de aquellos días infaustos en que el absolutismo dominaba con sus brutales excesos, en que la sangre liberal llegaba hasta las mismas gradas del trono, y en que la existencia de un español, estaba á merced de cualquier oculto espia ó enemigo intrigante; ni como és posible dominar el sentimiento pensado en aquellos hombres valientes y en-

tusiastas que fueron sacrificados por un partido, tenebroso, inhumano y execrable?

Entre tantas víctimas, se alza una figura gigantesca á quien la posteridad admira maldiciendo á los verdugos que le inmolaron, figura cuyo nombre fué el terror de los dominadores franceses, cuyos hechos le dieron con un puesto distinguido fama universal, y cuya vida resultó gráfica expresion de su alma indomable, de su caracter enérgico, y de su espíritu levantado.

Nos referimos á don Juan Martin, nos referimos, al heróico *Empecinado*, al humilde labrador del Castrillo del Duero, que antes que nadie tremoló la bandera de la independencia; al que saliendo de la aldea con sus dos amigos Garcia y Peroles, reunió en menos de un año un numeroso ejército; al que entre sus muchas hazañas, contó la derrota del general Ki, y al que sin amenguar la gloria del insigne Mina, puede tambien dársele el nombre de *rey de los guerrilleros*.

Cuando los ejércitos franceses emprendieron la vergonzosa retirada de Vitoria, y tuvo término aquella desesperada lucha, nunca ensalzada como merece, el *Empecinado*

dejó las armas, y cubierto de laureles y de honrosas cicatrices, admirado por toda España, y desprovisto de ambiciones, se escondió en su amado rincón de Castilla, satisfecho de haber cumplido su deber, y gozoso por hallar otra vez en el trono á Fernando VII, hácia quien sentia un cariño idólatra, por quien mas de una vez, derramó su sangre generosa, exponiendo á cada paso la existencia durante siete años.

¡Qué de amarguras, qué de dolores asaltarían el corazón del héroe cuando meditara luego, sobre las ingratitudes del Monarca desleal, que decretó su muerte, sin dignarse oírle, y sin conmoverse, ni ante las súplicas de una madre anciana, ni ante el clamor de todo un país indignado y atónito!

Aunque el partido absolutista no hubiese cometido durante su dominación mas que este crimen, bastaría él solo, para hacerlo odioso á la posteridad.

Creyendo prestar á su patria y á su Rey un beneficio, el *Empecinado* se puso á las órdenes del gobierno constitucional, y sirvióle lealmente, porque en su alma grande, no cabían bastardas ambiciones, porque su fé y

entusiasmo eran iguales á su valor heroico, y porque abrigaba la conviccion de que únicamente las ideas liberales, podian salvar á España en aquellos momentos de inminente peligro.

Vuelto de Francia el Monarca, y pasado los primeros dias de júbilo y alegria á que se entregaron inocentemente las poblaciones, empezó Fernando VII á pagar la deuda de gratitud que tenia con los que le devolvieron el trono, y comenzaron las ordenes de destierros, las prisiones injustas, y los atropellos incalificables, que tantas lágrimas hicieron derramar, y que sumieron á la nacion en aquel estado, del cual es imposible darse hoy exacta idea.

No pudo el *Empecinado* librarse de las iras del Rey, y á pretexto de una cándida exposicion que le hizo, ensalzando las ventajas de nuevo sistema, se le desterró á Valladolid, donde pasó cinco años alejado de las luchas políticas y alejado de la vida aventurera, y llena de peligros que constituia su elemento.

Pero llegó la hora en que se alzó en Andalucía la bandera liberal, juró el Monarca

la constitucion otra vez, para otra vez faltar á su juramento, y el *Empecinado* dejó sus tierras y sus faenas agrícolas, y corrió á ponerse á las órdenes del gobierno, quien le confió el mando de una division compuesta de hombres valientes y sufridos, avezados en el manejo de las armas, y que ya conocian de antiguo los riesgos y azares de la guerra.

El cura Merino, habíase lanzado de nuevo á la campaña al frente de numerosa partida, cuyos criminales excesos, eran vistos por el Rey con singular satisfaccion que mal podia disimular. Dirigióse el *Empecinado*, en busca de la partida absolutista sintiendo renacer en su pecho aquel ardor guerrero que todos le admiraban, y persiguió al sanguinario cura, estrechándole con aquella táctica militar que él solo supo, diezmando su gente, y haciéndole huir al abrigo de escarpadas sierras, confuso, aturdido y derrotado.

Otros servicios no menos importantes desempeñó luego en Extremadura y cuando en 1823, perdióse la causa liberal y quedaron dueños del poder los funestos *blancos*, el *Empecinado* capituló, y ya vencidos Mina, Torrijos y Chapalangarra, últimos defensores del

nuevo sistema, comprendió don Juan Martin, que su existencia peligraba dentro de la patria, y dirigióse con un puñado de amigos á pasar la frontera portuguesa.

Mas los pérfidos servidores del gobierno, no podian permitir que aquel hombre grande escapase de sus garras en el momento de la venganza, y salieron en su busca, y con frases engañosas le indujeron á regresar á Castilla, donde se le prometió que seria respetado, y nada tendria que temer.

El héroe de nuestra independencia creyó para desdicha suya á los que tan inícuo lazo le tendian, y en mal hora volvió por Extremadura triste, pues hallaba derrotada su causa, pero con el consuelo y la esperanza de verse en el seno de su hogar, junto á su esposa y á su madre, en aquella humilde aldea que le sirvió de cuna y á la que profesaba singular cariño.

Cuando se convenció de la maldad de sus enemigos era ya tarde: á medida que se iba acercando á Castilla se le iba retirando la escolta; en algunos pueblos por donde pasaba la milicia realista le llenó de groseros insultos: los que le habian engañado misera-

blemente, comenzaron á faltarle á la consideracion y respeto que merecia, y por último, cierta noche del mes de Octubre de 1823 cuando ya se encontraba recogido en una posada de Olmos de Peñafiel, entraron en su habitacion algunos voluntarios realistas, y obligándole á dejar el lecho sujetáronle con fuertes ligaduras como al criminal más odioso, conduciéndoles en la madrugada al pueblo de Roa, donde le estaban destinados los tormentos más crueles y donde la ferocidad de sus verdugos habia de llegar á un inconcebible grado de barbarie.

II.

Los vecinos de Roa, en su mayoría absolutistas, experimentaron algo como un placer salvaje al enterarse de la llegada de D. Juan Martin, y acudieron á las puertas de la cárcel rugiendo de ira y pidiendo que les presentaran á la victima, para gozarse ante sus dolores y para injuriarla y escarnecerla.

Era por entonces alcalde mayor del Roa un hombre indigno y miserable á quien el *Empecinado* habia en otro tiempo detenido

—segun dice un historiador— «por un delito comun, el más deshonroso de cuantos se pueden cometer» y este alcalde, llamado don Domingo Fuentenebro hizo que en más de una ocasión el héroe de nuestra independencia, fuera expuesto en la plaza pública, dentro de una jaula, para que la canalla se complaciera; este alcalde, le privó de agua, llegando á visitarle en calabozo, cuando el infeliz preso se retorcia en el suelo pidiendo con horribles gritos que calmaran su sed; este alcalde puso una guardia constante de realistas, que se entretenian en mortificarlo, y este alcalde en fin, dejó tan complacido al Rey, que de allí á poco, le nombro corregidor de Segovia en pago de sus crueldades.

A manos de Fernando VII, llegaron por entonces algunas exposiciones respetuosas demandando clemencia para el *Empecinado*; la madre de este, recurrió tambien al trono anegada en lágrimas, y con el corazón traspasado de dolor; pero el Monarca cruel, desoyó tantas súplicas y ordenó *que se abreviasen los trámites de la causa*, que se habia comenzado á instruir y que se procesaran á los que redactaron las exposiciones.

Cuando se para á meditar un punto, en hechos como el que vamos narrando, la imaginacion se resiste á creerlos, y llegaríamos á dudar de ellos, si por desgracia no existiesen documentos que los probasen, ni estuviese tan cerca de nosotros aquella época gloriosa, en la que fueron sacrificados por causas políticas más de seis mil españoles.

Abreviáronse pues los trámites del proceso, como el Rey deseaba, y una vez ultimado, se comenzaron á hacer con gran actividad los preparativos para el sacrificio.

Llegaron los últimos días del mes de Julio de 1825 y don Juan Martin aguardaba con serenidad heroica el momento fatal, en que sus verdugos le inmolasen. A todos asombraba su presencia de ánimo, en medio de tantos sufrimientos, y asombraba á todos que hubiese podido resistir su naturaleza los tormentos y las privaciones que en más de dos años había sufrido.

Hecho cargo de la inmensidad de su desgracia, convencido de que nadie podría salvarle aquella vida que se consagró á la defensa de la pátria, y fatigada el alma ante las miserias que en derredor suyo se agitaban,

el *Empecinado* sintió deseos de morir pronto y los hizo presentes á cuantos en momentos tan tristes le rodeaban.

Su alma heroica ansiaba desprenderse de la estrecha cárcel del cuerpo y apartarse de las pequeñeces de la tierra, olvidando á los que la habian torturado con cruel refinamiento, pero, en el silencio de la noche y entre las oscuras sombras del inmundó calabozo, ¡cuantas horas pasaria el héroe derramando lágrimas de fuego que abrasaran su tostado rostro, y llenaran su pecho de angustias mortales y congojas infinitas! La ingratitud es el daño mas cruel que se causa á un hombre, por que la víctima del ingrato, muere entre horribles martirios, llena de desesperacion, y sumida en los abismos de la impotencia.

El dia 19 de Agosto, fué señalado para último de la existencia de don Juan Martin, y aquella mañana, despues de haber oido en la capilla su sentencia, con serenidad pasmosa, y de haber confesado con un sacerdote quien reveló luego los secretos de la víctima, salió de la Cárcel y fué conducido á la plaza, donde se levantaba la afrentosa horca, y donde

habia acudido una gran multitud de los pueblos vecinos a presenciar la desgarradora escena que allí iba á representarse.

Llegó el *Empecinado* al pié del patibulo, sereno y con evidentes señales de resignación pero de pronto, irguió su atlética figura; sus ojos despidieron una chispa que ya parecía haberse extinguido; los músculos de su carase alteraron notablemente, y rompiendo de un violento golpe las esposas que le tenían sujeto, corrió hacia donde estaba un comandante realista, quien llevaba en su mano la espada misma que D. Juan Martin habia ceñido para defender con ella la independendencia y la libertad de la pátria. «Al verle de pié— escribe un autor—la inmensa muchedumbre huyó despavorida y con gritos de terror anunciaba por las desiertas calles del pueblo la noticia de que se habia escapado.»

Pero esto no llegó á suceder, los voluntarios se precipitaron rápidos sobre el héroe, quién antes de caer en tierra aturdido por infinitos golpes, se defendió de una manera desesperada, agotando en aquella suprema lucha, los últimos restos de la energía física que le habia quedado. Ya en el suelo y casi

sin sentido, don Vicente Garcia Alvarez, comandante de la tropa realista, ordenó que allí mismo se le atase al cuello una soga, elevándolo á la altura de la horca, pendiente de la cual expiró, siendo la una de la tarde....

Despues de muerto el *Empecinado* muchos de sus verdugos comprendieron la enormidad de aquel crimen, cometido con un inocente que tanta gloria habia dado á España y que tan grandes dotes poseia: y se cuenta que al enterarse Fernando VII de la trágica escena de Roa, se limitó á decir estas palabras á uno de sus cortesanos

—¿Qué te parece el mozo?... entre esos liberales hay muchos á quienes tengo que ajustar la misma cuenta.





EL FRAC



sí como hay hombres que dan carácter á una época en vez de recibirlo de ella, tambien hay prendas que imprimen un sello especialísimo al tiempo que estuvieron en moda.

Esto sucede con el frac, cuya importancia nadie se atreverá á poner en duda, y que imperó casi como dueño absoluto en más de dos generaciones, á pesar de las continuas bur-las del pueblo, y de las punzantes sátiras que en libros y periódicos se le dirijieron.

Cuando en los últimos años de la Revolución Francesa llegaron á nuestro pais las levitas con esclavinas, las camisas de chorreras, los calzones de punto y las botas á lo *bombé*,

llegó el frac, que segun las palabras de un ingenioso escritor de entonces, «era el chisme más ridículo que poseía la humanidad civilizada.»

Las prendas que acabamos de nombrar, sufrieron bien pronto grandes variaciones ó desaparecieron por completo; pero el frac tomó carta de naturaleza entre nosotros, y se generalizó pronto, merced al *genio* de aquellos grandes maestros de la tijera, que se llamaron Ortet, Rouget y Utrilla.

Por esta época hubo dos fracs célebres: el de Moratin y el de Isidoro Maiquez. Todos saben el atildamiento con que solía vestir el autor insigne de *La Comedia Nueva*, todos saben lo mucho que figuró su persona en la alta sociedad, y sus marcadas tendencias al gusto trans-pirenáico que le acarrearón no pocos disgustos y sinsabores. El frac de Moratin tenta algo de la personalidad de su dueño, y algo de su corrección y mesura, rasgos salientes en aquel carácter grave y ceremonioso.

Don Antonio Romero Ortiz guardaba en su magnífico museo este frac, que sin duda alguna, será un documento curiosísimo para

la edad futura, si se conserva afortunadamente hasta entonces.

El frac de Maiquez, traído por este gran actor á su vuelta del extranjero donde acabó de perfeccionar sus estudios, era el que marcaba la moda y por el que se guiaban los jóvenes de buen tono. Más de una encofetada dama, más de una graciosa *manola*, se rindieron ante aquel frac, del que dijo otro famoso comediante, que era la más elegante prenda que se lucía en España.

Uno de los lugares de mayor importancia donde por entonces se vió el frac, fué en la Corte de Cadiz: dentro de aquellos fraques de anchas solapas y de largas faldas, latieron los grandes corazones de aquellos políticos eminentes, inflamados en el santo amor á la libertad y á la patria.

Pero los principales propagandistas del frac, los que más contribuyeron á su apogeo, fueron los enamorados y sencillos *lechuguinos* que tan admirablemente retrató la fina pluma de don Antonio Flores.

El frac del *lechuguino*, despojado ya de los molestos encajes en las boca-mangas y de los forros de colores, ceñido al talle y ador-

nado de gruesos botones, era un arma poderosa, de que se servía su dueño para ablandar los más duros corazones femeniles. ¡Cuánto se exhibió entonces el frac en el Prado, en la Alameda *Vieja* y en el nuevo paseo del Arenal, ¡Cuanto gozó en los bailes de la Lonja, y en las tertulias del *Liceo*! ¡Cuántas calles recorrió en busca de una mirada ó de una sonrisa, y en fin, cuántas horas pasó al lado de las respetables tías y de los graves tutores!...

En mal día llegaron los soldados de Angulema, y con ellos desapareció la juventud entusiasta y sencilla, y se fué para siempre el almibarado *lechuguino*, tipo lleno de frescura y verdor, cuya pérdida lamentaba tanto el buen Mesonero Romanos.

Con la primera amnistia comenzó, lo que pudiéramos muy bien llamar época del frac: entonces se generalizó entre todas las clases de la sociedad, figurando lo mismo en la reunión patriotera que en el Estamento, y en el cafetin lo mismo que en el *sarao*.

El frac que por entonces había adoptado los colores oscuros, sufrió varias modificaciones; ahuecó las mangas, estrechó el talle

acortó los faldones, disminuyó las solapas y forró el cuello de terciopelo.

Llegamos á la época del romanticismo; los amargos cantos de Byron, las melancólicas leyendas de Lamartine y las sentidas quejas del solitario corazón de Leopardi, pasaron las fronteras y dieron vida á aquella juventud escéptica y desengañada, que buscaba una felicidad imposible, y soñaba con los más irrealizables goces.

No contentos los hombres con modificar sus ideas, modificaron también sus trajes, y lo pusieron en armonía con estas.

Las mujeres palidecieron, peinaron con extremada sencillez sus cabellos, vistieron telas de colores emblemáticos y aparecieron lánguidas y dominadas por la tristeza y el hastío. Las prendas masculinas se modificaron notablemente, desaparecieron los bordados, los dijes y demás adornos; las camisas de chorreras se transformaron en corbatines, los calzones de punto en pantalón *colan* y los fraques, alicortos y reducidos se identificaron con sus dueños, impregnándose en aquella pesada atmósfera de romanticismo que por todas partes se respiraba.

Aquí creemos oportuno hacer algunas divisiones del frac, pues este también tenía sus gerarquías, como todo lo que existe en el mundo: no era el frac del ministro de la misma categoría que el de un celador de barrio, ni el frac del poeta lloron y elejiaco, igual al del hombre maduro, y partidario del clasicismo.

Aquel frac abierto, que iba siempre de prisa, y que no sosegaba en ninguna parte, era el frac del juntero y del patriota, el que arengaba al pueblo, el que defendía las barricadas y el que huía constantemente de la milicia y de los alguaciles; el otro frac abrochado hasta el último botón, ceñido el talle y sin la menor arruga, pertenecía al joven imberbe, de larga melena y ojos entornados, que leía *La Galería Fúnebre*, y se tomaba por el más desgraciado ser de la creación; este frac verde oscuro, con botones de oro, cuyos faldones terminaban en agudas puntas, era el del antiguo realista que recordaba con delicia el periodo del *Terror* y rendía culto á Calomarde y Cea-Bermudez; el frac negro de largas solapas, que nunca perdía su brillo, ni nunca envejecía era el del señor Corredor

ó el del cacique del pueblo, que solo se lucia en las grandes solemnidades, y que infundía grandísimo respeto á cuantos cerca de él se hallaban; el frac lleno de manchas y de zurcidos, sin color determinado, y sin forma exacta era del pretendiente, cansado de hacer antesalas y de aguardar credenciales que no llegaban nunca; el frac adornado de cintitas y medallas, pertenecía al veterano de la Guerra de la Independencia, y por último, aquel frac tieso que parecía querer separarse de su dueño, decía á voces que salió de la tienda de comestibles, ó del pacífico comercio de telas.

.

Pero, todo pasa y los buenos tiempos del frac pasaron tambien; las corrientes democráticas significadas por la *americana*, se abrieron paso con más rapidez que muchos creían, y la prenda que causó el embeleso de las petimetras y de las románticas, fué perdiendo terreno y tuvo que refugiarse en los dorados salones, entre los aristócratas, donde perdió aquella nota simpática, que le imprimieron los *pisaverdes* de 1808, los *lechuguinos* de 1820 y los románticos de 1836.

No quiero hablar del frac en la actualidad. ¡Cuánto ha degenerado y qué existencia la suya!... Llegará un día en que el frac desaparesca de la tierra, y cuando las edades futuras vuelvan los ojos á nosotros, con gran razon podrán decir que hubo un tiempo al que se pudo llamar la época del frac.





EL ÚLTIMO AUTO DE FÉ

I



UANDO invadieron el suelo español los *cien mil hijos de San Luis* mandados por el duque de Angulema, y el rey publicó en el Puerto de Santa María aquella famosa Orden, declarando nulos y sin ningún valor, cuantos actos había realizado el gobierno constitucional desde el 7 de Marzo del año 20 al 2 de Octubre del 23, los absolutistas cuyos pechos rebosaban venganza, creyeron llegada la hora de saciarla y se precipitaron sobre los confiados é indefensos liberales, regando el sagrado suelo de la madre patria con la sangre de los que luchaban heroicamente por arrancarla de las garras feroces de la ignorancia y del fanatismo.

Aprobadas las disposiciones de la regencia de Madrid y de la Junta provincial de Oryazun, formado el ministerio del conde de Ofalia y dueños de la situacion los realistas exaltados, se comenzaron á restablecer todas las instituciones caídas, tratando de volver la nacion al mismo estado en que se encontraba cuando estalló en las Cabezas de San Juan el primer grito revolucionario.

Murió por entonces el marqués de Casa Irujo y Fernando VII, que necesitaba un hombre hipócrita y sagaz que expiase á los demás consejeros, que se doblase sin escrúpulos á su voluntad, y que sirviese de instrumento á sus iníquos manejos, hizo ministro de Gracia y Justicia á don Francisco Tadeo de Calomarde, el pérfido y sanguinario palaciego, que sacrificando su dicha doméstica, pudo llegar de oscuro criado á favorito del monarca más desleal que registra la Historia.

Con este nombramiento se colmaron los deseos del bando furioso, y mientras se crudecía á la persecucion de los *masones*, se volvieron á organizar las juntas secretas, se despojó á los propietarios de cuantos bienes habian adquirido en la época constitucional,

dióse el decreto de *purificacion* que alcanzaba tanto á los estudiantes, como á las mujeres que gozaban pension del Estado, y se restablecieron cuantas leyes habian abolido ó modificado los liberales.

Una de las instituciones que con más insistencia pedian los realistas era la Inquisicion, pero ni Fernando VII ni su ministro estaban dispuestos á restablecerla; ambos entretenian al clero y á los exigentes con promesas tardias y con palabras estudiadas, que nada llegasen á resolver en el particular, y ambos, que comprendieron bien lo absurdo de la peticion, y no se atrevieron á discontentar á sus parciales llegaron á adoptar en el asunto una posicion ambigua que ni enojase á los apostólicos ni disgustara á los moderados.

Alentada por ella, creció la tenebrosa sociedad del *Angel Exterminador*; muchos obispos organizaron las *Juntas de la fé*, en las cuales delegaron por autoridad propias facultades ejercidas por el Santo Oficio; el Ayuntamiento de Barcelona, elevó al rey una exposicion pidiendo el tribunal odioso, y poco despues los obispos de Tarragona y

Orihuela, lo declararon constituido en sus diócesis.

Por aquellos meses la primera autoridad eclesiástica de Valencia, organizó su terrible *Junta*, y tuvo la triste y nada envidiable honra, de ejecutar el último auto de fé, que en el presente siglo se ha celebrado en España.

Las circunstancias que en este suceso concurren y lo poco conocido de él, nos ha hecho tomar la pluma para relatarlo á nuestros lectores, que quizá nos agradecerán el trabajo que nos hemos tomado, buscando datos y revolviendo papeles, con objeto de poder contarle con el mayor número posible de detalles ajustándonos rigurosamente á la verdad histórica.

II

En Valencia, y en un pueblecillo muy cercano á la capital, vivía tranquilamente por los años 1825, un pobre hombre, (que así debemos nombrarlo), de instrucción escasa y de escasísimo entendimiento, maestro de escuela, y ayo de niños, que en los ratos de-

socupados dábase á leer libros de filosofía materialista, con tanto afan y delectacion, que llegó á tomarse por un sabio destinado á sacar á la humanidad, de los graves errores en que se encontraba, segun su menguado juicio.

Llamabáse el maestro de escuela Antonio Ripoll, y era persona tan pacata é insignificante, que en todo el lugar se reian á su costa, oyendo los despropósitos y majaderías que soltaba, cuando se ponía á explicar con intrincadas razones, aquellas doctrinas que no había podido comprender ni decir.

Semejábese algo este tipo á esos buenos obreros de hoy, que sin principios ni instruccion se las dan de libre pensadores y ateos, y que habiendo ojeado solo cuatro papeles escritos para hacer negocio, echan pestes del fanatismo y del oscurantismo, sin comprender que ellos son tan fanáticos y tan insufribles como los que ridiculizan y atacan.

Ripoll que habia hacinado y confundido en su imaginación no muy segura, multitud de ideas y doctrinas, cayó en la manía de negar en sus conversaciones particulares la divinidad de la religión católica; pero ni escan-

dalizaba con sus palabras, ni mucho menos trataba de propagar sus opiniones con sus escritos.

Contentábase el buen hombre con defender sus creencias cuando venia á pelo, citando los textos mas celebres de los filósofos del siglo pasado, cuyas obras le habian trastornado el poco juicio que tenia, al querer desentrañarlas, falto de la instrucción y de la razón necesaria para casos tales.

Un dia la *Junta de la fé* recibió por el correo un larguísimo anónimo en el que se ponderaban las herejias del pobre maestro de escuela, y enseguida se procedió á su arresto llevándole á Valencia, donde fué encerrado en oscuro y tétrico calabozo, cargándosele de cadenas, como si se tratase de un bandolero de cuadrilla ó de un criminal odioso y repugnante.

Reuniéronse á toda prisa los señores inquisidores, celebrando dilatadas consultas, formaron un voluminoso proceso y obligaron, al fin, á comparecer á Ripell, que, lejos de llevar á cabo la retracción pública que le pedían, se ratificó con cierta arrogancia, que produjo un asombro cómico en aquellos se-

sudos y graves varones, que tanto parecían interesarse por extinguir la heregia y por el brillo del catolicismo.-

Burlábase el maestro de escuela de los misterios de la religión y encomiaba sus respetos al Ser Supremo y su culto á la Providencia; pero era tal el desónden con que se expresaba, la incoherencia de sus actos y la inquietud de su espíritu, que claramente estaba demostrando su estado de locura, aumentado en los meses que había permanecido detenido y cargado de pesadas cadenas.

Muchas personas hicieron presente á los inquisidores el estado del infeliz Ripoll, y obligaron á que se nombrase una comisión de médicos que lo reconocieran; pero los doctores, tan fanáticos como los individuos de la *Junta*, afirmaron que el maestro estaba en su sano juicio, y era completamente responsable de sus actos.

Entonces el *Santo* Tribunal, lo declaró *hereje contumáz* y le condenó á sufrir la pena de muerte en horca, entregando el reo á la justicia ordinaria, para que ejecutase tan cruel y horrible sentencia.

En las primeras horas de la mañana del

31 de Julio de 1826, una inmensa muchedumbre invadía la plaza principal de Valencia, en medio de la cual, se alzaba el afrentoso patíbulo, levantado para quitar la vida á un infeliz demente.

A la hora convenida, apareció un piquete de la milicia realista, en medio del cual, marchaba Antonio Ripoll, rodeado de un par de frailes que con gritos destemplados y ademanes bruscos, le pedían retractación de sus palabras.

El loco miró con ojos extraviados el fúnebre cuadro que se ofrecía á su vista, y cuando subía la terrible escalera, lanzó una carcajada espantosa, última prueba de su lamentable estado.

Después que espiró Ripoll, sucedió una escena repugnante y cruel: la plebe absolutista se apoderó de su cadáver, y descolgándolo de la horca, le metieron en un tonel pintado de culebras, arrojándolo al Turia, entre las horribles maldiciones y los feroces gritos de una chusma ebria de sangre, que pedían la destrucción de la mitad del género humano.





EL MAJO



É aquí un tipo que no existe yá, pero que al desaparecer para siempre, dejó algo en las costumbres de nuestro pueblo que tardará mucho en borrarse.

El majo era un personaje *sui generis*, esencialmente español, imposible de confundir con nadie, y que se diferenciaba bastante de aquellos *manolos* de chupetin y capote de durancillo, que con tanto valor supieron defender la honra de la patria en la gloriosa Guerra de la Independencia.

En aquel tiempo en que los cuadros y las comedias de costumbres andaluzas estaban en boga, los artistas y los literatos se ocupa-

ban con frecuencia del tipo que tratamos, y aunque solian presentarlo algo exagerado y convencional, era siempre bien recibido por el público, que nunca le negaba sus aplausos y sus elogios.

Quisiera yo tener aquí el pincel de Dominguez Becquer para bosquejar el majo andaluz, de gallardo porte, de tez morena, y anchas patillas, con su calañés hacia los ojos, chaqueta adornada de alamares, camisa de olanes, faja de vivos colores y pantalon de grandísima campana.

Quisiera yo tener aquí la pluma de Sarz Pérez para relatar las conversaciones, las *hazañas* y las anécdotas de este personaje, cuya importancia en su tiempo no hay que poner en duda.

El majo nacido en *Triana* en la *Macarena* ó en *San Bernardo*, que tenia en casa una buena hembra y una onza de oro en la faltriquera, se consideraba el hombre mas feliz de la tierra, y concluidas las horas de su trabajo no pensaba sino en divertirse cuanto le fuera posible.

Nunca faltaba a las cenas en los melonares, á los almuerzos en los cortijos, á los ca-

samientos, á los bautizos, á los bailes de candil y á las corridas de toros.

Como buen aficionado, todos los lunes ocupaba su asiento en los tendidos y era de ver, con qué atencion presenciaba la corrida para que no se le escapase el menor detalle.

De la plaza se iba nuestro hombre á la botilleria ó la taberna y allí, con el vaso en la mano y el cigarro en la boca, se pasaba larguísimos ratos, discutiendo con la *gente de bronce* hasta que llegaba la hora de marchar al famoso baile de candil. En este lugar se le esperaba con impaciencia, se le reservaba el mejor sitio y se le consideraba como el alma de la reunion.

El majo en el baile no sosegaba un instante; iba y venia en todas direcciones, charlaba con todos casi al mismo tiempo, á ésta ofrecia una *caña*, á la otra echaba un piropo, ya punteaba unas granadinas á la guitarra, ya salia con unos panaderos bien ceñiditos, y si al final se armaba gresca, como era de cajon en estas tertulias, él era el primero en apagar la luz, echar á rodar la mesa y descargar los garrotazos.

Cuando estaba desocupado, mataba el tiempo por las esquinas de los barrios bajos ó á la puerta de las barberías, y si pasaba cerca de él una buena moza, con peinado de castañetas y grandes rizos cruzados de horquillas, vestido muy almidonado, zapatos de color, y mantilla de tira, nunca dejaba de decirle alguna frase aguda ó algun chiste bastante subidito por cierto.

Si ella lo miraba pidiendo guerra, y le constataba alguna de esas palabras tan gráficas de nuestra tierra, el hombre se entusiasmaba y arrojando la capa al suelo, no quedaba contento hasta que la moza no pasase por encima de ella.

Las tardes de verano concurría el majo en ligero calesín con su *Dulcinea*, á pasear por el *Arenal* ó el arrecife de *Bella Flor*, y esto que era una de sus mayores distracciones, le hacía pasar ratos agradabilísimos que nadie mas que él sabía apreciar.

En contacto directo vivía el majo con los jaques, los aventureros y toda la *gente de bronce*, y aunque con ellos alternaba y participaba á veces de sus desordenes y de sus vicios, nunca descendía á sus calaveradas de

de mala ley ni á sus bajezas, pues era hombre que á su modo y manera tenia formado muy alto concepto del honor del que blasonaba á cada paso.

El majo era generalmente espléndido, y derrochador como el que más; metido en *jarana* no consentia que nadie pagase sino él, y se dejaba explotar desdeñosamente por aquella multitud de aduladores, que le rodeaban.

Era valiente, y se las mantenía firmes con cuantos se le ponían delante, y si se trataba de extravagancias, él, las llevaba á cabo como el primero algunas de las cuales les salían en ciertas ocasiones bastantes caras.

Aunque ocurrían con frecuencia no pocas peripecias que si fueran á relatarse no tendrían fin, el majo neto, pasaba la vida feliz y dichoso, porque con poco se contentaba y cuando se divertía, era de todo corazón.....





LOS PRIMEROS FACCIOSOS

I



MUCHOS atropellos y crímenes se cometieron con los liberales sevillanos en la última época realista, pero infinitos hubieran sido éstos, á no encontrarse enfrente de las autoridades de la capital de Andalucía, dos hombres tan enérgicos y rectos, como el Asistente don José Manuel de Arjona y el capitán general don Vicente Quesada.

Ambos procuraron siempre contener los excesos de la plebe furiosa, y tener á raya á los exaltados *apostólicos*; ambos llevaron la tranquilidad al seno de muchas familias honradas; expulsaron los espías y perseguidores de indefensos ciudadanos, é impusieron se-

verísimas penas, á cuantos trataron de turbar el orden y promover motines y algaradas que habrian de traer funestas consecuencias.

El bando absolutista, se componia de dos partes principales, formadas, una por la aristocracia, la gente del capital y los defensores del *despotismo ilustrado*, y otra por los descontentos, los aventureros y gran número de individuos del pueblo bajo, que no concebían un gobierno sin patíbulos, sin espías y sin *Comisiones militares*.

Cuando Fernando VII, cediendo á las sugerencias de extrangeros gabinetes, intentó dar una tregua á tantas infamias como sus fanáticos defensores cometían, el partido absolutista acabó de dividirse, y en los claustros de los conventos, en las ásperas montañas del Norte y bajo los mismos dorados techos del real palacio, comenzó á agitarse una conjuracion numerosa y siniestra, que se revolvía entre las sombras, hasta encontrar ocasion propicia en que demostrar con las armas en la mano los propósitos que la animaban.

Esta faccion volvió los ojos hacia un her-

mano del Rey, un hombre débil é inepto que alentado por su intrigante y orgullosa mujer, comenzó á acariciar mentidos sueños de grandeza, embriagándose en los esplendores de un trono que creyó verse llamado á ocupar.

El volcán estalló bien pronto: á pretexto de que Fernando VII estaba cautivo de algunos *realistas disfrazados* se alzaron varias partidas que derrotadas en un principio, aparecieron de nuevo mas numerosas y mejor organizadas; circuló por la Península profusamente un folleto titulado *Manifiesto de los realistas puros sobre la necesidad de elevar al trono al infante don Carlos*, que hizo gran sensacion y obligó al gobierno á tomar algunas medidas de prevencion; y al poco tiempo, se echaron al campo nuevos grupos de facciosos capitaneados, en Valencia, por el oficial Balda; en la Rioja, por Gonzalez y sus hijos; en Vizcaya, por Gorostidi Rochapea y Santos Ladron; en Cataluña por Eroles y Romagosa y en Aragon por Bárcena, Diez y el coronel Capapé.

A fines de Julio del 1827, cuando ya estaba en el Principado dispuesta la rebelion

que habia de ahogar en sangre el conde de España, la conspiracion carlista extendió sus ramificaciones hasta Andalucía, donde encontró favorable acogida entre descontentos y fanáticos, formándose á poco una lista de individuos caracterizados, que repartieron armas, municiones y proclamas, entre muchos ilusos á quienes hicieron concebir la mas risueñas esperanzas de triunfo.

Despues de muchas reuniones y consejos y despues de largas deliberaciones, se acordó dar el golpe preparado con tanta cautela, en uno de los últimos dias de Agosto de aquel mismo año de 1827,

Era el jefe del movimiento, don Diego Limón, teniente ilimitado, hombre astuto y zagáz, apaleador y verdugo de liberales, que contaba generales antipatías, lo mismo entre sus adversarios políticos, que entre aquellos que á su causa estaban afiliados. La vispera del dia en que unido á su numerosa partida, iba á lanzar el grito de rebelión, cuando ya imaginaba que la más completa victoria coronaría su arriesgada empresa, recibió Limón una atenta y fina carta del capitan general de la provincia, invitándole á que pasara á su

despacho, y ofreciéndole un succulento almuerzo.

Presentóse don Diego en la calle ancha de la Laguna á la hora convenida, siendo recibido por Quesada con aquella afectuosa cortesía en él característica. Después de larguísimo rato en que ambos sostuvieron una conversación sobre multitud de asuntos diferentes, pasaron al comedor, y estando ya sentados ante la mesa, hizo el general con habilidad exquisita, que el diálogo recayera en algunos de los asuntos políticos que por entonces atraían el interés del país.

Limon hizo protestas de su ardiente amor al Rey, censuró con enérgicas frases á los que trataban de perturbar el sosiego público, extendiéndose en amplias consideraciones respecto á las circunstancias que la patria en aquellos momentos atravesaba.

Concluido que fué el almuerzo, mientras ambos saboreaban el exquisito moka, al que el general era muy aficionado, y lanzaban de sus cigarros gruesas espirales de humo, don Vicente Quesada, con reposado tono y con la confianza propia entre caballeros hizo saber á Limon que tenía noticias muy ciertas

de que se hallaba comprometido en una conjuración carlista y que sus falsas protestas de adhesión eran inútiles y á nada conducían

El teniente quedó al pronto desconcertado con estas palabras, pero como hombre astuto é hipócrita que era, se repuso en el momento de su impresión, y trató de demostrar al jefe militar que le habían engañado completamente, pues ni tenía contraído compromisos con los conjurados, ni hasta entonces había sabido nada de semejante empresa.

Insistió Quesada bastante tiempo, haciéndole muchas juiciosas y amigables observaciones, más viendo que el otro se cerraba en su negativa, y que nada iba á conseguir con su insistencia, cambió de tema, y cuando don Diego se disponía á marchar, díjole en la puerta de su despacho, después de estrecharle afectuosamente la mano:

— Señor Limón, ya ha visto con cuenta franqueza me he expresado: si á pesar de lo que me ha dicho, llegara á mis noticias que se mezcla usted en algunos proyectos de los rebeldes, tengo el sentimiento de decirle que pagará con la vida su deslealtad, y sin disponer de más tiempo que del estrictamen-

te necesario para que tome sus últimas disposiciones.....

A la madrugada del siguiente día, cumpliendo el pacto que con los facciosos contrajera, el teniente Limon, abandonó cautelosamente la ciudad disfrazado de arriero y tomó el camino de la Puebla, lugar en el que había de reunirse la numerosa partida.

II

A las dos de la tarde del 21 de Septiembre, llegaron al sombrío y vetusto caseron de la calle Serpes, donde se hallaba instalada la *Cárcel Real*, dos partidas de migueletes, que venian custodiando á un hombre de miserable aspecto, abatido, sucio y cubierto de harapos.

Apenas este entró en la prisión, fué conducido á la capilla y cinco horas después, á la muralla del barrio de los Humeros, donde le fusilaron por la espalda, como se fusila á los traidores que quebrantan el juramento que hicieron á sus banderas y á su pátria.

El general Quesada, inflexible con los transgresores de la ley, cumplió su palabra,

publicando despues el siguiente aviso en *El Diario*:

«Habiendo tenido noticia de que el teniente don Diego Limon, trataba de seguir el funesto ejemplo de los disidentes de Cataluña, le hice vigilar muy de cerca por lo que al momento que empezó á reunir gente presentándose con ocho hombres en el sitio de las Bodegas, cerca de la Puebla, fué perseguido y preso el dia 17 del actual en Moron, y pasado por las armas el dia de ayer en esta capital, cuya suerte sufrirá inmediatamente todo el que trate de turbar la tranquilidad pública, sin distinción de clases ni circunstancias.»

Tal fué el trágico fin del primer campeón que tuvo la causa carlista en Andalucía.





EL REY FERNANDO Y EL DIESTRO.



ABSOLUTISTA intransigente, feroz enemigo de cuantos no tuviesen sus ideas, hombre de carácter sério y grave aspecto, fué Antonio Ruiz *El Sombrerero*, uno de los pocos lidiadores que, sabiendo cumplir perfectamente con su obligación, raras veces llegan á causar entusiasmo en el público.

Si hemos de dar crédito á lo que de su habilidad y destreza escriben aquellos que le vieron torear, *El Sombrerero* poseía excelentes condiciones, ejecutaba con el capote suertes de gran lucimiento, y se distinguía en el manejo de la *muleta* y en el modo de preparar á las reses para matarlas. Pero nada de esto fué bastante para lograr captarse

simpatías que le hubiesen sido muy provechosas, y le hubiesen evitado los graves disgustos, y amargas contrariedades que sufrió durante su larga existencia. El poco tiempo en que Ruiz disfrutó de cierto renombre fué por los años 1824 á 27, cuando sus amigos los realistas eran dueños en absoluto de la situación de la patria.

Tenía á gala *El Sombrero* dar frecuentes muestras de opiniones políticas, y cuenta Velazquez, que en cierta ocasión, al cuadrarse ante un berrendo que le había dado bastante que hacer, gritó dirigiéndose á un grupo de sus partidarios que ocupaban un tendido: —¡Así se matan los picaros *negros*! — y remató al animal de una magnífica estocada.

Mas como desde el enlace del Rey con María Cristina, los liberales empezaron á respirar un poco, permitiéndoseles vivir con alguna tranquilidad y regresando muchos del extranjero, Ruiz comenzó á sentir el desvío del público, nada indulgente con aquel que tanto se señaló en la triste causa del absolutismo.

En 1832 había ya en Madrid infinitos

constitucionales á quienes la primera amnistia abrió las puertas de la patria, y por la primavera de aquel año el conde de Valmediaño, presidente de la Junta de Hospitales de la Côte, llamó á *El Sombrero* á fin de que trabajase en compañía de su hermano Luis, y de Francisco Montes que á la sazón acababa de tomar la *alternativa*.

Los muchos enemigos que por su carácter sério y tosco tenía Ruiz, se juntaron con los que por causas políticas le aborrecían, y formaron una agrupacion bien considerable, que desde la primera corrida del 7 de Mayo demostró los propósitos que les animaban.

Intranquilo y preocupado estuvo *El Sombrero* por aquellos dias; la rabia y el coraje le devoraban, su despecho era grandísimo y su carácter se fué haciendo cada vez mas brusco y desabrido.

En la funcion del 11 de Junio sufrió una herida de bastante consideracion, que lo tuvo largo tiempo en el lecho, y cuando volvió á presentarse en el redondel en los primeros dias de Agosto, aun no se habian apagado los rencores de sus adversarios, y éstos lo

recibieron de nuevo con las mas ruidosas muestras de desagrado.

Aquella tarde le tocó á *El Sombrero* dar muerte á un toro de Gaviria, animal de soberbia estampa, negro, de grandes cuernos y que se pegaba demasiado al bulto.

Ruiz lo trasteó con poquísima fortuna, en media de la rechifla general que le propinaba el público, llamándole la atencion sobre el color del *bicho* y sobre algunos sucesos políticos recientes en que habia tomado parte muy activa. El lidiador estaba sumamente pálido; un temblor convulsion agitaba todos sus miembros, dirigia la vista con ceño airado hácia los tendidos sin encontrar en parte alguna á sus antiguos partidarios, y una tempestad horrorosa se desencadenaba en aquellos momentos en su cabeza. Lleno de rabia propinó al toro una estocada hasta la mano, y entonces, aumentaron los silbidos y el escándalo subió á un punto imposible de describir.

El inmenso público que llenaba la plaza rugia furioso y agitábase imponente y amenazador; por todos lados se escuchaban pitos y cencerros; por todas partes caian al redondel objetos que buscaban el cuerpo del

diestro, y de todos los labios salian los mayores improperios y las frases mas insultantes. Aquello no era uno de esos escándalos tan frecuentes en las corridas de toros, ni el enojo de un público contra un mal lidiador; era una protesta violenta y enérgica del pueblo liberal á un régimen odioso, de un pueblo cansado de sufrir, que cebaba en un solo individuo todo el odio que sentia hácia un partido político, que habia llevado la desolacion á multitud de familias, que habia causado la ruina de la patria, y que habia sacrificado en un corto número de años infinitas víctimas.

Concluida la funcion, *El Sombrero* se retiró á su casa, con el ánimo que es de suponer, y sin hablar con nadie se encerró en su habitacion, mientras los de la cuadrilla hacian los mas extraños comentarios.

Al amanecer del siguiente dia, un carruaje de camino se detuvo en la puerta del torero. Momentos despues apareció este con gran sigilo, y tomando asiento en el vehículo, se dirigió hácia el camino del Real Sitio de la Granja, donde entonces se encontraba Fernando VII que pocos dias antes

había llegado del Escorial, bastante molesto por la dolencia que hacia tiempo le aquejaba y que había de llevarle al sepulcro, dejándonos su amargo recuerdo y una devastadora guerra civil.

El Monarca conocía ya á *El Sombrero*; lo había escuchado varias veces, y como además contaba con buenos amigos en la alta servidumbre de Palacio, pidió una audiencia y no tardó esta en serle concedida.

Penetró Ruiz en la antecámara y al verse ante Fernando VII, se inclinó respetuosamente, haciendo una profunda reverencia y tratando de dominar la emoción que le embargaba.

El Rey de España estaba sentado en un cómodo sillón, colocado delante de una gran ventana, ante la cual solía pasearse en algunos ratos en compañía de su esposa, que procuraba de mil modos hacerle más llevadera aquella triste situación en que pasó los últimos días de su vida.

El cuerpo pesado del Monarca descansaba sobre algunos almohadones de terciopelo que varios servidores enderezaban de cuando en cuando; su rostro mofletudo y de pro-

nunciadas facciones, tenia una espresion singular de melancolia y aburrimiento; su pierna derecha que se habia hinchado rápidamente, estaba extendida sobre unos cojines y rodeada de vendajes negros hasta la rodilla, que resaltaban sobre el blanco pantalon de hilo, y sus manos carnosas y finas cruzadas sobre el abultado abdómen, tenian un color amarillento, notándose en ellas pequeñas manchas rojizas.

En los labios gruesos y colgantes del Rey se dibujó una mueca risueña al notar la turbacion de *El Sombreroero*, á quien preguntó cual era el objeto que hasta aquel lugar le llevaba, y que suponía de gran interés, por el afán con que habia solicitado la audiencia.

Entonces el matador no pudo contenerse por mas tiempo, y relató con todos sus detalles las *infamias* que con él cometian, los amargos ratos que diariamente pasaba, y pidió para sus enemigos un ejemplar escarmiento.

Fernando VII lo escuchó al parecer con gran atención, le ofreció un cigarro, y con tono entre burlon y sério le dijo:

—Mira Antonio, el público es muy res-

petable, y sobre todo el público de Madrid...

Estas palabras exasperaron á Ruiz, y olvidándose de la clase de persona que le oía, y dejándose solo llevar por su carácter, exclamó con tono desabrido:

—¡Señor, señor: si se castigaran en España como merecen á esos *pícaros negros* no me silbarían en la plaza como ha ocurrido ayer tarde! Vuestra Majestad no sabe lo que son esos pillos que me aborrecen porque soy defensor de mis reyes, quiero que se haga justicia seca, y que Vuestra Magestad me libere de tantos bribones.

El Rey, lejos de enojarse, se sonrió maliciosamente, trató de calmar un poco los arrebatos de su vasallo y le dijo por último:

—Retirate que yo proveeré.

No muy satisfecho de su viaje volvió *El Sombrerero* á su casa; él se había figurado otra cosa muy distinta de lo que sucedió. Sin embargo, tenía alguna esperanza, y con grandísima impaciencia esperaba la providencia del Monarca.

Pocos días después, apareció en la *Gaceta* una orden de S. M. en la que se prohibía en absoluto «volver á torear en la plaza de

Madrid al matador de toros Antonio Ruiz *El Sombrero*.» Figúrese el lector el efecto que tal determinación causaría al interesado; todos sus proyectos se desvanecieron, todas sus esperanzas se disiparon, y este desengaño le hizo tomar una resolución extrema; se cortó la coleta, y refiere Sanchez de Neira, que dijo á sus amigos:

—El que ha sido bueno durante veinte años para torear en la plaza de Madrid y en todas las provincias, y se ve alejado de la primera por causas ajenas al arte, no debe torear más en parte alguna.





EL CORONEL MARQUEZ

I.



N el cementerio de Sevilla, y á pocos pasos de su puerta de entrada, existe un sencillo mausoleo cercado de pequeña verja, y al que rodean gigantescos cipreces, cuyas tupidas copas, prestan esa sombra melancólica y triste que dan los árboles de la muerte.

Alzase el monumento sobre varias gradas de escasa altura, y en la principal de sus caras, se encuentra grabada esta inscripcion tan lacónica como elocuente: *A la memoria de don Bernardo Marquez, dedican este recuerdo sus deudos, amigos y conciudadanos.*

Debajo de aquella losa, descansan eternamente los restos de un bravo y pundono-

roso militar, que perdió la vida en el patíbulo por defender la noble causa de la libertad y de la patria.

Pocos de los que van al Camposanto se detienen ante aquel fúnebre monumento; han pasado sesenta años desde que murió el hombre que en él reposa; la mayoría de la gente ignora sus heroicos hechos, y nadie llega á colocar en su tumba ni una corona, ni una flor, ni el mas pequeño recuerdo.

Por desgracia en nuestra patria hay muchos á quienes pasa lo mismo; vivos, sus coetaneos les llenaron de amarguras, acibararon sus horas y les dieron en premio de sus hazañas, la carcel ó el patíbulo; muertos, la posteridad les ha olvidado y sus nombres no figuran en parte alguna.

¿Cómo murió el coronel don Bernardo Marquez?

Vamos á saberlo.

II.

Desde que triunfó en Paris la revolucion de 1830, los muchos liberales españoles que se hallaban emigrados, protegidos por el go-

bierno francés, y de acuerdo con algunos importantes personajes que en la Península residían, acordaron llevar á cabo una arriesgadísima expedición para arrancar á nuestra patria de las feroces garras del absolutismo.

A poco tiempo, Palarea, Mina, San Miguel, y Lopez Baños pasaron la frontera y se extendieron con sus soldados por varias provincias del Norte proclamando la libertad y la constitucion. Mas tarde se inició el movimiento en Andalucía, pero como ya el gobierno tenia noticias de los proyectos liberales, cayó rápidamente sobre los sublevados que pagaron con sus vidas la temeridad y arrojo.

El capitán general don Vicente Quesada desbarató las partidas constitucionales, regresando á Sevilla donde el pueblo realista, le preparó una ovacion, que con habilidad suma esquivó el general, cuyas condiciones de carácter ya hemos apuntado en otro artículo.

En Febrero de 1831, se alzó una numerosa partida en el pueblo de Barrios, proclamando la constitucion, y á poco, desembarcaron en Getares, más de trescientos hom-

bres que venian de Gibraltar al mando del ex-ministro don Salvador Manzanares, internándose en la serranía de Ronda.

Pronuncióse en los primeros días de Marzo la brigada real de Marina que guarnecía la isla de San Fernando, y salió en busca de las tropas de Manzanares, suponiendo que estas se hallaban en Tarifa.

Residia por entonces en Sevilla un coronel llamado don Bernardo Marquez, persona de mucha ilustracion, y á quien adornaban bellísimas cualidades, por las que se habia captado grandes simpatias entre la alta sociedad de la capital andaluza.

Marquez, era el encargado de salir con la gente que ya tenia dispuesta, para unirse á Manzanares, pero al saberse el fracaso de la expedicion, se vió precisado á huir de Sevilla, siendo capturado en el mes de Diciembre de 1831 en la frontera portuguesa donde librò una heróica lucha con los milicianos nacionales de Extremadura.

Sujeto con fuertes cadenas entró Marquez en Sevilla y una vez en esta capital — dice Velázquez — «apoyándose en sus declaraciones se practicaron numerosos careos y explora-

ciones, que arrojaron bastante luz, sobre aquella rebelion, ahogada al nacer en la serrania de Ronda.»

Marquez, que siempre se habia señalado por sus ideas liberales, y que era mirado como sospechoso por los militares realistas, juró derramar su sangre generosa, en defensa de la libertad y cumplió su noble juramento.

Durante la guerra de la Independencia, sus hechos de armas le dieron gran renombre: despues, entre otras condecoraciones, se le otorgó la cruz laureada de San Fernando, y mas tarde ascendió al grado de coronel, á despecho de sus enemigos políticos que constantemente trabajaban para perjudicarle de todas maneras.

Para nada se tuvieron en cuenta los honrosos antecedentes del procesado, y la sala de Alcaldes del crimen le condenó á la pena de horca, considerándolo «como reo del delito de alta traicion.»

El miércoles 7 de Marzo de 1832, dia señalado para ejecutar la cruel sentencia, la plaza de San Francisco, se hallaba invadida por una feroz muchedumbre compuesta en

su mayoría de los mas conocidos realistas, y de los mas despreciables jaques de los barrios bajos que aprovechaban cuantas ocasiones podian, para demostrar sus crueles instintos y hacer gala de adhesión al odioso partido absolutista.

La muchedumbre que desde bien temprano ocupaba la plaza, rugia impaciente, deseosa de ver la ejecucion de aquel hombre; á medida que se acercaba la hora, se iba aglomerando la gente y era sumamente difícil á la tropa contenerla en el sitio señalado.

Las doce de la mañana dieron en el reloj colocado en la fachada de la Audiencia, y momentos despues, apareció por la calle Sierpes, un grupo de hermanos de la Caridad con hachas verdes encendidas; seguia á estos, un sacerdote revestido con capa pluvial y llevando en alto un crucifijo, y detrás, entre varios frailes de San Francisco, marchaba tranquilo, y con seguro paso don Bernardo Marquez, á quien por una gracia especial se le suprimió la negra hopa.

El varonil aspecto y el sereno rostro del desgaciado reo, debieron tal vez excitar

la compasion de la multitud, que al verle prorrumpió en un rumor inmenso y alarmante.

Con las manos cruzadas, alta la frente, y con los ojos fijos en el cielo, llegó Marquez á las gradas del patíbulo, y allí se colocaron sobre su pecho un cartelon, donde en rúscos caracteres se leian estas palabras: *Por traidor al Rey.*

Llegó el fatal momento, y á las doce y cuarto, el infortunado coronel no existia ya. Cuando su cuerpo se destacó sin vida pendiente de la horca, el pueblo que presenciaba la dramática escena, se agitó imponente y lanzó un rugido de fiera aterrador é indescriptible; entonces por algunos lados de la plaza resonaron gritos de horror y de protesta; los soldados de caballeria que formaban el cuadro se precipitaron sable en mano sobre la multitud, y esta corrió por las calles próximas, resultando algunos muertos y gran número de heridos, contusos y presos,....

III

Cuatro años despues de este trágico suceso, la *Junta patriótica* de Sevilla exhumó los restos de don Bernardo Marquez, abriendo una suscripcion en el *Café del Turco*, para levantarle un monumento fuera de la puerta de Triana, y en el lugar conocido entonces por la *Alamedilla*.

En la mañana del 9 de Mayo de 1836, se celebraron en la parroquia del Sagrario solemnes honras por el alma del infortunado coronel, á las que asistieron todas las autoridades de esta ciudad. El templo, lleno de inmensa concurrencia, y adornado con severidad y gusto, presentaba un aspecto imponente; cerca del altar mayor se alzaba un enlutado catafalco rodeado de grandes hachas de cera, sobre el cual se veian varias magníficas coronas; á derecha y á izquierda y en largas tribunas preparadas al efecto se hallaban el capitan general y los oficiales de la guarnicion vestidos de gala, el jefe político el Ayuntamiento y gran número de convidados. Una escojida orquesta ejecutó la su-

blime *misa de requiem* de Mozart, y el famoso orador sagrado fray Policarpo de Jerez obispo de Tuy, pronunció un sentido sermón, enalteciendo los hechos y las virtudes cívicas del desgraciado Marquez.

A fines de aquel año se verificó en e *Teatro Principal* una funcion patriótica, en la que leyeron versos alusivos los mejores poetas sevillanos, y en Mayo de 1837 se colocó la primera piedra para el monumento iniciado por la *Junta*.

Circunstancias bien ajenas á la voluntad de sus iniciadores no permitieron que este monumento se llegase á concluir y por último, en 6 de Septiembre de 1860 se trasladaron los restos del coronel Marquez, al Cementerio de San Fernando y al mausóleo donde hoy se hayan, erijido como dice muy bien una de sus inscripciones *para borrar la ignominia del patíbulo*.

Cuando vayais al Camposanto no paseis indiferentes por delante de ese sencillo monumento; detened vuestros pasos algunos instantes, y pensad que en él, yace un hombre honrado y valiente que perdió la vida en defensa de una causa digna, y cuyo nombre

puede colocarse junto á los de Lacy, Richard, Torrijos, Polier y tantos otros españoles como fueron victimas del execrable y odioso absolutismo.





EL CURIOSO PARLANTE.



URANTE los últimos años de gobierno absoluto, la prensa española estaba reducida á la *Gaceta oficial*, al *Diario de Avisos* que publicaba Jordán, al *Correo Mercantil* que dirigía Jimenez Haro y á los *Boletines* de las provincias donde segun apunta Silvela, se comenzaban á tratar los asuntos políticos y financieros con algunos breves comentarios tan sencillos como escasos de interés y de novedad.

Hemos de advertir, que el público por entonces notaba poco la falta de obras periódicas, pues las constantes luchas de aquellos dias infaustos, preocupaban bastante los áni-

mos y tenían absorbido el interés general. Además, como la censura, no toleraba la menor libertad para la pluma, y la mayoría de los buenos escritores se encontraban emigrados preparando el cambio radical que iba á sufrir nuestra patria, nadie pensó en levantar la literatura del lamentable estado de postración en que habia caído, ni nadie tampoco quiso arriesgarse en empresas periodísticas que inmediatamente encontrarían gravísimas dificultades imposibles de vencer.

A pesar de esto, en 1832 algunos jóvenes entusiastas animados por don José Maria Carnerero hombre de muchas relaciones en la Corte, de elevada posición y gusto exquisito, fundaron en Madrid con el título de *Cartas Españolas* la primera revista literaria que á fuerza de muchos ruegos y grandes influencias autorizó aquel gobierno intransigente y dioso.

Las *Cartas Españolas* tuvieron poca aceptación, pues apenas lograron reunir quinientos suscritores, y solo fueron leídas por un reducido número de personas que, ajenas á las luchas políticas, seguían cultivando sus aficiones al arte y á las bellas letras.

En este periódico, que años despues adquirió gran celebridad, se dieron á conocer, entre otros muchos, dos jóvenes escritores cuyas obras han pasado á la posteridad y serán buscadas siempre por cuantos estimen y aprecien el habla castellana.

Nos referimos á don Serafin Estevanez Calderon, y á don Ramon Mesonero Romanos, que bajo los pseudónimos de *El Solitario* y *El curioso parlante* comenzaron á cultivar un género nuevo entonces en nuestro pais, y del cual fueron iniciadores, Addison en Inglaterra, y Mercier, Jouy y Denoyers en Francia.

El Solitario fué de los pocos escritores que se sustrayeron á la influencia del romanticismo; poseía grandes conocimientos de la lengua castellana, altas dotes de observacion y no escaso gracejo, pero sus prosas no han podido hacerse nunca populares pues faltan en ellas sencillez, amenidad y transparencia. Mientras Estevanez dió comienzo á la publicación de sus artículos, que bajo el epígrafe de *Escenas andaluzas* vieron despues la luz en un tono de regulares dimensiones, Mesonero Romanos comenzó sus *Escenas matri-*

tenses que alcanzaron un éxito bastante lisonjero.

Antes de fundarse las *Cartas Españolas*, habia publicado Mesonero el *Manual de Madrid ó descripción de la villa y corte*, libro que á pesar de su asunto, no quiso dejar correr la censura, y pudo al fin ver la luz, gracias á la autorización del Consejo de Castilla.

El Manual tuvo gran aceptación entre los madrileños, que desde luego simpatizaron con su autor, y agotaron la primera edición en menos de dos meses, así como las que despues se hicieron, corregidas y aumentadas con notas por demás curiosas ó interesantes.

En las *Cartas Españolas* comenzó á publicar Mesonero su *Panorama Matritense* y esta obra labró su reputación, y de ella nos ocuparemos con preferencia por ser la más leida y de la que más ha tratado la crítica.

Aunque *El Panorama* no tiene la pureza de lenguaje ni el poder de estilo de los artículos de *Figaro* y *El Solitario* está muy por encima de los trabajos de *Abenamar*, *El Estudiante*, Perez Calvo, Navarro Villoslada y otros muchos escritores de aquella agitada época.

Desde 1832 á 1842, en que fueron apareciendo los artículos que forman el *Panorama* en las *Las Cartas*, *La Revista* y *El Semanario pintoresco*, la sociedad española sufrió, como todos saben, una de sus más radicales transformaciones. En literatura, el romanticismo deshaciendo antiguos moldes y apartándose de estrechas y severas reglas, paseó triunfante sus exageraciones y sublimidades, imponiéndose al gusto del público; en política, los gobiernos representativos, concluyeron para siempre con la monarquía absoluta, que tantas nobles víctimas había inmolado, y acortadas las comunicaciones entre los hombres, reconocidos los derechos de un pueblo libre, fundada la prensa, como poderosa palanca de la civilización, y constituida frente á la aristocracia de sangre, la aristocracia del talento, el cuadro varió por completo. y sobre las ruínas de aquellas costumbres, de aquellas leyes y de aquellos usos se alzaron otros más sólidos, más duraderos, y más en armonía con el espíritu de nuestro siglo.

Testigo *El curioso parlante* de la sociedad que se transformaba, la copió con reali-

dad admirable, resultando su trabajo un abigarrado conjunto entre lo viejo y lo nuevo, que casi siempre despierta el interés del lector, aunque en algunas ocasiones, no muchas por cierto, se hace lánguido, y sobradamente pesado.

Revilla dijo con mucha razón que Mesonero fué más que satírico, observador, ameno y festivo, y esto es lo primero que se echa de ver no sólo en su *Panorama*, sino en sus *Recuerdos de Viajes*, en sus *Tipos caracteres* y en su *Antiguo Madrid*.

Mesonero contempló la sociedad de su época tranquilamente, con su sonrisa bonachona, sin alterarse con las ridiculeces, ni enfurecerse con los vicios, y siempre tuvo el propósito, más que de pintar, de retratar, lo cual dió á sus cuadros, como indicó Larra, de cierta tinta pálida, hija de la meditación, ó del temor de ofender, que les privó de la animación necesaria.

Entre los artículos del *Panorama* que más nombre dieron á su autor y que serán siempre leídas con gusto citaremos, *La vuelta de París*, *El retrato* y *Pretender por alto*, donde, según *Figaro*, el enredo cómico puede

competir con la trama de las más ingeniosas comedias; *Las niñas del día* y *Las tres tertulias* que también pintan aquella sociedad que acababa de nacer; *El romanticismo y los románticos*, publicado cuando la nueva escuela literaria llegaba á su periodo más brillante, y *El sombrerito y la mantilla*, *De tejas arriba* y *La casa de Baños*, que tienen un sabor y un colorido como en pocos cuadros de costumbres se hallan.

En 1836, comenzó Mesonero á publicar *El Semanario pintoresco español*, primera revista ilustrada que apareció en nuestro país, que introdujo el grabado en madera, y en la que colaboraron cuantos escritores notables se distinguían entonces.

Esta revista, que dirigió hasta 1842, llegó á reunir tres mil suscriptores, y en ella concluyó de publicar *El Panorama*.

En 1846, Mesonero dejó la literatura, y dedicado á sus negocios particulares y á la administración de sus fincas, solo en algunos ratos se consagró al estudio de nuestro teatro del *sí glo de oro*, contribuyendo con sus trabajos de erudición á la fama de que hoy goza el insigne mercenario *Tirso de Molina*.

Nada diremos del corto número de poesías que dejó escritas *El curioso parlante*, cuyos méritos son bien pocos, y no resisten la más indulgente crítica. Faltan en ellas ingenio, novedad, gracejo, y sobre todo ese sentimiento tan necesario á todas las composiciones en verso. El autor que nos ocupa nunca fué poeta, como dice atinadamente Ferrer del Rio, y sólo pudo triunfar mientras se limitó á las descripciones de la vida exterior.

La Ilustración Española y Americana publicó en 1880 *Las memorias de un setentón*, obra notable, en la que Mesonero, encerró los más gratos recuerdos de su juventud, intercalados con episodios interesantísimos de aquella época. *Las memorias de un setentón* pueden ponerse junto á los *Recuerdos de un anciano* á *Mis memorias íntimas* y á los *Recuerdos del tiempo viejo*, y mucho sentimos no poder dedicar al primero de estos libros el espacio que quisiéramos, pues necesariamente habríamos de salir de nuestro propósito dilatando estas líneas.

Concluiremos diciendo, que don Ramón Mesonero Romanos, *El curioso parlante*, el

festivo escritor de costumbres, el observador fino y el mesurado y prudente satírico, fué uno de los literatos más ilustres de su tiempo, uno de los hombres más honrados, y dignos y uno de los españoles más útiles y amantes de la patria que los vió nacer.





UN TORERO ARISTOCRÁTICO



OR Real Decreto fechado en Madrid el 28 de Mayo de 1830 mandó Fernando VII, establecer en Sevilla una escuela de tauromaquia, sobre las bases presentadas por el conde de la Estrella, en su larga y detenida memoria acerca de la utilidad de instruir convenientemente á los jóvenes que á la arriesgada profesión del toreo se dedicaran.

Nombróse director del establecimiento á Pedro Romero, y ayudante á Jerónimo Cándido, consignándoles el sueldo de doce mil y ocho mil reales, respectivamente; y bajo la detenida inspección del Asistente Arjona se

construyó la plaza en uno de los espaciosos corrales del Matadero comenzando las lecciones el 26 de Diciembre de 1831.

Muchos fueron los discípulos que desde luego acudieron á la escuela, entre los que sobresalieron Montes, Dominguez, Pastor, *Cúchares*, y otros que más tarde adquirieron celebridad notoria por su destreza y valentía en la lidia de reses bravas. Hallándose próxima la escuela al cuartel de la *Puerta de la Carne*, donde se encontraba el escuadrón de caballería del *Príncipe*, muchos jóvenes militares en los ratos de ocio y de vagar, solían acudir á ella, presenciando las lecciones públicas y conversando amigablemente con el buen Pedro Romero, aquel famoso diestro, ídolo del pueblo y competidor de *Pepe-Hillo* durante el reinado de Carlos IV, que en los treinta años en que ejerció su profesión, se asegura que dió muerte á cinco mil seiscientos *bichos* castellanos y andaluces de las más reputadas ganaderías de Gijón, Salvatierra, Barbero y Lesaca.

Entre los militares que acudían á la escuela, no faltaba nunca el hijo de los ilustres condes de Villamanrique del Tajo, teniente

de caballería por entonces, joven de esmerada educación y fino trato, cuyo alegre carácter y elevada arcunia, dábanle fácil entrada en los círculos más escogidos de la alta aristocracia de Sevilla.

Don Rafael Pérez de Guzmán, que así se llamaba el teniente, había nacido en la hermosa y rica ciudad de Córdoba el año 1802. Muy niño se trasladó á Madrid, y concluidos sus estudios, ingresó en el cuerpo de Guardias de Corps, «más deseando adelantar en su carrera,—escribe un biógrafo,—determinó pasar al ejército, dando bien pronto á conocer un especial valor y un carácter á toda prueba.»

Infinitas partidas de bandoleros infestaban durante la época absolutista la región andaluza, y para perseguirlas fué nombrado Pérez de Guzmán, que llevó á cabo importantes capturas, hasta que en 1830 pasó de guarnición á Sevilla, donde permaneció algún tiempo y donde iba á cambiar completamente el género de vida que hasta entonces llevara.

Era don Rafael, hombre de complexión robusta, aficionado en extremo á los ejerci-

ciosde la caza, y gustaba solazarse á menudo con las faenas del campo, preciándose de buen jinete, y de enteudido conocedor en asuntos taurinos, por lo cual, en compañía de su grande amigo don Fernando Espino, sa, conde del Aguila, y de otros caballero-de la nobleza andaluza que con él, en gustos é inclinaciones coincidían, *acosaba y derribaba* reses en los *cerrados*, y las capeaba y corria con la misma habilidad que si fuese un práctico y famoso lidiador.

Apasionado don Rafael por las costumbres populares, y muy dado á bromas, *huelgas* y aventuras galantes, contaba tantas simpatías entre los majos y toreros como entre las mozas de rumbo y las niñas de *garbo*, con quienes era obsequioso hasta el exceso, y hasta el exceso desprendido y amable.

Concurría Pérez de Guzmán á la escuela de tauromaquia, como decimos más arriba, y unas veces por entretenimiento, otras por lucirse ante sus amigos, y las más, llevado por su decidida afición, solía sortear los novillos con tanta destreza, que el viejo maestro Pedro Romero, León, Ruiz y cuantos

espadas acreditados le vieron, tributáronle grandes elogios, y celebraron largamente las especiales aptitudes de que estaba dotado.

Estos elogios, que venían de personas tan competentes en la materia, acrecentaron en el teniente su desmedida inclinación al toreo, la cual llegó á tanto, que de ahí á poco le hizo tomar una determinación extraña y rarísima que causó el asombro de cuantos íntimamente le trataban y conocían. Dejó su noble carrera, sentó plaza, y se hizo matador. Ni las difíciles circunstancias porque atravesaba España, ni la guerra civil que estaba próxima á estallar, en la que aguardaba el laurel á tantos valientes, ni las justas reflexiones de su aristocrática familia, hicieron a don Rafael variar de opinión, y atropellando todas las consideraciones y venciendo todos los obstáculos, una tarde del mes de Agosto de 1831 en que la hermandad del *Buen Pastor* había obtenido permiso del Rey para celebrar una corrida á beneficio de los presos de la *Cárcel Real* de Sevilla, se presentó al público, matando ocho toros de las ganaderías de Durán y Vera, y siendo auxi-

liado por varios distinguidos jóvenes del Puerto, Cádiz y Sanlúcar.

En esta corrida es fama que Pérez de Guzmán, se portó admirablemente, lidiando á sus toros como un consumado maestro y recibiendo una ovación grande y espontánea del inmenso público que había acudido á la plaza, ávido por conocer al aristocrático torero, cuya despreocupación había llegado hasta el punto de descender á un oficio que nada tenía de noble, y que tan poca armonía guardaba con su posición social.

Desde aquel día don Rafael sólo pensó ya en su nueva ocupación, y desde 1833 á 1837 recorrió casi todas las plazas de España alternando con Montes, León, Cándido y casi todos los buenos *espadas* de aquel tiempo, siendo objeto por todas partes de grandes manifestaciones de agrado, y captándose las simpatías de todos los públicos que le vieron trabajar.

No nos detendremos nosotros en analizar sus méritos, pues, ajenos completamente á las corridas de toros y poco aficionados á la fiesta llamada nacional, mal podríamos

juzgar á un lidiador por lo que de él dicen los autores que le conocieron.

Todos están unánimes en reconocerle grandes condiciones para el toreo, y haciendo nuestra la opinión de ellos, diremos que don Rafael Pérez de Guzmán fué un notable diestro, muy hábil en el manejo de la *muleta*, incansable en la brega, oportunísimo en los *quites* y partidario del toreo rondeño parado, ceñido, y sin jugueteos, voltaretas ni monadas.

Llegó el año 1838, y en él fué contratado el hijo de los condes Villamanrique del Tajo para torear en Madrid donde había grandes deseos de conocerle y aplaudirle.

Acompañado, pues, de su cuadrilla y de la de Montes salió de la capital de Andalucía el 14 de Abril, y á las tres semanas de fatigosa marcha, una melancólica tarde en que los viajeros llegaban al sitio del Carroñal, á la bajada de Madero, en los llanos de la Mancha, fueron sorprendidos por una numerosa partida de facciosos capitaneada por *Palillos*, célebre *cabecilla* carlista, cuyos sangrientos crímenes le había dado cierta reputación terrorífica.

Marchaba don Rafael á caballo detrás de los coches y algo retirado del convoy, y al ser acometido por los facciosos se defendió heroicamente hiriendo á uno de ellos, que, provisto de enorme cuchillo, intentó avanzarle. En aquel momento una descarga mató el hermoso potro jerezano que montaba; y ya á pié, arremetió contra los carlistas armado de una espada torera. Aquellos ciegos y frenéticos, se precipitaron sobre el aristócrata lidiador, causandole multitud de heridas, que le hicieron caer exánime, expirando á los pocos momentos, mientras los de las cuadrillas unos huían despavoridos por aquellos solitarios campos, y otros se batían cuerpo á cuerpo con los foragidos que capitaneaba el ferón *Palillos*.

De este modo tan trágico y tan lamentable terminó sus días el aristócrata cordobés, hijo de los condes de Villamanrique. Nadie vengó su muerte y ni su linajuda familia le dedicó el recuerdo que merecía.

Concluyamos estos apuntes reproduciendo las palabras que le dedica un escritor contemporáneo: «Las fieras,—dice,—respetaron á Pérez de Guzmán, pero en cambio

los hombres le hicieron víctima de un incalificable salvajismo.»

Y así es la verdad.





LOS ROMÁNTICOS



NINGUNA escuela literaria se extendió tanto por nuestro país, ni alcanzó tan rápido desarrollo como la escuela romántica, que, atropellando las antiguas reglas del clasicismo, apareció triunfante, sostenida por una nueva generación entusiasta y reformadora, de la que salieron multitud de inspirado poetas, notables escritores y habilísimos artistas.

Poco antes de la victoria del romanticismo en España, las letras se encontraban en un estado de postración verdaderamente lamentable. El teatro se sostenía con traducciones y arreglos de Grimaldi, Castrillón ó

Carnerero, y con las heladas obras de Gorostiza y de Burgos; en la novela sólo figuraban Lopez Soler, Mor de Fuentes y algunos pálidos imitadores de Walter Scott; los poetas líricos seguían con poquísima fortuna las huellas de Arriaza, Melendez y Cadalso; las mejores producciones de Quintana pertenecían á la época anterior, Moratín acababa de fallecer pobre y solitario en extranjero suelo, y el Duque de Rivas, Lista, Blanco, Martinez de la Rosa y la mayor parte de los ingenios que tenían la nación se encontraban emigrados y perseguidos por el gobierno absoluto que en los últimos años de su dominio, desplegó aquella saña verdaderamente aterradora, de la cual nos hemos ocupado.

Murió en Septiembre de 1833 aquel Rey á quien debe darse el nombre de *Ingrato*; estalló la guerra civil, volvieron á sus hogares los desterrados y las ideas que sembraron éstos, dieron bien pronto abundantes y sazonados frutos. En medio de las convulsiones que agitaban á nuestra ciudad, en medio del fragor del combate de aquellos dos bandos que en el Norte peleaban, y en medio de

la formidable lucha entre lo viejo y lo nuevo, comenzaron á surgir por todas partes, hombres ilustres, cuyas obras y hazañas inmortalizaron aquel periodo interesantísimo de la historia contemporánea.

La escena se enriqueció con valiosísimas joyas, de inestimable precio, y después del ruidoso triunfo del *Don Alvaro*, siguieron *El Trovador*, de García Gutierrez; *Felipe II*, de Díaz; *Alfredo*, de Pacheco; *Los Amantes*, de Hartzenbusch; *Guzmán el Bueno*, de Gil de Zarate, *Españoles sobre todo*, de Asquerino, y *El Conde don Julián*, de Miguel Agustín Príncipe.

La novela adquirió grandísimo impulso y corrió bastante entre el pueblo que empezaba á ilustrarse: Larra publicó *El Doncel*, Espronceda *Sancho de Saldaña*, Villalta *El golpe en vago*, Enrique Gil *El señor de Bem-bibre*, Esconsura *Ni rey ni Roque*, Villoslada *Blanca de Navarra*, Martinez de la Rosa *Doña Isabel pe Solís*, y Muño Maldonado la *España caballeresca*.

En la prensa política y literaria, aparecieron infinidad de hombres enérgicos y entusiastas, que sin retroceder ante los mayo-

res obstáculos y guiados por nobles sentimientos contribuyeron cuanto les fué posible á difundir las luces y al mejoramiento y bien de la patria.

En la poesía lírica fueron tantos y tantos los que con mayor ó menor fortuna la cultivaron, que nos sería empresa difícilísima apuntar sólo sus nombres en las estrechas dimensiones de un artículo.

De aquella multitud de poetas sólo han traspasados sus días, algunos pocos que, como Espronceda, Arolas, Tassara y Pastor Díaz, dejaron obras bellísimas que vivirán siempre cualesquiera que sean las escuelas literarias y los gustos que imperen.

Con razón dice un reputado crítico que «nunca desde el siglo XVII se habían escrito en España tantos versos como se escribieron en aquella época.» Raro era el joven, medianamente ilustrado, que no se dedicaba entonces al cultivo de las musas, llorando á lágrima viva las infidelidades y los desdenes de sus intangibles y espirituales *Hortensias*, *Corinas* ó *Adelaidas*.

Porque ya sabían ellos que para ser poeta romántico había que tener una dama á

quien dedicar sus lánguidas y fúnebres composiciones, y sí como don Quijote al hacerse caballero andante, juzgó de absoluta necesidad el enamorarse, los románticos, buscaron también señoras de sus pensamientos, á quienes imbuir todas las ideas flamantes y estrambóticas que en sus calenturientos cerebros bullían y se ajitaban.

Estos jóvenes partidarios del romanticismo, y faltos del talento que poseían los maestros de esta escuela, fueron hasta las más risibles exageraciones, contribuyendo con sus ridiculeces á que el género pasase de moda, apenas había llegado al periodo mayor de su apogeo.

Fué éste por los años de 1835 á 1839, y en ellos tomó tal fuerza la *chifladura* romántica que muchos honrados hijos de familia, adornados de bellísimas cualidades, no contentos con perder su carrera, su bienestar y su porvenir, apelaron al acto más insensato que puede cometer un hombre, y se suicidaron, por no poder soportar unos sufrimientos y sus amarguras, que ellos mismo se proporcionaban, y que las más de las veces no existían.

El mozalbate partidario del romanticismo, constituía física y moralmente un tipo especial, que con ningún otro ponría confundirse.

Erale necesario dejarse crecer el cabello, tener el semblante ojeroso y de color plumizo, vaga la mirada, y el aspecto melancólico de tísico: vestía con extremada sencillez y no siempre iba aseado, pues sus lúgubres pensamientos, no le daban lugar á cuidarse mucho del arreglo de su persona; quejábase de continuo con voz doliente de los sufrimientos que torturaban su alma y que nadie comprendía, por lo cual algunos le tomaban por un ser desgraciado víctima de pasiones misteriosas y profundas. Convidarle á un opíparo banquete era injuriarle, decirle que estaba robusto era ofenderle, y miraba con desdén olímpico, á los seres materiales y vulgares, que se afanaban por alcanzar una posición cómoda y desahogada, con que atender á las múltiples y continuas necesidades de la vida.

El poetilla romántico, enemigo de todas las reglas y preceptos literarios, estudiaba pocas veces, y apenas ojeaba los libros de

buenos autores, y como su fantasía volaba sin freno, y únicamente solía guiarse por lo que *el angel de la inspiración* dictaba á sus oídos, las composiciones que salían de su pluma, formaban una amalgama y una confusión tan extraña y original, que rebasaban muchas veces los límites del absurdo y de la ridiculez.

Nunca le faltaban á nuestro hombre personas que escuchasen con paciencia sus abortos, pero donde más público encontraba y donde era más festejado y tenia más admiradores, era en las tertulias caseras que formaban las familias de la clase media en determinados días de la semana.

Aquellas tertulias ofrecían un atractivo poderosísimo para los jovenes que no contaban como hoy con los muchos medios de distracciones que existen. Las señoras y los caballeros, sentados á honesta distancia, formaban rueda en medio de la habitación, donde nunca faltaban el sofá, forrado de tela amarilla, las sillas de nogal, la consola de caoba, el *quiqué* con pantalla verde, y el enorme brasero, colocado en amplia y sólida tarima, cubierto por una alambreira.

Las muchachas en estado de merecer lucían algunas habilidades, todo lo mejor que podían, y los mancebos, menos exigentes entonces que ahora, se daban por satisfechos con una mirada lánguida, con una sonrisa discreta y con una palabra de esperanza, que ellos interpretaban de mil diversas maneras y sobre la que formaban los más risueños y seductores proyectos.

Los papás y los señores maduros, conversaban allí amigablemente, unos de la guerra del Norte, otros del estado del tiempo, los más de asuntos particulares, y los jóvenes se divertían de lo lindo, ya con inocentes juegos de prendas, ya tocando á la guitarra alguna canción en boga, ó ya, en fin, escuchando las sentidas composiciones del *vate* romántico.

Había que ver á éste cuando, cediendo á los ruegos del auditorio, se levantaba de su asiento, sacaba las cuartillas, y adoptando una posición artística, comenzaba á leer con voz sentimental y quejumbrosa, una poesía, en la que renegaba del mundo, maldecía los placeres, y llamaba á la muerte para que pusiera fin á sus padecimientos.

Aquellos versos que hoy nos causarían risa, si los oyéramos, conmovían de tal manera á los concurrentes, que más de una vez hicieron brotar lágrimas de los ojos de las bellas, y profundos suspiros de los corazones masculinos.

Concluida la lectura, el poeta romántico recibía calurosas manifestaciones; los amigos le estrechaban las manos; las niñas sentimentales, le dirigían amorosas miradas; los señorees de peso, elogiaban sus especiales aptitudes para el cultivo de las musas, y él, inclinándose afectadamente hácia adelante, daba las gracias todo impresionado, y sonriendo con una sonrisa triste y melancólica que ya tenía estudiada para casos tales.

Siempre encontraba el *vate* romántico un periódico donde publicar sus poesías, y buena prueba es de ello, que las colecciones de *El Artista*, del *No me olvides*, de *El Céfitro* y de otros semanarios de parecida índole, se ven llenas de composiciones de estos *genios* desconocidos, de cuyos lamentos y sentidas quejas ya nadie se acuerda ni hace caso.

Así es todo en el mundo, pasó la fiebre romántica, y sus más ardientes defensores

cayeron en el mayor olvido, quedando sólo de tantos delirios y de tantas exajeraciones, un eco triste que se extinguió poco á poco y una docena de obras inmortales, que eternamente serán leídas con agrado por cuantos sientan y sepan apreciar las verdaderas bellezas de nuestra literatura.





EL CAFE DE LOS PATRIOTAS



SIEMPRE fueron los sevillanos hombres aficionados en extremo á las discusiones y á las polémicas, y muy dados al *noticierismo* y á comentar de mil diversas maneras, los sucesos más naturales y de más fácil y sencilla explicación.

Por esto hubo siempre en la capital de Andalucía gran número de individuos verdaderas *gacetillas* ambulantes, que en unión de los rapabarbas y tenderos, parecían no tener otra ocupación ni oficio, que los de traer y llevar noticias, abultándolas ingeniosamente y engañando á los incautos que con la mejor buena fé del mundo tomaban por

verdades de á folio cuantas tonterías y sandeces escuchaban.

Ya en lo antiguo, los desocupados de Sevilla, que siempre fueron muchos, tenían por punto de reunión la *Plaza de San Francisco*, y bajo aquellos portales, que comenzó á derribar Arjona y que aun no han desaparecido por completo, se formaban á diario multitud de grupos y corrillos de gente baldía, donde se pasaba detenida revista, no solo á los acontecimientos de general interés, sino á los actos privados de cuantos personajes figuraban en la capital andaluza.

A fines del último siglo, inauguróse en la calle Génova un reducido y feo establecimiento entre botillería y taberna, que tuvo por nombre *Café de San Fernando*, y el cual desde su apertura se convirtió en centro de la chismografía de la ciudad, pues en él organizaron sus famosas tertulias cuantos hasta allí vagaban desperdigados por los *Portales*, por *El Arenal* ó por *La Alameda*, haciendo correr las más estupendas noticias.

El *Café de San Fernando* fué durante largos años el más importante y el más concurrido de los cafés de Sevilla, pero llegaron

los días de prueba para la patria, llegó aquella ajetadísima época de reformas, y la juventud del año 20, encontrando estrecho y opaco aquel local donde tan buenos ratos habían pasado sus padres en tiempos más bonancibles, escogió por punto de sus reuniones otro café recién instalado, más amplio, más aseado, y puesto con un lujo hasta entonces desconocido.

Llamábase éste, *Café de la cabeza del Turco* por un feróz busto que sobre su puerta había pintado, y se encontraba en la calle Sierpes y en el mismo lugar que hoy ocupa el *Nuevo-Mundo*. En su espacioso patio y sus corredores se veían largas hileras de mesas de pino pintadas de color de chocolate, sobre las que nunca faltaban las copillas con candela para que encendiesen el tabaco, los concurrentes; blancas silla de anéas y algunas banquetas sin respaldares rodeaban las mesas; adornaban los muros algunos cuadros de estampas litográficas y pendían de las vigas del techo hasta dos docenas de lámparas de metal provistas de sus indispensables reverberos de hoja de lata. Encontrábase en un ángulo el aparador lleno de frasque-

tes y botellas de todas formas y tamaños, y cerca había una reducida salita donde honestamente se solazaban los pocos mozaletes que por entonces conocían el juego de billar.

Era el *Café del Turco*, el café de los liberales, allí charlaban acaloradamente los que se creían llamados á arreglar la cosa pública; allí se pronunciaban incendiarios discursos y se organizaban ruidosas manifestaciones; alrededor de aquellas mesas se juntaban diariamente los jóvenes más ilustrados y los más ardientes defensores de las nuevas ideas; allí se sabían antes que en ningún otro sitio las últimas noticias de la guerra; se comentaban los discursos de los señores próceros y procuradores, se leían los periódicos más importantes de Madrid, se hablaba de todo, se discutía de todo, y se hacía de todo una detenida escrupulosa crítica.

Por esto quizá los concurrentes al viejo *Café del Rezo*, en su mayoría absolutistas furiosos, llamaban irónicamente al del *Turco*, *Café de los patriotas* y de continuo mortificaban con sátiras y cuchafletas á sus muy constantes y asíduos parroquianos.

Cuando en Marzo de 1820 el general Riego llegó á Sevilla, entre las aclamaciones de las tropas, los víctores del pueblo y los repiques de campanas, *El Café del Turco* se engalanó lujosamente para recibir al joven héroe de las Cabezas, y los patriotas celebraron con este motivo una esplendida comilona, después de la cual, pasearon por casi todas las calles de la población en medio de hachones y faroles, un retrato de Riego, pintado por don Antonio Bejarano.

Caros costaron estos sucesos á los dueños del café, pues en el año 1823 los absolutistas triunfantes, invadieron el local, destrozando todo lo que encontraron á mano, como ya relatamos en uno de nuestros primeros artículos.

Al comenzar la guerra civil comenzó también para *El Café del Turco* su época auge. ¡Cuántos diversos tipos se reunían allí diariamente! ¡cuántas discusiones se suscitaban á cada instante! ¡cuánto movimiento y animación reinaban de continuo en aquella sala!

Sentados en las mesas de la izquierda formaban corros los valentones y los dema-

gogos, que predicaban las más avanzadas ideas y se preciaban de conocer mejor que nadie las situaciones del gobierno y los planes de don Carlos. Estos señores eran los que formaban sociedades secretas, los que hablaban en voz baja y en tono misterioso, y los que perdían lastimosamente el tiempo sin lograr poner en práctica sus tenebrosas maquinaciones.

Las mesas del centro eran ocupadas por caballeros de bigotes y patillas cortas, en su mayoría militares, que charlaban recio y descargaban fuertes puñetazos sobre el tablero. Cada uno de aquellos individuos tenía un plan infalible para ganar batallas y cada uno conocía un secreto para acabar con los carlistas, y era de ver, con qué sal interpretaban los movimientos de Rodil, las operaciones de Córdoba y las marchas y contramarchas de los ejércitos.

En el ángulo del aparador se reunían los noticieros y comentaristas que se sabían de memoria la *Gaceta* y el *Boletín* y que leían de la cruz á la fecha *El Huracán*, *El Lucero* y cuantos papeles periódicos se publicaban, llenos de embustes y simplezas que

deleitaban á los cándidos patriotas. Estos, que las daban de listos y perspicaces, creían encontrar en cada línea una alusión y en cada párrafo una indirecta á lo que mejor les agradaba, y cualquier motivo les daba pié, para una discusión, que les entretenía algunas horas y de las que no llegaban á sacar nada en limpio, como siempre sucede en casos tales.

En otro lado, formaban tertulias los hombres graves y sesudos que pertenecían al *jus-to medio* que formaban los más risueños proyectos y que aseguraban que la patria estaba siempre á punto de tocar la felicidad.

Formaban contraste con este grupo unos ancianos pesimistas que todo lo veían negro y peor de lo que era, para los que no existía un gobierno que supiese mandar, y que amenazaban siempre con las más terribles catástrofes.

Para que no faltase nada en el *Café del Turco*, se juntaban los románticos melencólicos, echando pestes de la escuela clásica, renegando de la sociedad y quejándose de continuo con voz doliente de las injusticias del mundo y de las falsías del bello sexo.

Todos estos románticos de largas me-
nas, ojos tristes y fraques abrochados, tenían
algo de poetas y eran los encargados de di-
rigit el movimiento literario de la ciudad.
Ellos eran de los que más bulla metían con
sus discursos, y de los que más se señalaban
por sus escarceos y sus acaloradas peloterías,
y aunque á muchos apenas les apuntaba el
bozo, ya las daban de desengañados y de es-
cépticos, siendo risible oírles explicar el co-
razón humano, y hacer chacota de todos los
sentimientos grandes, por su desdichada ma-
nía de pasar por víctimas inocentes del *falso*
mundo.

En un rincón del patio y pasado un co-
rredor estrecho y obscuro, había una escale-
rilla, que conducía á una salita misteriosa,
donde funcionaba con entera tranquilidad la
más célebre *timba* que existía en Sevilla.
Sobre el verde tapete que cubría la mesa de
juego, brillaban de continuo la plata y el oro,
en medio de los gritos y las interjecciones
de los cien tipos de originales fachas que pa-
saban allí grandes rãtos, entregados á uno de
los vicios más funestros que degradan al
hombre.

El Café del Turco tenía en el piso principal una buena fonda en la que por módicos precios se comía opiparamente, y así, pues, en los días festivos y de grandes solemnidad ocupaban aquellas salas, muchas respetables familias de empleados de la clase media, que saboreaban con gran deleite y no con el mayor sosiego, la sopa de yerbas, el estofado á la italiana, los fritos de carnero y cuantos succulentos platos formaban la cocina de aquella época.

No acabaríamos nunca si siguiésemos enumerando los muchos y diversos tipos que establecían sus tertulias en *El Café del Turco*. Ellos sostuvieron durante largo tiempo el interés político en Sevilla; en más de una ocasión expusieron sus vidas en defensa de los ideales de la libertad, y fueron los padres de tantos y tantos patriotas como después aparecieron formando casinos, organizando clubs y fundando sociedades y círculos más ó menos recreativos.





LA MANZANA



L día empezó mal para aquellos defensores de la buena causa. Mongrovejo, célebre *cabecilla* y los de su partida, tuvieron al amanecer un encuentro con las tropas del general Aldamar y perdieron en la refriega entre muertos, heridos y prisioneros un número bastante considerable de aquellos robustos mocetones, en los cuales tenía don Carlos todas sus esperanzas para alcanzar el codiciado trono.

Gracias á unas formidables peñas que por aquellos lugares había, pudieron burlar á los soldados de la reina, que, en vista de

las grandes dificultades del terreno, dejaron por fin de perseguirlos.

Llegado que hubo el *cabecilla* á un lugar donde le pareció por entonces estar seguro, colocó en sus puestos los centinelas, repartió algunas ordenes á su gente, y después de un rato de descanso mandó preparar el almuerzo con los víveres sacados de un cortijo la noche antes.

Era Mongrovejo hombre de edad madura, pero que se conservaba aún fuerte y robusto, merced á su excelente naturaleza. Sus facciones eran muy pronunciadas, blancos sus cabellos, y su tez curtida por la intemperie, estaba llena de surcos y arrugas, que le daban un aspecto extraño y singular. Vestía un grueso capote de monte, calzones de ante con polaina antigua, y cubría su cabeza con la clásica y tradicional boina.

Al comenzar la guerra vivía en una modesta aldea de Pamplona entregado á las rudas faenas del campo, donde le conocían bastante por sus marcadas ideas absolutistas. Fué gran amigo de González y de don Basilio, primeros campeones del bando carlista, al saber la muerte de don Santos Ladrón,

corrió á ponerse á las ordenes de Cuevillas, y al poco tiempo, separado de su jefe, formó una partida, que cada día se hizo más numerosa, y que no tardó en adquirir una triste celebridad por sus inicuos actos de ferocidad y barbarie.

La derrota de aquella mañana tenía de malísimo humor al *cabecilla* y también á los demás carlistas, que andaban preocupados y meditabundos. Otros días, cuando después de una victoria se sentaban á reponer sus fuerzas, atronaban el aire con sus risas y sus cantares, pero en la ocasión que referimos, todos guardaban silencio, revolviendo en sus cerebros los más siniestros planes de venganza.

Aquel cuadro no dejaba de tener interés: en primer término, el grupo de soldados, con su diversidad de trajes y armas, sentados en el suelo al rededor de una improvisada hoguera, y consumiendo los productos de sus rapiñas, más allá unos espesos matorrales y unas altas peñas sobre las que se destacaban las figuras de los centinelas envueltos en sus amplias mantas y con las escopetas terciadas, á lo lejos las altísimas monta-

ñas que parecían tocar al cielo, y todo esto alumbrado por una luz triste, propia de un día como aquel, frío y desagradable del mes de Mayo.

Concluido el almuerzo, y después de otro rato de descanso, los *facciosos* se dispusieron á marchar, y cuando Mongrovejo iba á levantarse de la dura piedra que le había servido de asiento, llegóse ante él, un centinela llevando agarrado fuertemente á un muchacho, casi niño, de aspecto enfermizo y vestido miserablemente.

—Acabo de sorprender á este rapaz escondido entre esos matorrales,—dijo el centinela en vascuence, cuadrándose delante del *cabecilla*.

Quedóse parado el niño con las manos en los ojos, sin atrever á moverse, y temblando de piés á cabeza. Era el prisionero un muchacho de nueve años, de rostro macilento, de cabellos rubios y desordenados, y era tan escasa y pobre su ropa que seguramente no le prestaría el menor abrigo.

Mongrovejo le contempló en silencio algunos minutos, y luego con voz áspera y desabrida, le preguntó:

—¿Qué hacías ahí escondido, pillete?

El prisionero, cuya tubarción era grandísima, no contestó nada. Fué repetida la pregunta en tono más áspero si cabe, que la vez primera, y obtuvo el mismo silencio.

Entonces los soldados comenzaron á acercarse para oír mejor el interrogatorio, y cuando el niño alzó la vista y encontró á su alrededor tantos hombres armados, prorrumpió en el más desconsolador y amargo llanto que puede imaginarse.

—¿De modo que no dices lo que hacías escondido?—gritó Mongrovejo.

—Yo..... nada..... iba por el camino, y cuando vinieron ustedes... me escondí, para que no me vieran,—dijo el muchacho entre sollozos y suspiros.

—¿Y por qué no querías que te viéramos?

—Porque... dice mi padre que los *faciosos* hacen unas cosas muy malas...

—Tu padre será un perro liberalote, de esos que quieren la ruína de España... Está bien, ya te arreglaremos.

Se levantó luego Mongrovejo y estuvo hablando por lo bajo largo rato con algunos

carlistas. La sospecha que en un principio tuvieron, fué creciendo por momentos. No cabía duda, aquel rapáz era un espía de los *libres*, que estaba en acecho, para saber la dirección que tomaban y contarlos á las tropas del gobierno usurpador. Ya le habían pasado casos análogos al *Serrador* y á *Tristany*, y era preciso hacer un escarmiento: aquel chico no se podía dejar escapar.

Nada pudo oír el niño de lo que aquellos hombres hablaron; pero cuando se dirigió á él uno de ellos con ánimo de sujetarlo, hizo un supremo esfuerzo y echó á correr con toda la ligereza que sus débiles piernas le permitían. Más no tardó en ser alcanzado por el mocetón de fuerzas hercúleas, que quería desahogar en esa inocente criatura toda la rabia y todo el coraje que su ruin corazón encerraba.

Agarróse fuertemente el niño al grueso capote del soldado, y quedó algunos momentos silencioso, inmóvil y con los ojos sumamente abiertos.

Entonces acercóse Mongrovejo, y enseñando al niño una manzana que de las sobras del almuerzo había quedado, le dijo,

procurando suavizar la voz cuanto le fué posible:

—Vamos, ya no te hacemos nada. . . dime cuanto sepas y no te apures... ¿Te gusta esta manzana? pues tómala.

Limpióse el muchacho sus llorosos ojos, y escapando de entre las garras de su verdugo se dirigió hácia Mongrovejo, creyendo que éste le libraría de cualquier daño que le quisieran hacer.

—Ven, es tuya, no temas nada—insistió el *cabecilla*, y viendo que el niño no se atrevía á acercarse, echó á rodar la manzana para inspirar más confianza á la víctima,

Ver el muchacho la manzana en el suelo y lanzarse sobre ella fué cosa de un instante: ya iba á tocarla con sus manos, ya se creía dueño del sabroso fruto, cuando sonó un disparo de arma de fuego, y entre el espeso humo vióse caer al niño, atravesado por una bala cobarde, disparada por un brazo mil veces ruín y despreciable.



EL DUQUE DE RIVAS

Aquel en todos tiempos inspirado
poeta de *don Alvaro* y *Mudarra*
pintor también, prócer y soldado.

P. de la Escosura

I



RA la noche del 22 de Marzo de 1835, y el teatro del *Príncipe* hallábase ocupado por un numeroso público, entre el que se encontraban cuantos poetas y escritores notables encerraba á la sazón la corte de España.

Dieron las siete, y el espectáculo iba á comenzar. Los elegantes de las *lunetas* recorrían con sus grandes gemelos las *plateas* y *aposentos* donde se exhibían las más famosas beldades; los inteligentes abonados á los *sillones* y *gradas laterales* se instalaban en

sus asientos para emitir su inapelable fallo; el sexo femenino bullía en los abismos de la *cazuela*, atrayéndose la atención de los molzabetes y de los milicianos que ocupaban la *tertulia*, y los concurrentes asíduos á los *bancos céntricos* demostraban su impaciencia, con palmas huecas y fuertes bastonazos, que en vano trataban de impedir los activos celadores.

Aquella noche se estrenaba un drama cuyo título había llamado bastante la atención. Los literatos que conocían algo de esta obra dudaban mucho de que alcanzase éxito, y los amigos del autor sostenían por los corredores y pasillos, acaloradas polémicas con los defensores del clasicismo.

Sonó, por fin, el pito de ordenanza; todos se acomodaron en sus localidades; todos los murmullos y cuchicheos cesaron repentinamente, y el telón se alzó majestuoso, presentando la escena una vista del *Arenal* de Sevilla, con el puente de barcas sobre el Guadalquivir, el arrabal de Triana, y un puesto de agua, ante el cual se veían sentados varios majos, un oficial, una jítana y algunos habitantes de la ciudad.

La jornada primera se escuchó con el mayor silencio, y al final de ella, se levantó un murmullo de aprobación que trataron de reprimir algunos indiscretos siseos del patio.

El interés del público fué en aumento, y á la terminación del acto tercero, subyugados los espectadores por aquella versificación fácil é inspirada por aquella admirable prosa, y por aquellos pensamientos brillantes no pudo contenerse por más tiempo, y prorrumpió en una espontánea salva de atronadores aplausos.

¡Qué verdad y qué gracejo había en aquella escena de la posada de Hornachuelos! ¡Qué interesante y conmovedor era aquel cuadro á la puerta del convento de los Angeles! ¡Qué admirablemente estaban presentados los tipos! ¡y sobre todo, qué simpático se hacía aquel protagonista, perseguido siempre por la fatalidad de su aciago destino! Todo el drama era nuevo; el público caminaba de sorpresa en sorpresa, en nada se parecía la obra aquella á cuantas hasta entonces se habían visto representar.

El diálogo entre don Alvaro y el vengativo hijo del marqués de Calatrava, produjo

un efecto grandísimo, no lo causó menos la escena del campamento y el monólogo en el bosque, pero cuando al final de la quinta jornada, el fraile desesperado se precipita en el abismo, mientras la comunidad, extendiendo los brazos al cielo, acude con sublime acento á la misericordia divina, estalló la ovación y por todos los ámbitos de la sala resonaban bravos y aplausos llegando el entusiasmo del público al grado máximo.

Al caer el telón, la batalla entre el romanticismo y el clasicismo estaba ganada; la vieja escuela había muerto en nuestro país, y desde entonces contaba la escena española, con uno de los mejores y más grandiosos dramas que la inteligencia humana ha producido.

El argumento de *don Alvaro*, es inmenso como la vida; su concepción es más amplia que la de todas las obras románticas; aquella fatalidad griega, conmueve y deja en el corazón una melancolía y una tristeza inexplicables. «Con esta obra—escribe un Menéndez Pelayo—sucede lo que con el célebre *Tenorio* de Zorrilla: el público no se cansa de verla, y, es que en ese drama, pensado y

escrito en medio de las tristezas de la emigración, palpita un espíritu eminentemente español que seduce y embelesa á cuantos tienen sangre española en las venas.

Abrió este drama una nueva era en la escena. Hasta entonces sólo se conocían en nuestro país del género romántico, las obras de Dumas, Delavigne y Scribe. *La conjunción de Venecia* de Martinez de la Rosa y el *Macías* de Larra, eran producciones que no se atrevieron á romper abiertamente con las estrechas reglas establecidas en la *Poética* de Luzán. Mucho se habló y se escribió en pro y en contra de esta obra, mucho se analizó su mérito y se estudiaron sus escenas, pero siempre triunfó de la crítica apasionada y exigente, y en pos de ella nacieron *El Trovador*, *Los amantes de Feruel*, *Guzman el Bueno* y todas esas creaciones que forman las inapreciables joyas del teatro español en el presente siglo »

Don Alvaro ó la fuerza del sino es, como dijo muy bien un reputado crítico, «el primero y el más excelente de los dramas románticos» y su autor una de las figuras más simpáticas de la historia contemporánea.

Don Angel Saavedra, duque de Rivas, nacido en Córdoba el 1761, unía á los blasones de linajuda estirpe bellísimas cualidades personales, que le captaron la estimación de sus conciudadanos. Luchó heroicamente en la guerra de la Independencia, donde fué gravemente herido en gloriosas jornadas; se distinguió bastante como hombre público formando parte del ministerio con Isturiz y Alcalá Galiano; desempeñando importantes misiones diplomáticas en el extranjero, y demostró ser un poeta de grandes alientos, de inspiración sana, vigorosa y sin rival en el *cuento* y en las descripciones de la vida exterior.

En sus primeros versos seguía la escuela de Melendez y Arriaza, y en sus primeras producciones dramáticas como *Ataulfo*, *doña Blanca* y *Aliatar* se propuso continuar el genero de Quintana, Jovellanos y Moratín, padre.

Durante su largo destierro en la época absolutista, escribió el duque de Rivas en Malta, y en París *El Moro Expósito*, poema leyenda que sirvió de bandera á la revolución literaria iniciada á la muerte de Fernando VII.

«En *El Moro Expósito*, dice don Juan Valera, debe admirarse el espíritu adivinador del poeta, que sin estudios eruditos y arqueológicos nos presenta un cuadro tan vivo y verdadero de la España cristiana del siglo X. ¿Quién no ve allí el pasado real que se contrapone al pasado tradicional ó fantástico de las leyendas de Zorrilla? *El Moro Expósito* vale tanto ó más que las novelas en verso de Walter Scott. En *El Moro Expósito* hay un realismo épico, firme y sano, análogo al de Homero y al del poema del Cid, y contrario á los idealismos épicos de los poemas indios y persas.»

Después del motín de la Granja, y de haber sido elegido senador por Córdoba, Cádiz y otras provincias, publicó su bellísima colección de *Romances Históricos*, para la cual hizo un magnífico prólogo que llamó justamente la atención de los eruditos.

Los romanos del duque de Rivas, ricos en colores, apunta un biógrafo, «transportan á quien los lee á una España encantada, llena de prestigios y maravillas, de escenas galantes y caballerescas y de lances de amor y de fortuna.»

Allí aparecen admirablemente pintados los caracteres del Rey *Justiciero* y de su hermano don Enrique; allí se describen en hermosos versos la corte de los Reyes Católicos y las famosas batallas de *San Quintín* y *Pavía*; allí se cuentan los tristes amores del marques de Lombay y del conde de Villamediana, y allí, en fin, hay composiciones tan superiores como *Un castellano leal*, *Bailén*, *Una noche en Madrid* y *La Catedral de Sevilla*.

Don Angel Saavedra escribió en Nápoles en 1848 la *Historia de la sublevación de Masaniello*, y en esta obra, según las palabras de un autor, dejó sentada su reputación como prosista de mérito indiscutible.

No hemos de detenernos en hablar de las nuevas composiciones que dejó escritas, tales como *La Azucena Milagrosa*, *Florinda*, *El sueño de un proscrito*, etc., ni hemos de ocuparnos tampoco de sus lindas comedias *La Morisca de Alaujar*, *Solaces de un prisionero* y *Tanto vales cuanto tienes*, y por último, nada diremos de sus artículos *Los Hércules*, *El Ventero* y *El hospedador de provincias*. Todas estas obras ha sido ya juzgadas opor-

tunamente por hombres de reputación literaria, y de ellas han hecho los mas calurosos elogios cuantos las conocen.

II

El duque de Rivas murió en Madrid el año 1865 sus últimos versos los dictó cuando ya se encontraba en el lecho y casi moribundo. Daremos acerca de esto, algunos detalles que tomamos de Gutierrez Abascal, para terminar el presente artículo.

Don Salustiano Olózaga, el fogoso orador que tan importante papel desempeñó en la política de su tiempo, tenía por entónces una hija joven y hermosa, en quien había hecho presa esa enfermedad terrible que se llama tisis, para la cual no ha podido aún encontrar la ciencia un eficaz remedio,

En esos ratos de melancólica tristeza que sufren las desgraciadas víctimas de tan cruel dolencia, distraíase la hija del eminente tribuno en ojear un album donde habían escrito composiciones de casi todos los poetas de la corte, pero faltaba entre ellas la firma del

duque de Rivas, y la enferma hizo un día presente á su padre los deseos que tenía de ver en su libro algunas líneas del autor de *don Alvaro*.

Olózaga en su mocedad fué gran amigo del duque, más separado de él por disgustos políticos, hacía muchos años que ni siquiera le saludaba. Venció en esta ocasión el amor de padre y escribió una carta á su antiguo compañero solicitando versos para su hija. La carta conmovió al duque, y á pesar de lo grave de su estado, hizo que una de sus hijas tomase papel y lápiz redactando lo siguiente:

«Si hoy á la voz de la amistad no cedo,
es porque el peso de la edad me abruma:
perdona mi silencio, más no puedo.
mover ni el pensamiento ni la pluma.»

Estos fueron sus últimos versos, y al poco de haberlos dictados, exhaló el último suspiro.





PERIQUITO HECHO FRAILE

I



AN famoso por sus gracias y donaires, como por su desmedida afición al zumo de uva, era en Sevilla en la época de estos *Bocetos*, el tío *Periquito*, un hombre regordete y colorado, de ojos vivos, nariz roja y cabellos grises, que apesar de lo maduro de su edad, no había perdido su buen humor ni su carácter en extremo jovial y festivo.

Era el tío *Periquito*, como todos le llamaban, maestro de obra prima con *casa abierta* bajo el arquillo de Colón, donde de muy an-

tiguo venía colocando diariamente su mesilla de trabajo, junto á la que pasaba las horas, manejando la lezna y martilleando al compás de las muchas picarescas coplas que sabía.

Desde aquel lugar, siempre sonriendo, siempre con su cara socarrona, se distraía más que nadie, y no transitaba por allí moza de rumbo á quien no endilgase un requebrajo, ni petrimetre de *primera tijera* para quien no tuviese una puya, ni majo á quien no dedicase un par de chirigotas bien sazonadas.

Periquito era conocido de todos los vecinos del barrio, amigo de todas las criadas de servicio, y buen compañero de cuantos gallegos y asturianos concurrían á la plaza de San Francisco para llenar sus anchas cubas, en la espaciosa fuente que se alzaba ante el edificio del Ayuntamiento.

A diario iban á su *tienda* gran número de desocupados que se entretenían y pasaban ratos muy agradables, oyendo al maestro de obra prima contar los enredos de la vecindad ó los sucesos que más corrían por la población, sin que nunca faltase su poquito de política, materia en la que contraba nuestro hombre ancho campo, don-

de hacer gala de sus sales y donaires y de su natural satírico y maleante.

De liberal convencido preciábase *Periquillo*, y era imposible contener la risa en los límites de la prudencia, cuando se ponía á relatar las aventuras que le ocurrieron en el tiempo que mandaban los *blancos* y á los cuales, según sus palabras, tenía un odio invencible, aunque nunca molestó ni causó perjuicio á ninguno, pues sólo cuando se *alumbraba* dábale por soltar las riendas de su entusiasmo constitucional y patriótico, descargando fuertes rociones de desvergüenzas contra los *absolutistas*, que promovían las carcajadas de los majos y de los muchachos, y que más de una vez le hicieron dormir bajo los inseguros techos de la *Cárcel Real*,

Para mayor comodidad suya, frente casi al lugar donde tenía instalada su *banquilla*, existía una *tienda de montañés* de las más famosas de Sevilla, alhajada, según era gusto entonces, con sus bancos sucios y mal seguros, sus estantes mugrientos, su techo ahumado y cubierto por largas ristras de ajos y manojos de pimientos, sin que en manera alguna faltase, colocada sobre las pipas de

aguardiente ó manzanilla, una devota imagen ante la cual, nunca dejaba de arder pequeña lamparilla de aceite de menguados resplandores.

La proximidad de la taberna, contribuía mucho á fomentar las borracheras de *Periquito* y habíase hecho en él tradicional costumbre puntualmente practicada, celebrar varias visitas todos los días á la tienda, y así, pues, cuando acababa una compostura, ó encendía un cigarro, ó se desperezaba un poco, terciábase el mandil, atravesaba la calle y se entraba en el templo de *Baco*, donde perdía una buena parte de tiempo, gastando chacota con los parroquianos, riendo con su risita burlesca y marrullera y apurando cuantos *chatos* de vino le colocaban sobre el mostrador.

Estas frecuentes visitas daban por resultado que al llegar la tarde, hora que nuestro hombre se ponía á recoger sus trebejos, encontraba su cabeza y sus piernas no muy seguras, y si guardaba algunos cuartos en la faltriquera, disponíase luego á seguir la broma, visitando otra y otras tabernas y tabernillas de mayor ó menor importancia, hasta que, gastando el último ochavo, se iba dando

traspíes y agarrándose á las paredes, en busca del fementido lecho, que allá en un rincón del *Corral del Trompero* tenía.

En Sevilla, como en Madrid, había por entonces una especie de *Partida del trueno*, compuesta por jóvenes calaveras y de buen humor, que se solazaban muy lindamente y eran terror de los vendedores ambulantes, pesadilla de los *mancebos* de boticas, *coco* de las niñas en estado de merecer, concurrentes á los solemnidades públicas y á las algaradas callejeras, y siempre prontos á llevar á cabo arriesgadas empresas, que acreditasen su ingenio, su chistosa malicia, ó su habilidad y travesura.

Varios jóvenes de los que esta numerosa partida formaban, eran conocidos del tío *Periquito* el cual no les podía resistir con paciencia, y apenas los veía llegarse á su mesilla de trabajo, los acribillaba á sátiras y cuchufletas, á las que contestaban ellos con desembarazo, trabándose un nutrido tiroteo de epigramas sangrientos, y de frases agudas, en el cual tocábale siempre perder al buen zapatero á pesar de la viveza de su ingenio y de lo redomado de su carácter.

Cierta noche en que los calaveras se hallaban reunidos en el café del *Turco*, uno de ellos resentido quizá por la última broma del tío *Periquito*, dijo á sus compañeros:

—Si ustedes secundan un plan que tengo pensado, podemos dar al zapatero un bromazo que hará ruido, y que seguramente ha de dejarle sin ganas de volver á chancearse con nosotros.

Rogáronle á coro los mozalbetes que expusiese su plan, y una vez enterados le acogieron con el mayor júbilo, pues era una ocurrencia chistosísima, que había de darles muy buenos ratos de reir, y para la cual era necesario gran cautela, á fin de llevarla á cabo con toda formalidad para que no se malograra.

II

Una tarde, cerca ya del obscurecer hallábase el buen *Periquito* recogiendo su menaje algo turbado por las frecuentes visitas que aquel día hizo á la taberna, cuando acercósele el joven aquel que propuso la broma

en el *Turco*, y después de un rato de conversación, más amigable que de costumbre con el zapatero, le invitó con la mayor cortesía, á que tomase un trago antes de retirarse á casa.

Bien ageno el tio *Periquito* de lo que le aguardaba, entró en la *tienda de montañés* acompañado del mozalbete y una vez ambos instalados en cierta habitación no muy aseada ni decente, comenzaron á departir con la mayor armonía, ofreciendo el calavera la mejor amistad al buen viejo, y prometiendo éste no acribillarle con sus tiros maleantes.

Bebió *Periquito* el primer trago, y luego otro y otros, no consintiendo el joven que se fuera, pues según le dijo, tenía mucho placer en convidarle.

Así se fueron deslizando las horas, y cuando el *maestro* quiso retirarse, no se podía tener en pié; su cabeza estaba como nunca turbada, y su lengua estropajosa á penas lograba expresar las palabras que deseaba.

Entónces, y como si casual fuese, entraron dos de los mozalbetes que ya estaban prevenidos, y cuando al cabo de un largo rato el tio *Periquito*, no pudiendo tenerse

más, cayó de bruces sobre la mesa, con la más fenomenal borrachera que tuvo adorador de *Baco*, los tres jóvenes se levantaron: uno sacó de debajo de la capa un envoltorio, y otro unas tijeras, y se acercaron al viejo que sin hacer la menor resistencia se dejó colocar un hábito de fraile, quedando convertido en una figura originalísima que daba risa sólo contemplarla.

III

Serían las doce de la noche, cuando nuestros jóvenes, conduciendo en brazos al zapatero convertido en fraile, llegaron á la portería del convento grande de San Francisco y llamaron apresuradamente.

Preguntó por la rejilla el guardián qué se ofrecía á aquella hora y contestóle entónces el más travieso de los calaveras:

—Padre, haga la caridad de abrir, que hemos encontrado en mitad de la calle, y tendido en el suelo á este hermano, que de seguro debe estar enfermo.

Con gra extrañeza abrió el postigo el

lego, y cuando á la luz de su farolillo de mano reparó en el estado del fraile, comprendiendo muy pronto que no era aquella su enfermedad de las que Dios manda, dijo con cierta vergüenza:

—No sé cómo este hermano se halla en la calle, ni á qué convento pertendrá, pero le acostaré aquí hasta mañana, y Su Divina Majestad pague á ustedes el acto de caridad que han realizado.

Marcháronse los jovenes y se cerró el postigo. Al día siguiente no se habló en Sevilla de otra cosa que de un fraile que había sido recogido en la calle en completo estado de embriaguez, y la gente, que todo lo abulta y lo agranda, contaba á propósito de esto, una completa historia con tantos detalles, que por verdadera la tomaría el más incrédulo.

Conforme se levantó la comunidad, el lego, haciéndose cruces, puso en conocimiento del Prior lo que ocurría, el cual, grave y enojado se presentó en la habitación donde la noche antes quedó el fraile, encontrando á éste, con gran sorpresa, sentado en un banco, y despejada su cabeza de los siniestros vapores del vino.

Entablóse entónces un breve diálogo, sin que pudiera ninguno entenderse, y falto ya de paciencia preguntó el Prior con voz áspera y acento irritado:

—¿Pero entónces, quién es usted?

A lo que contestó el zapatero con mucha flemma:

—Haga vuestra parternidad el favor de mandar al arquillo de Colón y que pregunten por el tio *Perínito*, y si le dicen que está allí, entónces..... en verdad, no sé quien soy.





MENDIGORRÍA

I



INCUENTA y cuatro años hace que los campos de Mendigorría fueron teatro de una de las más gloriosas victorias alcanzadas por las armas liberales en la primera y más sangrienta de nuestras guerras civiles.

Los ejércitos carlistas se hallaban entonces perfectamente organizados por la actividad y el talento de Zamalacárregui, cuya muerte, ocurrida en el sitio de Bilbao, acababa de dejar en las filas del *Pretendiente* un vacío, que no pudieron llenar jamás ninguno

de los que en el mando de las tropas le sucedieron.

Zumalacárregui, fué quizá el servidor más fiel y el *cabecilla* más importante que tuvo don Carlos, pues á más de que logró atraerse innumerables partidarios, supo en breve tiempo convertir en numeroso ejército de disciplinadas tropas, lo que antes eran simples partidas que vagaban errantes y sin plan fijo, guiadas por la ventura y movidas sólo por el ardimiento que sentían hacia la *buena causa*.

La lucha entre los defensores de la libertad y los partidarios del absolutismo era á mediados del año 1835 desesperada y horrosa; los combatientes se buscaban frenéticos por todas partes; la ley de represalias fusilaba sin piedad á cuantos caían prisioneros; los pueblos eran saqueados, incendiados y destruidos; los campos no tenían quien los cultivase, y presentaban un aspecto tristísimo, y donde quiera que se dirigía la vista sólo se encontraba la miseria, la desolación y la ruina.

González Moreno, aquel verdugo sin corazón, que aún tenía manchadas las manos

por la inocente sangre de Torrijos y sus compañeros, acababa de tomar el mando de las tropas facciosas, y deseando demostrar á sus parciales las grandes aptitudes de que estaba dotado, se propuso dar una batalla en línea para que el ejército carlista no debiera sólo, como hasta entónces, sus triunfos á las sorpresas, las emboscadas y las guerrillas.

Don Luís Fernández de Córdova, que á la renuncia de Valdés, había sido nombrado por el Gobierno de Madrid, jefe interino, después de abastecer la plaza de Vitoria, cuando tuvo noticias de que los rebeldes intentaban sitiar á Puente la Reina, marchó hácia este punto, y el 15 de Julio encontró á las fuerzas que mandaba González Moreno, extendidas por las alturas que dominan á Mendi-gorría y á ambas orillas del río Arga.

El amanecer del siguiente día, aparecieron los ejércitos colocados convenientemente aguardando sólo la orden de los superiores para trabar el combate, que prometía ser encarnizado y terrible.

A las doce de la mañana comenzó el ataque general y bien pronto se vieron aquellas abruptas peñas cubiertas de cadáveres y en-

sangrentadas por los mismos que allí tuvieron sus cunas.

«El fuego roto por las guerrillas carlistas—dice un historiador—fué en el primer cuarto de hora poco contestado por nuestros soldados, que avanzaban sin detenerse y parecían resueltos á combatir sólo con arma blanca.»

El sol caía de plano sobre los combatientes, el excesivo calor y el mal estado de los terrenos, dificultaban los movimientos de las tropas; el estampido del cañón y las descargas de fusilería atronaban los aires, y entre el ruido de las armas, los ayes de los heridos y las blasfemias y las imprecaciones, se escuchaban las roncadas y estentóreas voces de los generales, que acudían á los lugares de mayor peligro é invocaban los santos nombres de la libertad y de la patria.

Terribles horas fueron aquellas. Ambos bandos peleaban con entusiasmo salvaje; los carlistas defendían el terreno con bravura, y los soldados de la Reina acometían con valor heroico.

Hijos de una misma nación, paisanos de un mismo pueblo, parientes de una misma

familia, luchaban ciegos de cólera, sin darse un instante de reposo.

La artillería carlista que, acababa de formarse, hacía horribles estragos, pero las tropas *crístinas* seguían avanzando siempre, y sobre los infelices que caían á tierra se precipitaban los que detrás venían, en busca de la muerte y del laurel de la victoria.

De pronto oscurecióse el sol, levantóse un fuerte viento y sobrevino una tempestad horrorosa. El huracán y el aguacero azotaban los rostros de los soldados de la Reina obligándoles á volverlos. Más nuestras guerrillas del centro—escribe don Fernando Fernández de Córdova—adelantaban poco á poco, muy confiadas, alcanzando el fuego á las masas contrarias.

Espartero, con cuatro brigadas de batallones formados en columnas cerradas avanzó hácia el cerro de Corona; Mendez Vigo y el barón del Solar de Espinosa, situandos en el centro de la línea y en las cumbres del camino de Artajona, fueron acometidos por Erasó; Guerra atacó la derecha enemiga, y el valiente coronel López entró con la caballería por el áspero y difícil camino de Lárraga.

Los carlistas; dueños de ventajosas posiciones, peleaban con denuedo y resistían el empuje del enemigo, pero no tardó éste en llegar hasta el cerro de Corona, y desde aquel momento quedó la victoria por los leales al trono de Isabel II.

Córdova, Meer, Tello y Oraá persiguieron por todos lados á los facciosos, que vacilantes, inciertos y en confuso tropel, huyeron, unos por el puente de Mendigorriá, otros por las faldas de las montañas y muchos sin tener en cuenta la profundidad del río, se arrojaron al Arga, costándoles inauditos esfuerzos ganar la opuesta orilla y ponerse en salvo.

Intentaron los carlistas rehacerse con las tropas que tenían de refresco, pero tan repetidas y valientes fueron las cargas de los *cris-
tinos*, que á las pocas horas huían desconcertados por los caminos que conducían á Cirauqui, Mañeru y Lorca.

Al caer la tarde, González Moreno emprendió la retirada avergonzado y lleno de coraje y desesperación. Los soldados le seguían silenciosos y cabizbajos. Cerca de mil quinientos carlistas quedaron en el campo.

Don Carlos que durante la batalla había permanecido comiendo tranquilamente en su alojamiento confiado en la fortuna de sus parciales, cuando desde las ventanas del edificio vió las tropas liberales que llegaban al pueblo, huyó despavorido abandonando su equipaje y cuantos objetos le pertenecían.

El entusiasmo del ejército *crístico* rayó en frenesí, como dice un testigo de aquellas escenas, y los soldados rompieron filas á la vista del general para vitorearle.

Córdoba llegó á Puente la Reina siendo acogido con inmensas muestras de júbilo, y antes de marcharse á Pamplona, dirigió á sus valientes soldados una entusiasta proclama cuyos párrafos más importantes decían así:

«Compañeros: Mi corazón entregado al júbilo más puro, se congratula en tributarles á nombre de S. M. y de la patria los sentimientos de admiración y gratitud que merecen vuestra conducta y últimas hazañas.

»El 16 de Julio, será el más glorioso de esta terrible y penosa guerra; con él se han afianzado el trono de nuestra inocente Reina y las instituciones de un pueblo digno de la libertad que ellas le aseguran; él ha restable-

cido el lustre de nuestras armas y el antiguo crédito del ejército español; él ha confundido finalmente la jactancia y el orgullo de los enemigos de la patria que, confiados en tantas ventajas locales, han probado que la fuga era el solo medio de sustraerse á vuestro noble ardimiento. Yo contaba con él, y os aseguro, compañeros, que vuestra conducta me ha sorprendido.

. :
»El paso de carga y el grito de *Isabel, libertad, muerte ó victoria* ha triunfado de todos los obstáculos; los que víctimas de tan noble arrojo, han perecido por la patria, vivirán en su eterna memoria, y reconocimiento: suya es nuestra sangre toda, y pronto nos hallarán á pagar con ella la deuda de honrados ciudadanos. Puente la Reina queda libre, demolidas sus trincheras, donde un puñado de sus valientes defensores clavó los cañones enemigos, matando sobre ellos al comandante de la artillería rebelde. Pamplona respira ya por nuestra victoria, y sus muros os esperan con la corona debida á los defensores de la libertad.

.

«Compañeros: unión, confianza y disciplina; á estas condiciones os ofrecí conducirlos á la victoria: todos hemos cumplido con nuestro deber y nuestras ofertas, y todos seguiremos recogiendo nuevos laureles, mientras igual sea vuestra observancia á aquellos preceptos.— Cuartel general de Puente la Reina 17 de Julio de 1835. —Vuestro comandante general en jefe interino, Luis de Córdova.»

Muy grande fué la influencia que la batalla de Mendigorria ejerció en el estado de la guerra civil; los carlistas, que hasta entonces se hallaban orgullosos creyendo seguro el triunfo de la *buena causa*, decayeron visiblemente; privados del poderoso brazo de Zumalacárregui y divididos por miserables rencores, quedaron derrotados á los pocos días en Guevara, Zadorra y los Arcos; González Moreno, desprestigiado ante sus parciales, presentó la dimisión de su cargo; el ministro Cruz Mayor fué calificado de traidor, y la terrible camarilla del *Pretendiente*, así como la junta de Vizcaya, comenzaron á poner en práctica multitud de planes que obtuvieron desgraciadísimos resultados.

A los pocos días los liberales atronaban los aires de aquellos campos con una copla cuya primera estrofa decía así:

Vivan los granaderos
que hay en la guerra;
viva Mendigorria,
viva la Reina.....





ESPRONCEDA



N algunos de nuestros artículos anteriores que forman esta colección, nos hemos ocupado de varios literatos que florecieron en el primer período del romanticismo, y sería olvido imperdonable no dedicar algunas líneas al inspirado autor de *El diablo mundo*, el poema quizá más popular y leído de cuantos en lengua castellana se han escrito.

Nada nuevo ciertamente vamos á decir de Espronceda, ni de sus obras, y con este modestísimo trabajo sólo nos proponemos añadir una figura más al cuadro que poco á poco vamos trazando sobre aquella época de

transición, tan olvidada hoy como digna de ser estudiada bajo todas sus fases y conocida desde todos sus puntos de vista.

Espronceda es y será siempre admirado como uno de nuestros más grandes poetas; él fué de los primeros que marcharon francamente por la senda revolucionaria; dotado de una imaginación lozana, de un corazón violento y generoso, se entusiasmó desde muy joven con las nuevas ideas que comenzaron á agitarse en nuestra patria; participó de muchos de los errores de su tiempo, y su corta y aventurera existencia, fué una continua lucha sin un solo momento de tregua ni descanso.

Todo esto ha contribuido muy poderosamente á que Espronceda sea el autor favorito de la juventud y á que su nombre haya llegado hasta nosotros, rodeado de esa atmósfera que se forma alrededor de los géneos de primer orden, que son el orgullo de los pueblos que le vieron nacer.

¿Quién hubiese podido sospechar cuando Espronceda estudiaba en el colegio de San Mateo y era el predilecto discípulo de Lista, que iba á seguir un día derroteros tan con-

trarios á los que allí se le trazaran? Cuando el sabio profesor de humanidades leyó su primera composición dedicada á la famosa jornada del 7 de Julio, dióle atinadísimos consejos y advertencias, animándole á que compusiera otros trabajos, procurando corregir los defectos que en el primero había cometido.

Apenas Espronceda contaba catorce años se afilió á una de las muchas sociedades secretas que por entonces existían, contrarias al gobierno absoluto; más éste dió bien pronto con los *Numantinos* (que así se llamaba la sociedad) y después de tener algunos meses en la cárcel á sus individuos, desterró á Espronceda á Guadalajara, donde empezó á componer su poema *Pelayo*, del cual sólo nos quedan algunos fragmentos, bellísimos por cierto y que dan una ligera idea de lo que pudiera haber sido aquella obra después de terminada y corregida.

Al poco tiempo de cumplir su condena salió de España con rumbo á Gibraltar, de donde se dirigió á Lisboa; en aquella hermosa ciudad, sólo, sin recursos y desconocido pasó el joven emigrado interminables horas de angustias y dolores; allí sufrió no pocas

amarguras y escaseces y allí, en tales circunstancias, encontró en su camino a la mujer que más había de amar en su vida y que supo inspirarle una pasión tan violenta, tan profunda y tan verdadera, que jamás se extinguió en su pecho, hasta que la muerte vino a poner término a su tormentosa existencia.

El amor que Espronceda sintió por Teresa, quedó expresado para siempre en aquel *Canto* inmortal que pasará de generación en generación como una de las joyas más valiosas de nuestra poesía lírica. Aquellas *octavas* que parecen esculpidas, llenas de bellísimos pensamientos, de hermosas imágenes y revestidas de esplendentes galas, daná conocer toda la intensidad de aquel cariño, que fué el mayor encanto y el mayor martirio a la par que torturó el alma del poeta.

La lectura del *Canto á Teresa* deja en el ánimo del que sabe sentir ese malestar inexplicable, esa tristeza invencible, mejor dicho, ese algo misterioso y sin nombre, que dejan todas las obras que tuvieron por base el amor verdadero, manantial fecundo, fuente inagotable de cuanto sublime y elevado la humanidad encierra.

Con qué ingenuidad, con qué colorido están allí expresados los deseos que se agitan en el corazón del enamorado, la vaga melancolía que le invade cuando está lejos del ser que adora, las ilusiones risueñas que acarician su mente, y los delirios que le asaltan en las horas de reposo, de quietud y de soledad. Y con qué amargas frases están descritos luego los dolores sin iguales que le torturan, cuando la *venda cae de los ojos*, y mira á su alrededor hundirse para siempre, el templo de felicidad en el que tantas veces habia soñado.

Aunque Espronceda no hubiese escrito más que esta composición, ella sola le haría digno del más caluroso elogio.

De Lisboa pasó á Lóndres, centro por aquella época donde se juntaban la mayoría de los emigrados españoles. En Lóndres conoció las obras de Lord Gordon Byron, y éstas le produjeron grandísimo efecto, exaltaron su acalorada fantasía y le hicieron penetrar abiertamente por el camino de ese romanticismo pesimista, escéptico y desesperado que tantos extragos hizo entonces en la juventud de las naciones europeas.

Byron y Espronceda tienen algunos puntos de contacto, pero á nuestro juicio son sobradamente injustas las frases que por algunos se han aplicado al segundo llamándole imitador y plagiarlo del primero. Tratando de ese asunto escribió con gran verdad un crítico español estas palabras: «Espronceda entra alguna vez por obras ajenas pero entra como conquistador y como rey, tratando de igual á igual con los grandes poetas; y aún imitando, pone en lo que imita el sello de su genio poderoso.»

Después de la revolución de Julio en París, donde combatió heroicamente en el *Puente de las Artes*, al concederse por María Cristina la primera amnistía, volvió Espronceda al suelo patrio, pero no tardó en ser desterrado á la villa de Cuéllar por unos versos políticos que llegaron á manos del Monarca.

En este punto escribió su novela *Sancho de Saldaña*, obra de escaso mérito, sin plan, ni hilación, que viene á reducirse á una série de cuadros interesantes algunos é inspirados en las tradiciones y en las leyendas populares.

Muerto Fernando VII, volvió Espronceda

da á Madrid y se hizo periodista, comenzando para él una época ajitada y turbulenta, en la que sufrió no pocos desengaños que le hicieron caer luego en los más lamentables extravíos. «La política como el amor—escribe Pérez de Guzmán—la poesía como la amistad, todo en Espronceda fué pasión y lumbré, y en todas partes zozobró en continuos naufragios y desventuras, teniendo de la vida un concepto más ideal y fantástico que real y positivo.»

Por entonces se convirtió en ídolo de la juventud viciosa y extragada de Madrid, que le tomaba por modelo, copiaba sus defectos y ensalzaba sus exajeraciones; por entonces se hizo furioso revolucionario, orador de cafés y barricadas, político bullanguero, y dió á luz en *El Templario*, *El Pensamiento* y *El Siglo* artículos de violentísima oposición y poesías demagógicas como *El verdugo*, *El mendigo* y *El reo de muerte*.

En 1837 compuso Espronceda la que es tenida por su obra maestra, *El Estudiante de Salamanca*, leyenda fantástica de atrevidos vuelos y de vigorosa entonación, donde, como dice un biógrafo «la ispiración es genui-

namente española, y si la parte fantástica no corresponde á la efectiva, culpa es de nuestro carácter nacional, que brilla más en lo segundo que en lo primero.»

Poco tiempo después, Espronceda comenzó un poema de tan vasto plan, de tan arrogante máquina, que para seguirlo, no hubiese bastado quizá todo el talento del gran Goethe.

El Diablo Mundo, tal como pareció imaginarlo su autor, era obra de muchos años de estudio y digna de una constancia y de una marcha regular, que Espronceda no tuvo nunca, en ninguno de sus trabajos. De aquí resulta que en los cantos que existen de este hermoso poema, se nota desde luego una desunión y una falta de plan notables, aunque sus versos no tienen rivales en facilidad, armonía y soltura.

El mes de Septiembre de 1841 marchó Espronceda de secretario á la legación extranjera del Haya, y con este viaje, su naturaleza ya gastada y enferma, destruida por los excesos y los desengaños, sufrió una terrible enfermedad, regresando después á la corte, donde falleció de una inflamación en

la garganta, á las nueve de la mañana del día 23 de Mayo de 1842, rodado de sus más íntimos amigos.

Tales fueron el hombre y el poeta: muchos errores cometió el primero, éstos debe olvidarlos la posteridad, acordándose solo, de las inestimables joyas que legó el segundo.





UNA REINA Y UN SARGENTO



IFÍCILES circunstancias, en verdad, atravesaba España cuando á principios de Mayo del año 1836, subió al poder el ministerio presidido por don Francisco Javier Isturiz, y formado con los señores Aguirre, Seoane, Barrio, Saa. vedra y Alcalá Galiano,

Eran aquellos días de inminente peligro para la patria; la guerra del Norte se presentaba cruel y devastadora; el general Córdova habíase formado á su alrededor una atmósfera que nada le favorecía, su *plan sistema* se atrajo la censuras de muchos, y el abandono y la indolencia de que se le acusaban

producían desgraciadísimos resultados. Los ejércitos liberales ofrecían un lastimoso cuadro; la indisciplina comenzaba á estenderse entre ellos; un descontento sordo invadía los ánimos, y los carlistas, poderosísimos entonces, procuraban sacar todo el partido posible de la desunión que notaban en las tropas enemigas.

Los odios y rencores políticos llegaban á su colmo; el partido liberal acababa de dividirse para siempre en dos numerosas fracciones: una que se puso de parte de la corona, porque todo lo esperaba de ella, y otra que se inclinó al elemento popular. Al frente de estas dos fracciones figuraban dos hombres: Isturiz y Mendizábal, y en la actitud de éstos, estaban fijas las miradas de todos los españoles.

«En adusto cuadro - escribe un historiador puede bosquejarse la administración del gabinete Isturiz, parto prematuro de un sistema represivo, que tuvo que luchar desde las primeras horas de su vida con la revolución enconada y poderosa.» Y así era en efecto; á los tres meses de cerradas las Córtes después de ruidosísimas sesiones, comen-

zaron las provincias á agitarse en sentido revolucionario. Sevilla presenci6 imponentes manifestaciones; Málaga proclamó la Constitución, sacrificando á sus primeras autoridades; Granada, Cádiz y las principales ciudades andaluzas secundaron el movimiento; el general San Miguel se sublevó en Aragón; alzóse luego Cataluña á pesar de las medidas adoptadas por Mina, y, al comenzar el mes de Agosto, el país entero se hallaba entregado á la más espantosa anarquía.

El gobierno acentuó entonces sus procedimientos de fuerza, y aunque el jefe militar de Madrid, Quesada, ahogó en un principio el grito de rebelión, bien pronto estalló el volcán casi al pié de las mismas gradas del trono.

Por aquellos días la Reina gobernadora se había trasladado á la Granja, donde se hallaba entregada á sus expansiones amorosas, con el gallardo y apuesto joven don Fernando Muñoz, á quien acababa de conceder con otros muchos honores, el título de duque de Rianzares.

Las tropas que guarnecían el Real Sitio, encontrábase ya recogidas en sus cuarteles á

las diez de la noche del 12 de Agosto, cuando comenzó á notarse en ellas una agitación extraña que alarmó bien pronto á los oficiales. Numerosos grupos de soldados invadieron los patios; otros salieron por las calles reuniéndose en la plaza y allí comenzaron á escucharse por todos lados frenéticos vivas á la constitución y á la libertad.

Cuantos esfuerzos hicieron los jefes por contener á los amotinados fueron inútiles; varios sargentos de los que más se distinguieron en la guerra del Norte, marchaban á la cabeza del movimiento, el cual se dirigió hácia el Real Palacio, que ya en aquellas horas estaba cerrado y en el mayor silencio.

Los soldados de guardia intentaron hacer frente á los sublevados, y quizá hubiese comenzado allí mismo una sangrienta lucha, á no haberse presentado el duque de Alagón que preguntó á los amotinados cuáles eran sus deseos.

—Queremos que se proclame la Constitución, dijo un soldado; queremos ver ahora mismo á S. M.

Y entonces dijo el duque:

—Bueno; pero éstas no son formas de

ver á la Reina. Todos no pueden entrar; con que pasen dos ó tres es suficiente.

Cuando doña Cristina supo que las tropas estaban en las escaleras quiso huir ó esconderse, pero como el duque de San Román le hiciera presente las consecuencias que podría tener semejante determinación, dijo al caballerizo mayor, señor marqués de Cerralbo:

— Que pasen los amotinados; hombres que han vertido su sangre en defensa de su Reina, no faltarán al respeto debido á su madre.

Entonces penetraron en la cámara los sargentos Alejandro Gómez y Juan Lucas y un soldado asturiano tan corto de luces como grande de estatura.

Doña Cristina se hallaba sentada en un extremo del salón, y cerca de una mesa sobre la cual había un elegante quinqué cuya pantalla daba un tinte melancólico á la estancia.

Detrás de la regente estaban, de pié, el ministro de Gracia y Justicia, el duque de Alagón, el marqués de Cerralbo, Arteaga, Porras, Iznaga y la marquesa de Santa Cruz

con varias damas de la alta servidumbre de Palacio.

Cuando los comisionados se vieron en presencia de S. M., guardaron silencio no acertando á decir palabra alguna.

Animóles la Reina con bondadosa sonrisa y entónces dijo el sargento Gómez:

—Señora; nuestros compañeros de armas mueren en el Norte por la libertad, nosotros peleamos por ella y la libertad no parece. Hasta que S. M. no jure la Constitución, las tropas no se verán tranquilas.

Doña Cristina se dirigió entónces al otro sargento y le preguntó su opinión:

—Yo, señora—dijo Juan Lucas—creo que se debe publicar la Constitución, porque si no van á pasar cosas muy gordas..

—¿Y tú, qué dices? interrogó la regente al soldado asturiano.

Que si no se jura van á concluir con S. M. y con toda su parentela.

Iznaga dijo entónces al soldado asturiano:

—¿Has leído tú la Constitución para que te parezca tan buena?

—Como leerla no la he leído, porque no

sé leer ni una letra, pero mi padre me dijo que era gran cosa, y el año 22 mi madre, que tenía un puesto de comestibles en la Coruña, hizo mucho negocio porque todos los liberales compraban allí.

Estas palabras pronunciadas con torpe lengua en momentos tan solemnes, causaron la hilaridad de cuantos allí se encontraban y viendo el asturiano el efecto de sus frases dijo á los sargentos:

- Me parece que aquí vamos á sacar lo que el negro del sermón...

Fué preciso mandar callar al soldado para que no dijese más importunas tonterías, y después de un largo diálogo que la Reina tuvo con Gómez, quedó convenido en que la Constitución sería jurada cuanto se abriesen las Cortes.

Marcháronse los sargentos y bajaron á dar cuenta á sus colegas que, á la puerta del Palacio, aguardaban impacientes, el resultado que había tenido su entrevista. Un murmullo de protestas salió de labios de las sublevadas tropas, cuando se enteraron de la escena que acababa de ocurrir, y tacharon á Gómez de confiado, dirigiéndole algunas pa-

labras bastantes duras que provocaron su cólera y enojo.

Al cabo de algunas horas de acaloradas discusiones, otro sargento llamado Higinio García, penetró en palacio y llegó á presencia de S. M.

Higinio García era de elevada estatura y complexión robusta, de rudas facciones y de rostro grave y cejijunto; hombre acostumbrado á la vida de campaña y curtido en los reveses de la guerra: militar antes que todo y dotado de ese intransigente patriotismo que sólo en los corazones de la gente del pueblo reside.

García, cuyo torvo ceño y arrogante actitud, indicaban lo contrariado que entonces se hallaba, se inclinó ante la viuda de Fernando VII y, con voz firme y tono bastante altivo, manifestóle que su misión no estaría cumplida ni sus compañeros satisfechos, mientras no firmase allí mismo un decreto mandando jurar el Código gaditano.

Opúsose entonces resueltamente doña Cristina á la exigencia del soldado; replicóle éste con cierta arrogancia, comenzando una escena única, sin antecedente en nuestra

Historia, y al cabo de algunas horas de animada conversación, cansado García de aquella resistencia, se acercó á la regente y mostrándole una pluma que de la mesa había cogido exclamó en tono bastante áspero y desabrido:

—Firme V. M. si no quiere que las cosas pasen adelante, y tengamos la fiesta en paz, porque no se puede perder ni un minuto.

La Reina se levantó entónces del sillón que ocupaba, dió algunos pasos por la cámara, llena de pavor y zozobra, miró á los consejeros que, mudos y silenciosos, presenciaban asombrados aquella escena, y acercándose luego á la mesa tomó papel y la pluma que le ofreció García, y con mano trémula y nerviosa, escribió y firmó lo siguiente:

—«Como Reina gobernadora de España, ordeno y mando: que se publique la Constitución política del año 12 en el ínterin que reunida la nación en Córtes, manifiesta expresamente su voluntad ó da otra Constitución conforme á las necesidades de la patria.»



EL PINTOR ALENZA



A Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, por el mes de Octubre de 1836, en los salones de la Real Academia de San Fernando, fué de las más notables que hasta entónces se habían verificado, pues en ella presentaron obras de alto mérito los mejores pintores que por entónces tenía España.

No eran aquellos días, ciertamente, los más apropiados para que el arte prosperase como prosperar debe en las naciones cultas, las difíciles circunstancias porque la patria atravesaba, y los importantes sucesos que diariamente ocurrían en la política y en

la guerra, absorbían casi completamente el interés general, sin dar tiempo al público para detenerse ante los primores del pincel, ni conceder al génio el premio á que por sus trabajos se hace acreedor.

Sin embargo de esto, las personas inteligentes no dejaron de acudir á la Academia, tributando muchos y sinceros elogios á las obras que allí se expusieron.

Entre ellas figuraban cuatro *retratos de la Reina niña* del profesor don Vicente López; varios *paisajes de Alcalá de Guadaira, Sevilla y Toledo*, de Villaamil; un *retrato de Maria Cristina*, y otro del *duque de Osuna*, de Federico Madrazo; *Hércules y Anteo y Diana sorprendida en el baño*, de Tejero; un *busto de Isabel II*, de Ruiz Rivera; tres *paisajes*, de Gutierrez; *Un majo*, *Un picador* y *Un torero*, de Elbo; *Costumbres andaluzas*, de Dominguez Becquer, *Estudios*, de Esquivel; ocho *Vistas de Madrid*, de Abrial; algunos retratos de Ugaldá; *miniaturas*, de la señorita Nicolau; *planos*, de Zabaleta, y multitud de obras más, cuyos nombres y autores sería pesado ir enumerando aquí uno á uno.

Desde el principio llamaron la atención

de los críticos y aficionados tres lienzos originales de un joven artista que ya gozaba de cierta reputación, y cuyo nombre era don Leonardo Alenza y Nieto.

El primero de sus cuadros representaba dos *Manolas* asomadas al balcón con una vieja y dos *Chisperos*; el segundo un *Ajusticiado*, y el último lleva por título en el catálogo *Asesinato é información judicial*.

La prensa juzgó favorablemente estas obras; el público no le escatimó los aplausos, pero nadie procuró sacar al artista de las estrecheces en que vivía, ni mejorar su situación en extremo precaria.

Alenza, como otros muchos hombres de génio, sufrió las mayores privaciones; llevó una existencia de lucha constante y consumidos los bríos de su juventud en un trabajo fébril y sin descanso, falleció á los 38 años de edad, cuando comenzaba á dirigir sus ojos á más elevados horizontes.

Los enemigos que nunca faltan al hombre de talento, que por mérito propio se eleva, trataron de perjudicar á Alenza en el favorable concepto que del público había merecido; pero esto resultó inútil, pues el

crédito de sus obras fué mayor cada día, y cuando después de muerto, se adquirieron por varios particulares, dióse por la más insignificante de ellas, una suma respetable y como nunca la vió reunida el autor.

En Madrid nació Alenza el 6 de Noviembre de 1807, siendo su primer maestro don Juan Rivera pasando después á la clase de colorido y composición de la Real Academia donde recibió las lecciones de don José Madrazo.

«Pero su principal anseñanza escribe el señor Ossorio y Berand —fué su carácter observador y su principal modelo las obras de Goya.»

Y así era en efecto: á Goya es á quien se propuso siempre seguir Alenza, notándose en la mayoría de sus cuadros una valentía, una seguridad en el dibujo y un tono general en el colorido, que recuerdan al famoso pintor de la corte de Carlos IV.

Alenza como Goya, sobresalió pintando asuntos de la vida real, sus lienzos son de verdad admirable, sin que nunca llegue á trazar su pincel exageraciones que tan anti-artísticas resaltan.

Los colores de su paleta no eran muchos, pero sabía combinarlos con suma habilidad, realizando á veces verdaderas maravillas de sombras, como en su cuadro *Asesinato é información judicial*, que más arriba citamos.

Acertadísimo en la colocación de las figuras, sabía como pocos comunicarles expresión y vida y en su tabla de los *jugadores de ajedrez* - según dice Villaamil - « en el rostro de cada personaje de los que se agrupan ante la mesa, están retratados de un modo magistral los pensamientos que en aquellos instantes les embargan. »

Pintaba Alenza con una rapidéz extraordinaria, muchos de sus lienzos fueron ejecutados en breves horas, sin que jamás se le viera titubear ante los escollos que encontraba, y los cuales sabía vencer con sus poderosas facultades.

Aunque á veces resulta Alenza excéntrico y algo amanerado en sus composiciones, siempre en ellas se revela al artista de genio creador y fecundo, que sabe imprimir un sello especial á todo lo que sale de su mano.

Si su existencia no hubiese sido tan corta, si hubiera dispuesto de un círculo más

ámplo, de aquel en que se vió encerrado, su vista penetrante habría tenido lugar de detenerse en la copia del natural, y el nombre de Alenza no yacería hoy seguramente en el injusto olvido á que la generación actual lo ha condenado.

El año 1842, la Real Academia de San Fernando, teniendo muy en cuenta los altos méritos que en Alenza concurrían, supo apreciarlos debidamente, nombrándole individuo de mérito, previo los requisitos necesarios.

Entónces comenzó á disfrutar cierto relativo desahogo y cuando se disponía á comenzar nuevos trabajos que habían de asegurar su reputación, cuando acariciaba risueñas ilusiones sobre sus futuras obras, cuando soñaba con un porvenir brillante, y con una vida distinta en un todo á la que hasta entónces había llevado, una lenta y penosa enfermedad que por exceso quizá del trabajo había contraído, desvaneció tantas esperanzas, falleciendo el 30 de Junio de 1845.

La lista de los cuadros de Alenza es bastante larga y sólo citaremos para terminar estas brevísimas líneas, los más importantes entre los que figuran: *Un duelo á na-*

vaja, La muerte de Daoiz, El interior de una posada, Un fraile repartiendo sopa, Un sacerdote administrando el viático, Riña la á puerta de un mesón, Una jilana dici'endo la buenaventura, Un hombre leyendo un periódico, Una fiesta de Carnaval, Un ventorrillo y Un grupo de jugadores de ajedrez, que figuraba en la muestra del café de Levante.

También pintó Alenza multitud de retratos entre los que se hallan el de el famoso matador de toros Francisco Montes, notable por su extrema parecido.

Además de estas obras ejecutó Alenza gran número de dibujos, acuarelas y aguafuertes, ilustrando *El semanario pintoresco*, y otras publicaciones de aquella época, así como la notable edición que hizo Castelló del *Gil Blas de Santillana*.

Nada más diremos del infortunado Alenza; sirva este corto artículo de recuerdo á su genio y ojalá nos fuera posible sacar su nombre del imperdonado olvido en que yace, y hacer que los hombres ilustrados é inteligentes en artes, estudiaran sus trabajos con detenimiento y tributasen á su memoria los honores que merece.



LA REVISTA DE ELGUETA



SIETE años hacia que la guerra civil devoraba el Norte de España, y los más ardientes vasallos de don Carlos sentían vehementes deseos de terminar aquella sangrienta lucha que tantos horrores había producido.

No cansaremos al lector relatando sucesos que la historia ha vulgarizado, y solo diremos que, precisamente, cuando más necesitaban las tropas *facciosas* unión y disciplina era cuando se hallaban más divididas y en mayor desacuerdo, lo cual favoreció á Maroto para celebrar á los comienzos del mes de Agosto de 1839 su primera entrevista con

Espartero á fin de arreglar las bases para la terminación de aquella devastadora guerra.

La marea que se agitaba en la camarilla de don Cárlos llegó á su término cuando se supieron los actos del general; y los exaltados *apostólicos* unidos á la princesa de Beira segunda esposa del *Pretendiente*, que ejercía un poder despótico sobre su marido, pidieron la muerte de Maroto, acusándole de haber perdido la causa que estaba á punto de triunfar. Por aquellos días reunió don Cárlos un consejo de ministros, generales y personajes importantes del partido á quienes leyó los documentos referentes á las primeras transacciones, promoviéndose con tal motivo acalorados debates y largas discusiones que nada llegaron á resolver.

Entonces uno de los caballeros portugueses que acompañaban al infante don Sebastian propuso que *Su Majestad* pasase revista general á las tropas, lo cual daría excelentes resultados. Con gran calor acogieron todos los presentes esta propuesta acordándose que la revista se celebrara el 25 de Agosto como así se verificó, para desdicha del rebelde hermano de Fernando VII.

El día convenido las tropas carlistas aparecieron extendidas por los campos de Elgueta aguardando la llegada del *Preteniente*.

Allí se habían reunido los batallones castellanos y guipuzcoanos, las compañías de cadetes, guías y sargentos, y los escuadrones 1.º de Castilla y 4.º y 7.º de Navarra. El aspecto de las tropas era, en verdad, lastimoso; hacía muchos meses que se las tenía abandonadas, y esto había apagado en ellas el entusiasmo ardiente que en un principio tuvieron por la funesta causa.

En las primeras horas de la tarde aparecieron por el camino don Carlos y su larga comitiva que esperaban un recibimiento entusiasta y cariñoso.

Su Majestad, venía sobre un magnífico caballo blanco, que era el color que más le agradaba. El rostro del Infante, aquel rostro prolongado y sin expresión, estaba cubierto de mortal palidez: su frente, en la que nunca brilló una chispa de inteligencia, se inclinaba hacia el pecho, y en sus ojos grandes, de carnosos párpados y sombreados de espesas cejas, había una mirada estúpida y vaga.

Don Carlos vestía el gran uniforme de capitán general, cubierto de ricos entorchados y caprichosos bordados de oro; ostentaba en su pecho la banda de Carlos III, llevaba al cuello la insignia del Toison y unidas en el peto de su casaca azul infinidad de cruces y condecoraciones. Blanca boina con borla cubría su cabeza, y era tanto el peso de su lujoso uniforme que apenas podía moverse en la silla, donde aparecía bordado el escudo real de España.

A la izquierda del *Pretendiente* marchaba su hijo mayor el conde de Montemolin, le seguían el infante don Sebastian y los generales Egüía, Villareal, Valdespina y el conde de Negri, y trás ellos iba la escolta de guardia de corps vistosamente ataviados.

Cuando don Carlos se halló entre sus *queridos vasallos* no pudo menos de sentirse en extremo contrariado al ver la frialdad con que había sido recibido por aquellas tropas en quienes tenía fundadas tantas esperanzas.

Entonces se colocó él solo frente á los batallones guipuzcoanos y navarros y alzando la voz para que todas las tropas allí reunidas pudieran oírle dijo:

— Voluntarios, es necesario que hagáis un supremo esfuerzo para salvar la patria que se hunde; es necesario que exterminéis para siempre á nuestros enemigos, es necesario, en fin, que derrameis la última gota de vuestra sangre en favor de la santa causa de la religión...

Y dirigiéndose á los escuadrones de Castilla y Navarra, continuó su arenga con gran calor, y al terminar adelantóse el conde de Negri y alzando la espada gritó con voz desentonada y potente:

— ¡Viva el Rey de España!

Pero ¡oh decepción! las tropas que habían escuchado indiferentes la real arenga, lejos de contestar al caluroso viva del conde, guardaron el más profundo silencio y permanecieron impasibles sin que en ellas se viera el menor gesto ni actitud que demostrase afecto al rebelde Príncipe.

Así pasaron algunos minutos, y luego oyóse por todos lados un grito unánime que decía:

— ¡Viva nuestro general, viva Maroto!

Al escuchar esto don Cárlos no pudo contener su enojo y revolviéndose en el caballo

exclamó con lengua turbada y ademán descompuesto:

— Voluntarios; donde está vuestro Rey no hay general; yo soy aquí el único á quien ha de acatarse .. vuestro legítimo Rey se dirige á vosotros y responded pronto que os lo mando... ¿quereís seguirme?... ¿quereis salvar la pátria?... ¿quereis alcanzar la victoria?...

El mismo silencio que la vez anterior obtuvieron esta las palabras del *Pretendiente*. Qué ridículo más espantoso fué aquel y qué largos y amargos fueron aquellos momentos para el hermano desleal que tanta sangre había hecho derramar en siete años!

Compadecido tal vez de su *Rey* y tratando de abreviar aquella violenta escena, el brigadier Iturbe se acercó á *Su Majestad* y con actitud respetuosa le dijo:

— Señor: no debe extrañaros que las tropas guarden silencio después de las elocuentes palabras que os habeis dignado dirigirles. Estos hombres jamás han salido del país que les vió nacer, y como la mayoría estuvieron entregados á las faenas del campo y lejos de la ciudad, casi todos desconocen la lengua castellana.

Sonrióse amargamente don Carlos y después de echar una ojeada de despecho á las tropas, repuso, en tono de mal reprimida ira:

— Bueno... pues si no entienden el castellano díselo tú en su dialecto.

Iturbe aprovechando aquella coyuntura preguntó á las tropas en vascuence.

— ¡Muchachos! ¿quereis seguir peleando en defensa de los legítimos derechos de Carlos V? ¿quereis la paz ó la guerra con los enemigos?

— ¡La paz! ¡La paz! — gritaron á un mismo tiempo y con el mayor calor todos los soldados que componian los batallones del infeliz *Pretendiente*,

Hasta aquel momento no comprendió don Carlos lo imposible que le era salvar su causa, hasta entonces no comprendió con claridad la posición ridícula que ocupaba ante la opinión y ante la España que creyó poder gobernar despóticamente.

Avergonzado y corrido, se acercó luego á su Estado Mayor, y dijo con voz afligida.

— Vámonos de aquí, ¡que estamos vendidos!

Y abriéndose paso por entre la escolta,

salió á galope tendido por el camino de Villafranca sin volver una sola vez el rostro hácia Elgueta, ni hablar la más breve palabra con los que le acompañaban...

A los seis días de este suceso los generales don Baldomero Espartero y don Rafael Maroto, unidos en estrecho abrazo ante sus numerosas tropas, firmaban el célebre documento que se conoce en la historia con el nombre de *Convenio de Vergara*.





FÍGARO

I



A literatura satírica fué siempre uno de los géneros más discutidos, y ha contado en todas las épocas tan entusiastas partidarios como enérgicos detractores.

Ya, de muy antiguo, las opiniones de los hombres vienen divididas en este punto, y mientras unos consideran á la sátira como arma utilísima para corregir entreteniendo y contener las exageraciones, otros la creen cosa en sumo grado perjudicial, y hasta contraria al público sosiego.

Lamentable es que esta última opinión

hallándose, como se halla, tan lejos de la verdad, sea sustentada por personas de buen juicio y claro entendimiento, que solo ven al escritor satírico en quien, dejándose llevar de bastardas pasiones y de rencores indignos de nobles pechos, se complace en destruir ajenas reputaciones, herir las ideas del prójimo y mofarse de cuanto digno de amor y veneración existe en la tierra; sin tener en cuenta, que la verdadera sátira no es la diatriba, ni el insulto grosero, ni la chacota tabernaria, y que aquellos que convierten su pluma en arma cobarde para zaherir y molestar á todos, no merecen el nombre de satíricos, y sí, el desprecio de cuantos les conocen.

El que se dedique á cultivar la sátira, ha de estar dotado, en primer término, de una clarísima inteligencia para ver de una ojeada la parte ridícula y censurable de las cosas, y ha de poseer una gracia ingénita que dé atractivo y encanto á sus escritos. Nunca debe burlarse de nada por el solo deseo de hacer burla, y nunca ha de olvidar tampoco, que su misión es corregir las exajeraciones y los abusos de su época con exquisito tacto; cui-

dando mucho no romper la disciplina social, ni traspasar los límites de la educación y el respeto que los hombres se deben.

Dos divisiones principales, como es sabido, suelen hacerse de la sátira; una es la que, inspirada por noble indignación, ataca los vicios que traen consigo deplorables y funestas consecuencias, y la otra, es la que se limita á pintar, en tono jocoso y con risueñas tintas, los caracteres y sucesos, procurando siempre entretener y solazar al mayor número posible de personas.

En España, esta ha sido siempre la más cultivada. pues en la larga lista de nuestros autores satíricos difícilmente se puede encontrar una docena, que se hayan dedicado por completo á la sátira transcendental y profunda, de la que tan excelentes muestras conservan otros países.

«Hijo es esto tal vez del carácter nacional, — como dice Revilla— más dado á corregir con la frase espontánea, con el chiste agudo, con el dardo epigramático, que con la palabra sentenciosa, el tono duro y la expresión grave y severa.»

Para corroborar esta opinión no hay más

que conocer á los autores de nuestro *siglo de oro* y á los que le precedieron y antecediéron; a la cabeza de los que figura el inmortal Cervantes, el más feliz cultivador de la sátira genuinamente española, cuyo nombre solo, es admiración del mundo y pasa de siglo en siglo, cada vez más brillante, más grande y más respetado.

Desde Cervantes hasta principios del siglo XVIII, la sátira se conservó dentro de los antiguos moldes que aquí le habían dado vida, y, al iniciarse el movimiento intelectual que comenzó á minar el viejo edificio de nuestras costumbres, los escritores españoles, influidos por las literaturas extranjeras dieron en seguir con mejor ó peor fortuna á los que en otras naciones sustentaban las modernas tendencias, que llevaban el gusto por nuevos caminos más en armonía con el espíritu de la época.

Con Luzán florecieron entonces Arriaza, Herbás, Forner y don Leandro de Moratín que, por sus sátiras morales y literarias ocupa lugar preferente entre los autores de su tiempo.

Muchos fueron los que en el primer ter-

cio de nuestro siglo se dedicaron á escribir sátiras, pero la mayoría de estas encierran escasos méritos; por lo general, son personales, venenosas y exajeradas; carecen de moderación y prudencia, y en no pocas, se nota una ausencia casi absoluta de los más rudimentarios principios de cultura literaria.

Algunos cultivaron el género con fortuna, pero ninguno pudo llegar á igualarse, ni hasta ahora ha podido, con don Mariano José de Larra, cuyos primeros trabajos aparecieron en las postrimerías del reinado de Fernando VII, cuando España iba á sufrir un cambio radical en sus ideas, en sus usos y en sus costumbres.

Larra constituye una personalidad que con ninguna puede confundirse; en él, está encarnado el espíritu de aquella época agitada, reformadora, de grandes ideales y de grandes nombres; y en sus obras que vivirán eternamente, palpita una sociedad que cambia de aspecto, que llora y se conmueve con los excesos del romanticismo; que sostiene con valor heroico una terrible guerra; que tributa honores y colma de aplausos á los que presentan condiciones para sobresalir en-

tre los demás; que inicia cuantos progresos y adelantos disfrutamos hoy, y que salva á la patria de la tiranía y del despotismo.

Hojear las obras de Larra, es traer á la imaginación un periodo glorioso de nuestra historia: es evocar el recuerdo de los sangrientos episodios del Norte, de las memorables sesiones de los Estamentos, de las tertulias del *Parnasillo*, de las veladas del *Licco*, de las representaciones en la *Cruz* y el *Príncipe*, y de los fastuosos saraos de la condesa de Oñate y de la Buchestal. Es dar nueva vida á unos años en los que la nación florecía y en los que surgieron poetas como Espronceda, Pastor Díaz y el duque de Rivas; políticos como Isturiz, Mendizabal y Pacheco; historiadores como Bofarull y Toreno, músicos como Gomis y Cuyás; autores dramáticos como Hartzenbuch, Gil de Zarate y Bretón de los Herreros; oradores como Lopez, Olózaga y Burgos; generales como Espartero y Córdova; actores como Romea, Caprera y Latorre; periodistas como Borrego y Lorenzana; pintores como Alenza y Rivera, y víctimas como Torrijos, De Pablo y León.

Digamos, pues, algo de un escritor de tan

alto mérito como Larra, y al ocuparnos de sus trabajos y de algunos detalles de su existencia, digamos algo también de aquellos acontecimientos que influyeron directamente en la tendencia de sus escritos.

II

Si fuéramos á citar aquí cuántas noticias, apuntes, y detalles hemos reunido acerca de don Mariano José de Larra este artículo ocuparía él solo, casi tanto como todos los que le anteceden. Diremos lo necesario para que el lector forme idea del hombre y del literato, pues en pocos escritores como en él, van tan intimamente unidas su vida y sus obras: estudiando estas se llega á conocer aquellas y la vida de Larra, como la de muchos grandes hombres, está llena de amarguras, de sinsabores y de profundos sufrimientos que se notan en el fondo de sus artículos, al parecer ligeros, chispeantes y festivos.

En todos los trabajos de *Figaro*, aún en aquellos en que se muestra más indiferente y jocoso, están retratadas las zozobras y las inquietudes de su alma agitada por la pasión;

todos llevan tras la sonrisa una nota triste, y por esto quizá, como dice Revilla, «Larra fué siempre el satírico favorito de los pensadores serios, y de los corazones amargados por la duda y la desgracia.»

La existencia de este hombre verdaderamente extraordinario, fué corta, muy corta. Nació el 24 de Marzo de 1809, y murió el 13 de Febrero de 1837; en el espacio solo de cinco años arregló á nuestro teatro, ocho comedias; estrenó un drama original; compuso *El Donce'*, novela histórica; tradujo *Las palabras de un creyente*; fundó el *Duende Satírico* y el *Pobrecito Hablador*; escribió en *La Revista*, *El Siglo*, *El Observador*, *El Español* y *El Mundo*, y publicó más de ciento diecinueve artículos políticos, literarios, dramáticos y de costumbres.

Estos son las que más fama le dieron en vida y los que han hecho pasar su nombre á la posteridad. «En ellos—decía Ferrer del Rio—están bien jugadas nuestras revoluciones política y literaria, censuradas perfectamente las costumbres y dibujados con gran maestría los tipos.

En el trascurso de este libro hemos ini-

ciado la situación en que se hallaban las letras españolas, en los últimos años del reinado de Fernando VII; situación bien poco lisonjera en verdad, y de la cual solo pudieron salir á la muerte de este monarca. Por eso los primeros trabajos de *Figaro* no podían abarcar gran espacio y por eso se encontraba segun él decía amargamente con *una pared en todas partes*.

Merced a poderosas influencias consiguió dar á luz en Septiembre de 1832 el *Pobrecito Hablador*, folleto que se publicaba sin día fijo, y el cual, a los trece números suprimió el Gobierno.

Los artículos publicados por Larra, en el *Pobrecito Hablador* y poco antes en el *Duen-de Satírico*, iniciaron claramente las excepcionales condiciones de que estaba dotado para cultivar aquel género de literatura.

El astellano Viejo, *El Mundo todo es máscara*, *Vuelva usted mañana*, y las cartas dirigidas á *Andrés Niporesas*, hicieron que el público se fijase en su autor, y viera en él un jóven que, apartándose de lo vulgar y adocenado, penetraba con estilo propio y con nuevas ideas por un camino en el que

nadie ha podico seguirle ni entonces ni ahora.

Ventura de la Vega, el duque de Frías y Estevanez Calderón alentaron á Larra en sus primeros escritos y le pusieron en contacto con muchos elementos de los que su privilegiada inteligencia supo sacar gran partido.

Al ausentarse de España Mesonero Romanos en 1834, don José Maria Carnerero llamó á Larra para ocupar el puesto de aquel en la *Revista*, donde comenzó á publicar artículos tan notables como *Nadie pasa sin hablar al portero*, *La Planta Nueva* y *La Junta de Castel ó Branco*.

Don Juan Grimaldi, director de los teatros de la Corte, hizo traducir á Larra algunas obras francesas que obtuvieron bastante aceptación y luego dió á la escena el drama *Macías* por el cual tuvo siempre gran predilección.

Para dar alguna tregua quizá á los pesares domésticos que á diario experimentaba, hizo un viaje al extranjero, partiendo de España á fines de Mayo de 1835 pasando á Portugal de donde se dirigió á Inglaterra, y de allí á la capital de Francia, donde tuvo

ocasión de tratar á Scribe Delavigne, Dumas, Victor Hugo y á otros de los mas famosos autores de aquella época, regresando por fin á la pátria en Diciembre del 35, cuando la revolución española estaba en todo su apogeo.

A principio de 1836, entró Larra en *El Español*, periódico que entonces se había fundado, que dirigía don Andrés Borrego, y en el que hacían sus primeras armas Rios Rosas, Villalta, Gonzalez Bravo y Sartorius, jóvenes todos que lograron alcanzar más tarde elevados puestos en el Gobierno del país.

En *El Español* comenzó Larra una serie de cartas políticas sobre los sucesos del día, que se vió obligado á suspender por indicaciones del director. Tres cartas únicamente llegó á publicar, y son de tan alto mérito que pueden considerarse como modelos de literatura satírica. En ellas desplegó *Figaro* toda la agudeza de su ingenio, toda su malignidad y chistosa travesura. No puede darse nada mas incisivo y cáustico que estas tres cartas, llenas de sales y donaires, y escritas con el principal objeto de censurar al ministerio presidido por Mendizabal, que se había atraído no pocas antipatías por resis-

tirse á cumplir el amplio programa que temerariamente había anunciado

La crítica teatral fué luego lo que con más constancia cultivó Larra, hasta estallar el motin de la Granja, en Agosto de aquel año, suceso que influyó notablemente en sus ideas y en sus escritos.

El partido del que era jefe don Javier Izturiz había hecho á Larra diputado por Avilapa a las Cortes revisoras, y su sentimiento y enojo fueron grandísimos al ver defraudadas las esperanzas que había concebido de tomar parte en la representación nacional.

Trás este desengaño político experimentó graves disgustos de familia que le tenían separado de su joven esposa y de sus pequeños hijos á quienes «por especial obsequio—según dice Ferrer del Río—sentaba á su mesa una vez por semana.» Luego vinieron nuevos dolores á envenenar su existencia y nuevas torturas affligieron su corazón herido ya de muerte, y del cual se había apoderado el más desconsolador y obstinado excepticismo.

Figaro, encerraba en su pecho una pasión amorosa que le consumía lentamente;

pasión terrible, jamás satisfecha que le hacía vivir en continua zozobra.

Llegó un momento en que la mujer que la inspiraba, mirando más las conveniencias que el amor, quiso romper aquellos lazos ilegítimos y cortar radicalmente aquellas relaciones, únicas que endulzaron las horas del escritor y entonces éste, solo vió en torno suyo una nube sombría é inmensa, un mundo que se desquiciaba y un vasto cementerio en el que llegó á leer hasta su propio epitafio.

Por aquellos días, la índole de los trabajos de Larra era muy distinta á la que en otros tiempos tuvieron, y en ellos se refleja el estado de su animo y la inmensa tristeza que le devoraba.

«Ya no es, dice un biógrafo, el instinto de liberalismo lo que le inspira, son sus excesos; ya no critica las cosas preocupado su ánimo por las grandes ideas de perfección y progreso, es la amargura del hombre desengañado lo que le mueve á escribir; ya no es la gracia, la amenidad lo que resalta en sus artículos, sino la aspereza, el coraje y la melancolía.»

Melancolía terrible, dolor sin consuelo,

que llevó á publicar en *El Mundo* aquella lúgubre *Noche-Buena* de 1836, aquel *delirio filosófico*, donde pintó las congojas que le abrumaban y cuya lectura deja en el ánimo una impresión tristísima que tarda mucho en borrarse completamente.

En los trabajos sobre teatros y literatura que en esta última etapa de su corta vida dió á luz, se notan tambien el estado de su espíritu abrumado por el pesar y la desesperación. Los que consagró á *Los amantes de Teruel*, á *Felipe II* á las *Memorias* de Godoy y á su íntimo amigo el desgraciado conde de Campoalange, muerto gloriosamente en el segundo sitio de Bilbao, dan á conocer «el desórden de sus ideas y el desvarío de sus sentimientos que anunciaban una catástrofe próxima.» Poco se hizo aguardar esta y el 13 de febrero de 1837, el risueño *Figaro*, puso trágico fin á su brevísima y agitada existencia disparándose un tiro de pistola que le produjo la muerte en el acto.

III

Como quiera que no nos proponemos hacer un estudio detenido de las obras de Larra y solo dar á conocerlas de manera que el lector puede tener idea del sello especial que las distingue, nuestro trabajo no ha de ser muy largo por cierto.

Sobresale en los escritos de *Figaro* á más de la corrección y elegancia de estilo, un ingenio tan fresco, una sal ática, tan marcada y una nota tan moderna, que muchos de sus artículos parecen escritos hoy. Débese esto último á que como dice muy bien Garcia Alas. «Larra fué el primero que experimentó hondamente la influencia extranjera moderna, no yá en la forma literaria, sino en el fondo de su espíritu sobre todo en el elemento estético.»

Explícase esto teniendo en cuenta que *Figaro* había pasado su infancia lejos de la pátria, había recibido una educación muy distinta á la que entonces se daba en España, y siendo en extremo aficionado al estudio, había llegado á familiarizarse con aquellos

grandes hombres, que en las naciones más cultas iniciaron el movimiento literario más radical del presente siglo.

De aquí también que Larra, en medio de su carácter de escritor satírico y de costumbres tuviese mucho de romántico, pero no de ese romanticismo desmelenado, llorón y empalagoso que á tantos extravíos condujo sino del romanticismo sentido y verdadero en el cual había, según Revilla, «como un eco lejano del íntimo pesar que 'torturó á Heine, Byron y Leopardi.'»

El romanticismo de *Figaro* no tiene dulzuras, no tiene palabras embriagadoras, no se pierde en ideales desconocidos, y ¿cómo podía ser de otro modo, si su cerebro estaba lleno de dudas, si su pecho estaba herido por el desengaño, y en su corazón hallaba él mismo un letrero espantoso que decía *aquí yace la esperanza?*

El alma de Larra lloraba mientras reía su pluma, y el hombre cuya vida según sus palabras era una *cadena de moles*, lograba arrancar las carcajadas de media España, con un artículo, ya tratando de una mala comedia, ya pintando un tipo ó ya poniendo

en ridículo cualquier torpeza ó imprevisión de los gobernantes.

Fecundos eran en acontecimientos políticos aquellos memorables días y muy apropiados para que un autor satírico desplegara toda su intención, su gracia y su agudeza. La guerra civil no adelantaba un solo paso, á pesar de los esfuerzos que hacían cuantos generales en jefe nombraba el gobierno; los motines populares se repetían á todas horas; la efervescencia de los ánimos era cada vez mayor; los ministerios se sucedían sin que ninguno pudiese conciliar los elementos que tan encarnizadas luchas libraban, y los furiosos exaltado de una parte, y los defensores del antiguo régimen por otra, habían conducido á la nación á un estado del que difícilmente podemos hoy darnos exacta cuenta.

Larra no podía contemplar indiferente aquel cuadro y se lanzó con ardor á la batalla defendiendo la causa de la libertad y del progreso y convirtiendo su acerada pluma en arma poderosa contra los que cubrían de luto y sangre el suelo de la patria.

Pero como dice su amigo y biógrafo Cor-

tés «jamás dictó sus juicios la pasión ó el espíritu de partido, siempre le impelió á tomar la pluma el interés de un gran principio violado, ó la defensa de una gran verdad desconocida.»

En los últimos meses de su existencia y cuando desengaños prematuros habían envenenado su alma, cuando las penas amorosas amargaron sus horas, y cuando su corazón había perdido esa fé que tantos consuelos presta al desgraciado, los artículos de Larra se convirtieron en tristísimas lamentaciones estériles, en suspiros por el pasado y es preciso ser muy indiferente para no sentir algo de aquellos pesares que el escritor nos cuenta, porque donde no tuvo rival *Figaro* fué en los artículos donde de sí propio y de sus penas se ocupaba, á los cuales supo prestar tanta sinceridad y colorido, que hoy despues de cincuenta y seis años que hace de su muerte puede afirmarse sin escrúpulo alguno que nadie los ha escrito semejantes.

A Larra debe considerarse en primer lugar como maestro de la sátira política en España, gloria que nadie le ha podido arrebatár aún. Como escritor de costumbres po-

seia toda la observación, pureza y amenidad para igualarse con los más acabados modelos; como crítico la imparcialidad de sus juicios, la fuerza de sus razones y lo vasto de sus conocimientos, le hacen acreedor á un puesto muy honroso y si en el teatro no alcanzó laureles, los cosechó abundantes en el libro y en la prensa.

Gran conocedor de la lengua castellana y muy acostumbrado á las lecturas de Cervantes y Moratin, sus prosas vibrantes y transparentes, tienen mucho de la claridad y pureza del primero y de la corrección y atildamiento del segundo.

Nunca su estilo cae en los defectos tan generales en aquella época; nunca resulta confuso ni amanerado, y pueden, á mi juicio, tenerse como joyas de nuestro lenguaje moderno, los artículos *El Ministerial*, *La Pena de Muerte*, *Horas de Invierno* y el magnífico prólogo que acompaña á su admirable traducción de *Las Palabras de un Creyente* de Lamennais.

¡Lástima que la vida de Larra fuese tan corta! Ya lo han dicho antes que nosotros hombres eminentes: con solo algunos años

más de existencia, hubiera podido igualarse no solo con los primeros de España, sino con los mejores satíricos del mundo.

Así y todo, ¿quien ha podido despues de él retratar el tipo de *El Castellano Viejo*? ¿quién ha presentado un *Don Timoteo* y un *Don Periquito* como los que él bosquejó, y quién, en fin, ha censurado los actos de un gobierno y los abusos de un partido, como él lo hizo en *Las circunstancias*, en *La cuestión transparente* y en las cartas del *Bachiller Munguia*?

Respecto á las demás obras de Larra poco diremos pues están sobradamente juzgadas, y no son tampoco las que ha hecho inmortal su nombre.

El drama *Macías*, estrenado á fines de 1834, fué de las primeras obras románticas que se dieron en nuestro teatro, pero solo debe considerarsele como ensayo de la nueva escuela, en atención á que carece de los atrevimientos necesarios y no llega á romper con todos los antiguos moldes. Faltan vigor y movimiento en sus escenas; sus versos no pasan de aceptables y el carácter del protagonista resulta sobradamente pensado.

Los demás personajes de la obra como *Elvira*, *Fernán*, *Don Enrique* y *Nuño*, están estudiados con cariño, pero pocas veces consiguen despertar el interés y conmover al público. En resumen *Macías* es drama que ha envejecido mucho, y más para ser leído en el gabinete que representado en el teatro.

Poco antes de esta producción había escrito Larra sobre el mismo argumento una novela titulada *El Doncel*, que apenas encuentra hoy quien la hojee y que sin embargo tiene bellezas muy apreciables.

La época en que la acción se desarrolla está retratada con admirable fidelidad y con rico lujo de detalles; el asunto se desenvuelve con tino y sin enmarañarse; los tipos, aunque carecen de relieve, están presentados con habilidad, y los amores de *Elvira* y el trovador *Macías* a pesar de su marcada tendencia romántica no tocan nunca en lo ridículo, ni en lo artificioso.

Larra tuvo gran predilección por el poeta de la corte de don Enrique III *El doliente*, con quien en el fondo guardaba algunos puntos de semejanza y procuró realzar su

figura hasta el último extremo, hallándose más afortunado en la novela que en el drama.

El arreglo que en 1833 hizo Larra á nuestra escena de la comedia francesa *No más mostrador* es sin duda la mejor de sus traducciones. y algunos la creen tan buena como *El médico á palos* ó *La escuela de los maridos*.

Don Deogracias y su esposa; *Bernardo*, el conde de *Verde Sauco* y el sastre *Borderó* son personajes copiados de la sociedad de aquel tiempo, con una verdad y una frescura que solo se encuentra en los grandes maestros de la literatura dramática.

Las demás obras que tradujo, tales como *Un desafío*, *Don Juan de Austria*, *Partir á tiempo*, etc., distan mucho de poder rivalizar con la que anteriormente hemos mencionado.

Entre otros trabajos dejó *Fígaro* inéditos á su muerte algunos fragmentos de un *Diccionario de sinónimos*; varias poesías á estilo Melendez escritas en la adolescencia: escenas sueltas de una comedia en la que pensaba retratar á Quevedo, y un drama histórico en cinco actos, *El Conde Fernán-Gonzalez* que ni se ha representado ni se representará.

No debe juzgarse á Larra como poeta, pues nunca fueron los versos su vocación. La oda al *Terremoto de 1829* encierra bellezas aisladas pero el conjunto es monótono y poco inspirado. Las sátiras en tercetos *Contra los vicios de la corte* y *Contra los malos versos de circunstancias* merecen más atención: el tono en que están escritas recuerda algo de Argensola y de Jovellanos, y su lenguaje es perfectamente adecuado á ese género de composiciones.

IV

El día que murió Larra fué un día de luto para todos los amantes de las bellas letras. Aquella sociedad romántica y sensible que simpatizaba con todo lo trágico, se conmovió hondamente con esta desgracia, que fué por entonces el tema de todas las conversaciones de Madrid. Los corrillos noticieros de la puerta del Sol, de la calle Postas y del *Parnasillo* formaban los más extraños comentarios sobre el fatal suceso, atribuyéndolo unos á causas políticas, otros á un rapto de enagenación mental, y no faltaban

tampoco quienes, revistiéndolo de todo aparato romántico y misterioso, hablaban de citas nocturnas con cierta dama, de cartas en mal hora reclamadas, de juramentos no cumplidos y de esperanzas desvanecidas para siempre.

Dos de los más íntimos amigos de Larra, Mesonero Romanos y el marqués de Molins, que le vieron pocas horas antes de poner en sus manos la pistola del suicida, nos han dejado escritas las últimas impresiones del gran satírico.

«El día 13 de Febrero, — escribe el autor de las *Memorias de un setentón* — me hacía una de sus frecuentes visitas, el ingenioso *Figaro*, que siempre me manifestó decidida inclinación, y en esta, como en todas nuestras entrevistas, giró la conversación sobre materias literarias, y sobre nuestros propios escritos, asomando siempre en las palabras de Larra aquel exceptismo que le dominaba, y en sus labios aquella sarcástica sonrisa que nunca pudo echar de sí, y que yo procuraba en vano combatir con mis bromas festivas y mi halagüeña persuasión: aquel día, empero, le hallé más templado que de costumbre, y

animado, además, hablándome del proyecto de un drama que tenía ya bosquejado, en que quería presentar en la escena al inmortal Quevedo, y hasta me invitó á su colaboración, que yo rehusé por mi poca inclinación á los trabajos colectivos; pero en ninguna de sus palabras pude vislumbrar la más leve preocupación extraña, y hubiérale instado, como en otros días, á quedarse á almorzar conmigo, si ya no lo hubiera hecho por ser pasada la hora.»

Don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, en su hermoso artículo *El último paseo de Figaro* copia las palabras que éste le dirigió cuando por la tarde recorrieron ambos el *Prado* á pesar de lo desagradable de la temperatura, y en aquellas palabras con las que Larra parecía despedirse de cuanto tenía á su alrededor, está retratado como nadie pudiera hacerlo el carácter del hombre y la pasión funesta que emponzoñaba su alma.

Al separarse *Figaro* estrechó por última vez la mano del amigo á quien dijo con triste acento. —Usted me conoce: voy á ver si otra persona me ama todavía....

A las nueve de la noche murió Larra en su casa de la calle Santa Clara número 3, sin que ni sus hijos ni sus criados se apercibieran de la catástrofe hasta dos horas después de haber ocurrido.

La más pequeña de las hijas de Larra entró en la habitación á despedirse de su padre, y viendo que éste no contestaba á sus palabras llamó á los criados, y cuando llegaron éstos un triste cuadro se ofreció á sus ojos.

Los muebles de la estancia estaban en desorden; sobre el velador había un quinqué y algunos periódicos y manuscritos revueltos; los cristales de uno de los balcones estaban rotos, y delante del tocador yacía *Figaro* en el suelo, rígido, inmóvil, vestido de gran etiqueta, y con los brazos extendidos. Aquellos ojos rasgados y llenos de malicia estaban cerrados para siempre: aquellos labios descoloridos, medio ocultos bajo el lacio bigote conservaban aún la última sonrisa sarcástica y amarga; por aquellas morenas mejillas parecía que resbalaba una postrera lágrima preñada de horror y desesperación; el cabello negro como ala de cuer-

vo caía en guedejas sobre la helada frente, y cerca del oído se notaba un pequeño agujero por donde penetró el plomo cobarde que cortó en flor aquella existencia que tanta gloria pudiera haber dado á la patria.

¡Qué horribles debieron ser los últimos instantes del hombre que tanto había hecho reir y que tan dichoso lo creía el público! La mujer amada, la que supo inspirarle aquella pasión criminal que le impulsó á cometer tantos errores; la que le habla alejado de su jóven esposa, privándole de los goces del hogar; la que durante cinco años fué el objeto de todas sus amarguras, negóse un dia á seguir correspondiendo á su cariño y á prolongar más aquellas relaciones.

Para convencerla, para hacerle nuevos juramentos y nuevas protestas la llamó á su casa en la noche del 13 de Febrero; mas los ruegos, las lágrimas y las amenazas del escritor fueron inútiles. «Todos los esfuerzos del amante, escribe Cortés, se estrellaron ante la resolución impasible de la mujer, que acabó por exaltarle con su indiferencia y enardecerle hasta el último punto con su despego»

Cuando terminada aquella entrevista

Lara quedó solo, algo muy terrible debió pasar por su acalorada mente: se acercó al tocador, y sacando con trémula mano de los cajones una de las dos pistolas que en ellos había, colocóse ante el espejo y disparó ... ¡Un momento despues el gran satírico no existía ya!

Cuando á la siguiente mañana se divulgó por Madrid la noticia de esta desgracia, causó profunda sensación en los ánimos y los muchos amigos y admiradores del autor de *El Doncel* unidos á los adversarios que olvidaban al hombre acordándose sólo del literato, organizaron una imponente manifestación para conducir su cadaver desde la iglesia de Santiago al cementerio de la puerta de Fuencarral.

Esta manifestación era doblemente importante, pues siendo aquel el primer suicida á quien se concedía cristiana sepultura, la juventud liberal y los enemigos de añejas costumbres, trataron de dar al acto toda la solemnidad posible.

Nunca en España los restos de un escritor se habían inhumado con tanta pompa y hacía mucho tiempo que no se veía en la

corte entierro tan lucido. Abrian la marcha los pobres de San Bernardino con cirios en las manos; sobre un lujoso carro fúnebre iba colocado el ataúd que encerraba el cadáver del risueño *Figaro* cubierto de coronas de laurel y siemprevivas y rodeado de *El Pobrecito Hablador*, el *Macías* y otros libros del malogrado autor, y seguían al féretro dos larguísimas filas de enlutados compuestas de cuantos hombres ilustres brillaban entonces en política, ciencias, literatura y artes.

Cuando la comitiva llegó á los patios del cementerio la caja fué abierta y todos se apiñaron á su alrededor: todas las miradas se juntaron en aquella víctima del amor no correspondido, y entonces don Mariano Roca de Togores, extendiendo las brazos y en voz alta, dijo estas palabras procurando dominar la emoción que embargaba su ánimo:

—Señores, este hombre que á todos ha hecho reir, muere víctima de su melancolía; este escritor que parecía tan festivo y tan indiferente á todo, muere suicida y quizá de amor. Pues que nos hemos engañado mientras vivió, procuremos conocerle mejor des-

pués de muerto, celebremos sus escritos, compadezcamos sus obras y esos dos nombres que en la lápida se verán grabados, se explicarán y disculparán mutuamente: uno es *Figaro*, el otro Mariano José de Larra.

Tomó la palabra después el conde de las Navas, el elocuente orador que tan reñidas polémicas sostenía en los Estamentos, y después de trazar á grandes rasgos los episodios más importantes de la breve y agitada existencia del amigo muerto, concluyó diciendo:

— Esta corona que depositamos aquí es la primera que en nuestros días se consagra al talento, esta es la primera vez que se declara en tono muy alto que el genio en la sociedad, es un poder tan grande como el que los hombres han constituido.

Cuando ya iba á cerrarse el féretro, salió de entre la concurrencia un jóven, de modesto trage y largo cabello, y sacando un papel de su cartera, comenzó á leer la signiente composición cuyo título decía: *A la memoria desgraciada del jóven literato Mariano José de Larra.*

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida
cuelga el profano velo en el altar.

Miró en el tiempo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria
y se entregó á ese sueño sin memoria
que nos lleva á otro mundo á despertar.

Era una flor que marchitó el estío;
era una fuente que agotó el verano;
ya no se siente su murmullo vano,
ya está quemado el tallo de la flor;
todavía su aroma se percibe,
y ese verde color de la llanura,
ese manto de hierba y de frescura
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.

Duerme en paz, en la tumba solitaria,
donde no llegue á tu cegado oído
más que la triste y funeral plegaria

que otro poeta cantará por tí.

Esta será una ofrenda de cariño
más grata, sí, que la oración de un hombre,
pura como la lágrima de un niño,
memoria del poeta que perdí.

Al llegar á estos últimos versos el jóven no pudo contener por más tiempo la emoción que le dominaba; su rostro se puso lívido, se turbó su vista, faltáronle fuerzas y cayó sin sentido en brazos de su amigo ¡Patricio de la Escosura. Entonces arrancó de sus trémulas manos el señor Roca de Togores el papel donde estaba aquella poesía que terminaba en estas sentidas frases:

Si existe un remoto cielo
de los poetas mansion,
y sólo le queda al suelo
ese retrato de hielo
fetidez y corrupcion;
¡Digno presente por cierto
se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
y darle á la despedida
la fea prenda de un muerto!
Poeta, si en el *no ser*
hay un recuerdo de ayer,

una vida, como aquí,
 detrás de ese firmamento....
 canságrame un pensamiento
 como el que tengo de tí.

Grandísimo fué el asombro y el entusiasmo que estos versos produjeron entre la concurrencia que atentamente los había escuchado y grande la simpatía que inspiró aquel jóven modesto y melancólico, cuyo nombre era para todos desconocido; se llamaba José Zorrilla.

Los restos de *Figaro* yacen hoy en el cementerio de San Nicolás y en la lápida del modesto nicho están grabadas estas palabras:

La amistad

*A la memoria de D. Mariano José de Larra
 muerto el 13 de Febrero de 1837
 á los 27 años de edad
 R. I. P.*

V

Y aquí damos fin á nuestro trabajo: ¿qué más hemos de apuntar después de lo que

llevamos dicho? Con este modesto artículo acerca de Larra, cerramos el presente libro en el cual hemos intentado pintar una serie de *bocetos* que retraten una de las épocas más importantes de la historia de España contemporánea, si no lo hemos conseguido quizá animemos á otros á que fijen su atención en un período tan curioso é interesante, como digno de ser estudiado.

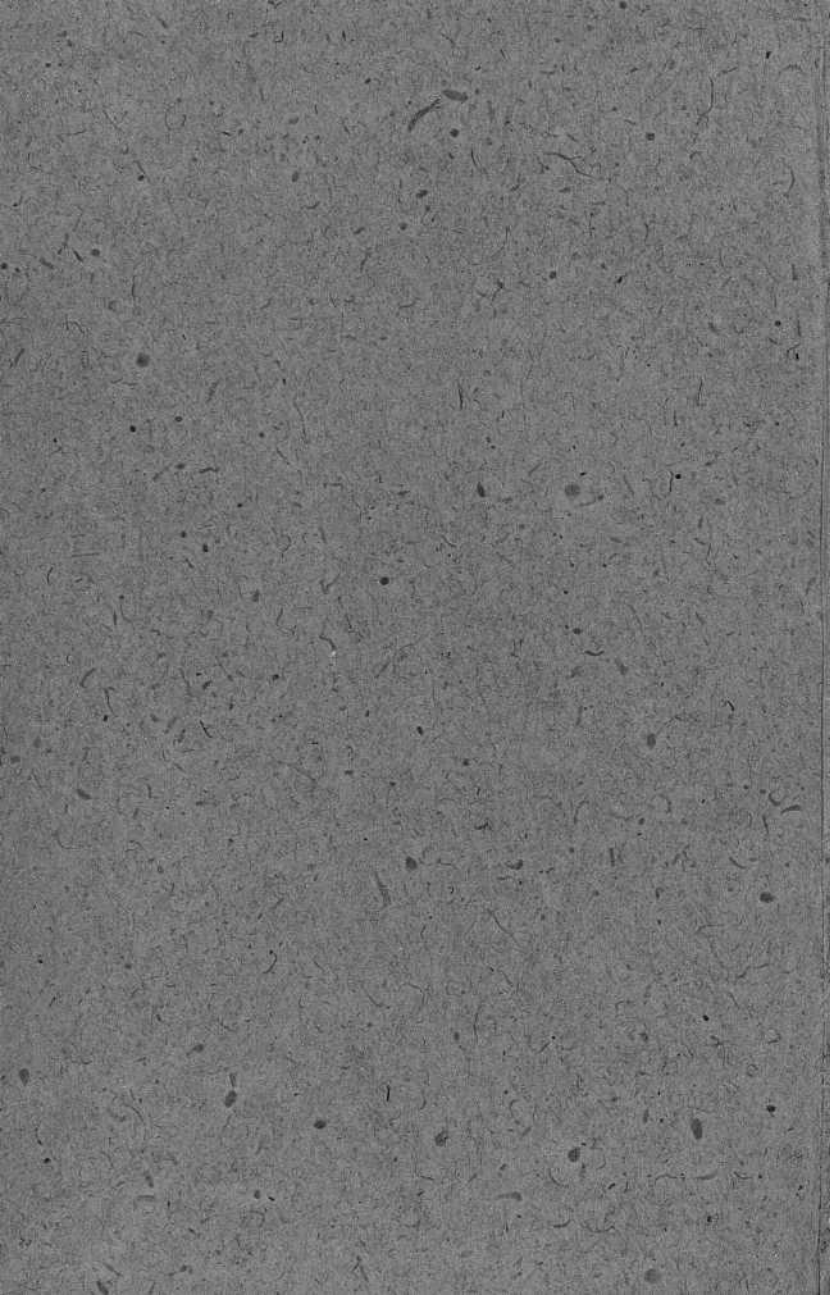


ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
Prólogo	7
La calesa	21
¡Vivan las caenas!	29
El pájaro verde	41
Una anécdota taurina	51
La muerte de un héroe	57
El frac	59
El último auto de fé.	77
El majo.	85
Los primeros facciosos.	93
El rey Fernando y el diestro.	99
El coronel Marquez	109
El curioso parlante	119
Un torero aristocrático	129
Los románticos	139
El café de los patriotas.	149
La manzana	159
El duque de Rivas	167
Periquito hecho fraile	177
Mendigorría	187
Espronceda.	197
Una reina y un sargento	207
El pintor Alenza.	217
La revista de Elgueta	225
Fígaro	233

NOTA

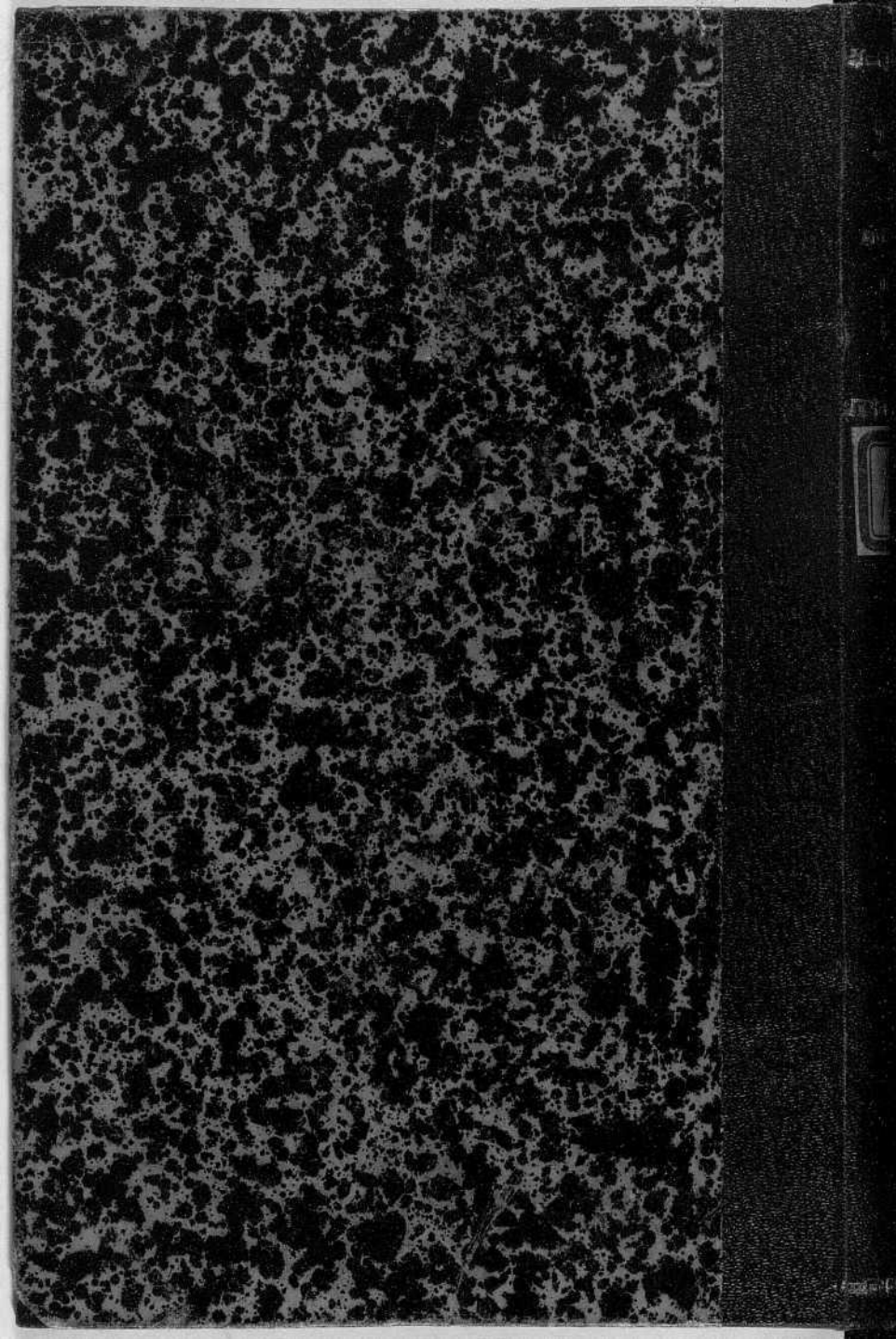
Al buen juicio de los lectores encomendamos la corrección de las erratas que se han deslizado por las páginas de este libro.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. 181	Precio de la obra.....
Estante . 1	Precio de adquisición..
Tabla... 4	Valoración actual.....
Número de tomos.	





CHAVES

manuscrito

BOCETOS
DE UNA
EPOCA



181